"En el romance de la historia del mundo
jamás me impresionó nada más fuertemente
que el espectáculo de esta grande, derruida y hermosa ciudad,
en un tiempo desolada y perdida; descubierta por casualidad,
cubierta de árboles por millas en derredor
y sin ningún nombre para distinguirla.
Era un doliente testigo de las mudanzas del mundo".

JOHN LLOYD STEPHENS (1839)

Prólogo

El presente libro de la serie Difusión ilumina la relevancia de los estudios sobre el habitar americano, en este caso, de los pueblos originarios y su asombrosa continuidad cultural; más aún teniendo en cuenta las operaciones de sistemática destrucción de la cultura material y simbólica ejercida durante el período de invasión, conquista y colonización europea.

Daniel Schávelzon recorre los senderos de la interpretación y construcción cultural de la historia de los pueblos mayas, particularmente en lo referente a sus modos de habitación y asentamiento territorial. A través de un minucioso estudio bibliográfico descubre el prolongado e intrincado proceso de cambio en las ideas sobre los patrones de asentamiento mayas. Pero lo más significativo en el ensayo de Schávelzon es la operación desmitificadora y el énfasis sobre el derrumbe de ciertas hipótesis de piedra (ahora de barro).

Y aunque queda por explorar aún más sistemáticamente lo referente a la estructura territorial —tarea iniciada en las últimas décadas—, el autor incursiona en una nueva lectura de ese territorio, a partir de la difusión de los *glifos* emblemas o de la reinterpretación de los *sacbés*, probablemente de funciones diferentes a la de simples caminos.

La polémica central queda planteada desde el inicio, desde el mismo título: ¿se puede hablar de ciudades, de urbanismo, de vida urbana? Esto ha sido objeto de discusión permanente durante los dos últimos siglos, instalando numerosas hipótesis que alimentaron la polémica, en sede

científica o literaria, acerca de la historia del territorio maya. Ya Stephens, a principios del siglo XIX, hablaba de una "grande, derruida y hermosa ciudad", tal como se cita en el acápite de este libro; mientras Morgan, tan sólo 40 años después, sostenía que debido al precario desarrollo cultural los pueblos prehispánicos "nunca tuvieron 'verdaderas ciudades', en el sentido europeo y civilizado".

Fue instalándose así la caracterización de asentamiento sagrado. Schávelzon nos explica cómo durante casi un siglo los sitios mayas fueron interpretados como centros ceremoniales con un área residencial dispersa en el campo circundante, al considerar a la religión y la clase sacerdotal elementos centrales de esas culturas. Teoría que aún hoy tiene predicamento, en oposición a la idea de ciudad. El autor señala que hubo que esperar las recientes investigaciones epigráficas para desentrañar cuestiones relativas a la construcción y sentido de los asentamientos humanos y desacralizar la vida maya.

Efectivamente, la confusión sobre la categoría "ciudad" y la categoría "centro ceremonial" (o centro urbano de habitación ocasional) se produce en gran medida por la inexistencia de excavación y estudio sistemático, no sólo de estelas o indicadores, sino de las habitaciones populares, motivo adicional para desconocer los modos de habitar y producir, así como los patrones de poblamiento.

Quizás la manera de salvar este desconcierto conceptual, consista en abandonar la categoría eurasiática de "ciudad", en aras de reconceptuar modos americanos de asentamiento y habitación, dando cuenta de una estructura urbano-regional sui generis, bastante más compleja y avanzada que la de muchas comunidades mayas contemporáneas.

Lo cierto es que, poco a poco, ha ido ganando consistencia la idea de complejidad y alta densidad de estos asentamientos (asociándoselos al concepto de "ciudad") contra la idea de área monumental cívico-religiosa semiocupada con su zona residencial rural dispersa (propia del llamado "centro ceremonial"). Y esto tanto para el período Clásico como para el post-Clásico.

Pero Schávelzon nos advierte que además de los análisis sobre complejidad, alta densidad y usos, debemos centrarnos en la lógica particular de la forma urbana, en lo referente a orientaciones y relaciones entre

edificios (ángulos, trazas, secuencias, etc.). Pues es ahí, entonces, donde fracasa la imagen tradicional de calle, casa, plaza, suburbio, límite, etc. Lógicas de forma urbana que no respondían a un modelo único, teniendo en cuenta la diversidad cultural desplegada a partir del tronco maya, heterogeneidad que acertadamente se tiene en cuenta en este trabajo.
Uno de los enfoques más interesantes del autor es el de reunir arqueología y etnología, arquitectura y gente, entendiendo a la arqueología desde una perspectiva antropológica integral, tal como ya lo planteaba Manuel Gamio —el descubridor del templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán— a mediados del siglo pasado.
Finalmente, Schávelzon va más allá aún cuando trabaja sobre la persistencia cultural, sobre la memoria vital, esa brasa que se inflama al mínimo soplo. Trae lo arqueológico al presente vivo, aunque evitando hipótesis de extrapolación a partir de la realidad actual, de lo maya contemporáneo.
No hay más que recorrer hoy las diversas zonas del territorio maya, ya sea la selva lacandona, la llanura del Petén o las tierras altas de Guatemala para experimentar esta doble temporalidad. Conservo el recuerdo imborrable de mi paso por El Quiché, donde los pobladores, en ceremonia ritual, prendían velas y quemaban *pom* en las oquedades de los templos ruinosos de la "ciudad" de K'umarcaaj.

Jorge Ramos

Presentación

Este libro, un poco insólito en nuestro medio tan urbano, occidental aunque de ciudades trazadas en base a grillas reticuladas, y en una Facultad en que ha primado el pensamiento y la reflexión basada en cánones externos al continente, puede parecer hasta inusual. Que sepamos, jamás las ciudades antiguas de nuestro continente han sido aquí tema de investigación sistemática; a lo sumo son citadas como ejemplos en clases o talleres de las cátedras de historia, más que nada como rareza, como ejemplos de otros urbanismos, a veces incluso exóticos, alejados de un nosotros en que nos pensamos diferentes y de tradición central puramente greco-latina. Es cierto que lentamente la arquitectura precolombina sí ha ido incorporándose —ya nadie puede obviar Teotihuacan o Monte Albán—, pero el paso siguiente aun faltaba darlo.

La construcción de la historia, es decir la reconstrucción del pasado, ha sido uno de los grandes desafíos a la cultura de la humanidad. Y digo "de la humanidad" y no sólo "de la cultura occidental", ya que la nuestra no fue la que inició esta obra del conocimiento; sabemos que otros pueblos lo intentaron, o incluso lograron hacerlo, desde mucho antes de nosotros y algunos lo hicieron muy bien por cierto, habiendo casos al menos desde hace 5000 años. Los bibliotecarios de la antigua Mesopotamia recuperaron información del pasado en forma de tabletas y piedras con inscripciones ya muy antiguas, también excavando ruinas, para que luego de describir lo recuperado y guardar también sus informes, llegaran así hasta nosotros (Schnapp 1997). Y cuando hablamos de

miles de años, cabe preguntarnos ¿qué sabíamos sobre los mayas hace doscientos años? ¿Y hace tan sólo cien? Muy poco; seguramente mucho menos que los mayas mismos que aun habitaban la región y cuya memoria estaba viva sin que siquiera tomáramos conciencia de ello. Ahora nos damos cuenta que conservaban —de una forma u otra— un claro registro de sus antepasados, de su esplendor y riqueza; es más, se mantenían viviendo en los mismos lugares o cerca de los sitios de sus predecesores. Lo que resultaba difícil era el diálogo intercultural, entender que entre su memoria y nuestra ciencia había un abismo que hizo complejo el entendimiento. Cuando los arqueólogos portadores de la *modernidad,* llegaron a estudiar los sitios mayas en ruinas como Bonampak, Santa Rita y Tulum en pleno inicio del siglo xx, los lugares aun estaban en uso; quizás no en la forma original pero seguían siendo usados. Nadie lo entendió, simplemente expulsaron a los indígenas para poder estudiar los sitios, hacer planos, excavarlos e incorporarlos a las historias del arte y la cultura a través de la arqueología.

El avance que ha habido desde esa época sobre el conocimiento del pasado de estos pueblos ha sido formidable. Por nuestra parte, hemos avanzado mucho desde lo muy poco que había —porque sí había, no todo estaba olvidado—, pero a su vez estaba estructurado en códigos mentales y lingüísticos diferentes como la memoria oral, la escritura jeroglífica, los códices y las estelas[1] lo que hubo que traducir a nuestro sistema de pensamiento y de transmisión escrita sistematizada. Hace sólo un siglo la mayor parte de los interesados en el tema únicamente podían acceder a un grupo selecto de libros hechos en pequeños tirajes, con ilustraciones que iban de las malas a las pésimas, a fotos repetidas de los mismos objetos muchas veces dudosos de su originalidad y con teorías discutibles y discutidas. Desde esos primeros esfuerzos de viajeros, curiosos, interesados y coleccionistas, se logró avanzar a una arqueología que lleva nuestro conocimiento hacia límites pocas veces sospechados. Hoy sabemos quiénes eran, qué comían, dónde vivían, conocemos bastante sobre

1. Estela: monumento de piedra, de forma vertical, habitualmente esculpido al menos en una de sus caras; son comunes las representaciones de grandes personajes de la realeza, las fechas y eventos de su vida, en especial de coronación, aunque los hay de conquista y dominación.

su escritura glífica, sus dioses, sus ritos y su estructura política; hasta sobre sus ciudades, sus casas y su demografía. Esta construcción es, en el caso de los mayas, monumental. Gracias al trabajo de la arqueología, la epigrafía, la etnología y otras ciencias ahora interconectadas se han logrado conocer varios miles de años del pasado de una cultura excepcional en la historia de la humanidad.

Este libro trata no sólo sobre las ciudades sino sobre la forma en que se construyó el conocimiento sobre ellas, de las personas y mecanismos intelectuales que lentamente fueron colocando los ladrillos necesarios para edificar esa estructura, a veces endeble por cierto, pero que ya existe; dicho en forma simple: cómo se logró que unas ruinas desconocidas para Occidente fueran entendidas, comprendidas e interpretadas; y de los errores, los caminos recorridos inútilmente y las causas de estos desvíos.

Entre los finales del siglo XVIII y los inicios del XIX, los viajeros se asombraban ante la magnitud de los antiguos restos de construcciones perdidas en la selva, pero no sabían ni quién, ni cuándo se habían usado. Hoy se puede dar una respuesta bastante acertada a esos interrogantes. Y eso no es poco. Pero esta historia no ha sido fácil y al revisarla la encontramos llena de conflictos, errores y marchas atrás, como en toda obra humana; se tomaron senderos equivocados muchas veces y hubo que empezar de nuevo como toda construcción de conocimiento científico. Y esta historia revisa precisamente eso: cómo las teorías se fueron sucediendo unas a otras, cambiando incluso los paradigmas imperantes, reemplazándose y superándose unas a otras, abriendo caminos insospechados. Y así como los temas de interés en una época dejaron un día de serlo para cambiar a otros durante los últimos años, la arqueología maya ha visto el fuerte incremento y difusión de los estudios sobre los asentamientos y el territorio en lugar del trillado enfoque sobre su arte y arquitectura. Con diferentes técnicas y objetivos, grandes extensiones del territorio maya han sido reconocidas, estudiadas y discutidas, habiéndose logrado un importante conjunto de información; y si hace cien años no se tenía idea cierta acerca de cuándo y cómo fue ese pasado, hoy es posible afirmar con certeza muchas cosas, y con dudas muchísimas más. Valgan algunos ejemplos: durante fines del siglo XIX y los inicios

del xx se hicieron intensos estudios sobre los cráneos provenientes de las tumbas, su forma, dimensiones, peso y todo tipo de detalles porque parecía que podían explicar muchas cosas sobre las razas de América. Se midieron miles de cráneos —que hubo que buscar, excavar, trasladar y guardar—, se escribieron libros y más libros, se comparó unos con otros, se intercambió información, se hicieron congresos; pero nada queda de todo eso, ni siquiera su recuerdo en los libros de historia de la arqueología o la antropología. Prácticamente no lograron explicar nada de valor. Más tarde la *americanística* francesa creyó que en las lenguas estaba la posibilidad de entender las culturas del pasado, su distribución, antigüedad y características. Se trabajó intensamente y lo editado es realmente monumental, para ser ahora otra mera curiosidad de su tiempo. Una línea de investigación fracasó por racista, la otra por creer que sólo había lenguas arias y las que no lo eran. En los años de 1930 y 1940 hubo quienes creyeron que la arquitectura precolombina era toda explicable por la religión, que todos eran templos y sacerdotes, pirámides y sacrificios; también fracasaron porque sólo estaban proyectando lo que querían ver, no lo que era. Valga el ejemplo del primer fotógrafo que visitó las ruinas de Mesoamérica, Désirée Charnay. En recorridos excepcionales y tomando fotos que fueron y son únicas, entregó su interpretación a un muy célebre arquitecto francés (Viollet-le-Duc) quien la usó para hacer un extenso alegato sobre la superioridad de la raza blanca y explicó los detalles de la arquitectura en función de los porcentajes de sangre de cada raza que había en cada pueblo y lugar. ¡Hasta despreció al Cuadrángulo de las Monjas de Uxmal por ser similar en su planta a una porqueriza francesa!

Pese a todo y más allá de todo, la ciencia siguió su curso, superando los obstáculos y construyendo explicaciones razonables, al menos para los paradigmas imperantes en cada momento. Pero no todo está resuelto y ésta no es una historia romántica, ya que ante este auge y estos logros la primera pregunta que nos preocupa es: ¿por qué, pese a la tremenda cantidad de investigaciones hechas a lo largo de un siglo en torno a los sitios mayas, se sigue pensando en los niveles no-científicos, e incluso en muchos de ellos, que los mayas tenían un sistema de *centros ceremoniales* y no de ciudades?, ¿por qué no sabemos casi nada sobre el

territorio en su conjunto y no sólo sobre los centros urbanos y sus arquitecturas?, ¿por qué se sigue creyendo que la religión es el centro de todo en esas culturas? Si pasamos a otro nivel, la pregunta es ¿en qué medida los estudios recientes sobre los asentamientos y el territorio maya sufren los mismos problemas que padecen, o han padecido, los estudios sobre la estructura interna de todas las ciudades prehispánicas?

Este estudio intenta revisar el recorrido de estos estudios, sus resultados y mostrar lo que se ha logrado y lo que conlleva como carga historiográfica producto de la misma evolución del conocimiento tanto arqueológico como de historia urbana y de la arquitectura. Porque, ante la intensificación de estos campos de investigación, lo que nos preocupa es que se vuelvan a cometer errores que se creían superados, y que se repitan tautologías o teorías sin sostén alguno. Esto, que puede sentirse como crítica, es cierto porque los sitios mayas cargaron durante tres cuartos de siglo el acoso del concepto *centro ceremonial*, que sabemos que le causó un enorme daño al conocimiento, llegando a ser factor retardatorio en las excavaciones mismas, pues los investigadores encontraban lo que en realidad iban a buscar, es decir respuestas establecidas previamente.

La pregunta es: ¿en qué medida algunas de las diferentes explicaciones que existen en el mundo académico —no sólo fuera de él— estuvieron o a veces aun están teñidas por teorías que fueron establecidas en forma hipotética y que pasaron más tarde a ser divulgadas como verdades? Veremos cómo algunos conceptos relacionados con las formas del uso social del espacio surgieron y se aceptaron; y cómo, a pesar de la información arqueológica contraria ya existente en ese entonces, se fueron igualmente difundiendo. Fue necesario mucho trabajo y medio siglo para lograr romper con eso y aceptar la compleja urbanización de estas grandes ciudades, para luego comenzar a estudiar su entorno y su territorio. Trataremos de revisar estos problemas y entender así el estado actual del tema.

* * *

Este trabajo, en una versión reducida y preliminar, formó parte del volumen nunca publicado de la introducción a la *Cartografía arqueológica de*

Mesoamérica. Fue una obra auspiciada por la Graham Foundation for the Advanced Studies in the Fine Arts de Chicago, que compiló en varios volúmenes cerca de mil planos de sitios arqueológicos con arquitectura de varias regiones y culturas en Mesoamérica hechos hasta 1984; ese material se encuentra actualmente en la *Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies*, en Crystal River, Estados Unidos. Esa introducción fue más tarde publicada abreviada en una edición de muy corto tiraje con el título *Ciudades Mayas: historia de las teorías sobre su estructura urbana* por Editorial Rescate en Buenos Aires en 1990, pero la edición no tuvo circulación. A partir de esas experiencias, otra versión de este libro fue editada en Inglaterra en las *British Archaeological Series*, en Oxford, en una edición por cierto inaccesible desde nuestro país.

Se agradece especialmente a Jorge Tomasi que tipeó el texto para recuperarlo en una versión electrónica.

1. Las primeras miradas a las ciudades mayas: la Ilustración (1760-1825)

El conocimiento metódico de los asentamientos prehispánicos de lo que hoy denominamos como *cultura maya* se inició en el siglo XVIII. Si bien todo a lo largo del período colonial hubo quienes se interesaron tanto en los indígenas como en las obras de su pasado, éstos no constituyeron más que casos aislados que no llegaron a hacer planteos más allá de la curiosidad o la descripción, o que, cuando los hicieron, no pudieron difundirlos entre sus contemporáneos. En realidad, el planteamiento con carácter *científico* —tal como en esa época se entendía a la ciencia— de los asentamientos prehispánicos surgió en forma confusa y muy compleja en la segunda mitad del siglo XVIII (WILLEY y SABLOFF 1974, BERNAL 1979, ALCINA FRANCH 1995). Y por supuesto, siempre se hablaba de ciudades, su territorio ni siquiera existía como tema.

Nada ocurrió aisladamente, todo formó parte de un proceso de revalorización del pasado indígena, de rescate de objetos, esculturas y códices —como hacía Lorenzo Boturini en el valle de México— y de algunos estudiosos que utilizaron el pasado para justificar o discutir el presente: concretamente nos referimos a la generación de la Ilustración Novohispana, primeros enciclopedistas. No es factible reconstruir aquí el devenir de los libros publicados por esos ilustrados intelectuales de la colonia, que con su obra fueron mostrando una faceta de los antiguos indígenas muy diferente a la que el europeo medio podía conocer. La *Historia antigua de México* de Francisco Xavier Clavijero publicada en Italia en 1760 (CLAVIJERO 1945) fue una síntesis de ese nuevo pensamiento,

que enfrentándose al de Cornelius de Pauw, William Robertson y tantos otros, ponía en igualdad de condiciones al hombre americano y al europeo (Gerbi 1978, Moreno de los Arcos 1975, 1981). Esto último no era poca cosa, ni desde el pensamiento ni desde la política.

En forma simultánea comenzaron a describirse y estudiarse las ruinas antiguas: Xochicalco, El Tajín, Teotihuacan, Mitla, Palenque, Uxmal fueron visitadas y luego descritas por los viajeros, quienes llegaron incluso a Toniná y a otros sitios en la antigua Real Audiencia de Goathemala. Destacan entre ellos Antonio de León y Gama, Antonio Alzate, Mariano Veytia y más tarde el mismo Humboldt. Todos ellos difundirían de una forma u otra una nueva visión de las antigüedades que serviría como instrumento ideológico en la futura lucha por la independencia. Fue una manera de enfrentarse al régimen, de demostrar que la cultura que España había destruido no era pagana, hija del diablo o antropófaga, sino que se trataba de un pueblo culto, *ilustrado*, con una arquitectura y un arte dignos de encomio y comparable —según el padre Márquez por ejemplo— con los de la antigüedad clásica. Por otra parte, la Ilustración vio el pasado como algo ya muerto, como algo *arqueológico*, que había de ser estudiado con total independencia del indígena que seguía siendo explotado sin remordimientos. Sin embargo no fueron temas predilectos de especulación los de la ciudad antigua. Las cuestiones más importantes en la época eran el calendario azteca y el tratar de encontrar una explicación, dentro de los cánones prevalecientes, para el extraño arte de la escultura. El descubrimiento del Calendario Azteca, la Piedra de Tizoc y la Coatlicue fueron la base para esos trabajos a partir de 1792 (Matos 1997).

Los mayas también fueron un tema particularmente interesante y discutido, a tal grado que Juan Bautista Muñoz, el Cronista de Indias y miembro de la Academia Real de la Historia en Madrid escribió cartas y documentos al respecto (Castañeda Paganini 1946). Una larga serie de artículos sobre la historia del descubrimiento y exploración de Palenque ya ha sido escrita y muestra el interés existente en la época por tener explicaciones lógicas para esas extrañas ruinas. En 1786 Muñoz hizo una comparación detenida entre tres sitios mayas —Palenque, Copán y Uxmal— demostrando sin darse cuenta la gran extensión de la cultura maya y la homogeneidad de sus expresiones culturales (Navarrete

2000). Esto sería expresado por Guillermo Dupaix tras sus viajes emprendidos entre 1806 y 1809, en los que además de realizar el primer relevamiento detallado de esa región prehispánica puso en evidencia la existencia de áreas culturales dentro de las cuales existían objetos en común, diferentes a su vez de los de las demás regiones. Gracias a los libros de Dupaix y a las obras del barón Humboldt, el mundo ilustrado europeo de 1830-1840 ya contaba con documentación suficiente como para especular. En 1822 salió en Londres la primera obra totalmente dedicada a las ruinas de Palenque, la cual, aunque envuelta en el esoterismo y en explicaciones teológicas poco claras, traía dibujos y planos de primera fuente (Fuentes y Guzmán 1932-1933). En 1788 ya habían arribado a Madrid objetos procedentes de Palenque que se habían solicitado oficialmente para ser estudiados en Europa.

Otro personaje que se debe nombrar es Antonio Fuentes y Guzmán, quien al publicar su libro en 1776 incluyó, por primera vez, tres planos de ciudades prehispánicas: Utatlán, Iximiché y Uzpantán. No hace falta decir que éstos deben entenderse como los primeros planos hechos tras la desaparición de las culturas que ocuparon esas ciudades, es decir, por una visión occidental, no importando cuan poco fidedignos sean sus dibujos. Los indígenas a su vez habían representado sus propias ciudades y su territorio, primero en códices y luego en documentos coloniales; sirva como ejemplo el caso de Utatlán dibujada en 1554, pero es claro que si bien esos planos son difícilmente comprensibles para nosotros, ya han sido interpretados demostrándose que sí representan el sitio y que fueron hechos en el lugar, aunque sin tener conocimientos de tipo arquitectónico (Carmack 1981).

Lo que nos interesa destacar es que para principios del siglo xix ya había información confiable sobre algunas ciudades mayas: más allá de su interpretación, en la que importaba más la propia arquitectura y sus *estilos* que otra cosa, había una visión de la grandiosidad de estas ruinas olvidadas. Se hizo evidente que:

1) Eran muchas más de las que se podía suponer.
2) Eran complejas y extensas.
3) Tenían edificios de piedra y cal ornamentados y de grandes dimensiones.

4) Había evidencias de palacios y lujo.
5) Había edificios diferentes entre sí que debían haber cumplido funciones especiales.
6) Las ciudades tenían una estructura interna, poco clara, pero existía.
7) Las ciudades estaban dispersas por un enorme territorio y se notaban diferencias regionales.

Quizás el caso que mejor representa la visión ilustrada de los asentamientos mayas ha sido el que surgió a través de las exploraciones de Palenque durante el último cuarto del siglo XVIII. La primera misión oficial —ya que no el primer visitante o grupo de viajeros que llegaron al sitio— estuvo a cargo de José Antonio Calderón en 1784, quien observó la abundancia de lo que él llamó "casas" alrededor del palacio, la no casual ubicación de los edificios —que para él era defensiva por encontrarse éstos en las laderas del cerro—, y la amplia dispersión de restos de cerámica por un extenso territorio que debía estar bajo el dominio del senor de esa ciudad. Asimismo describió el palacio y redactó una "relacion de casas, y como palacios, que se encuentran en la casería de piedra" (CASTANEDA PAGANINI 1946), que sin duda es el primer estudio del patron de asentamiento de una ciudad maya. Hoy en día ese trabajo es considerado solo una curiosidad, pero no debe olvidarse ya que fue un intento válido por comprender lo que para su época era incomprensible: quiénes construyeron Palenque, para qué y cuándo. En el listado de edificios hecho por Calderón hay 195 "casas", 14 "palacios", 2 "capillas" y 1 edificio indefinido, todo ello "con la advertencia que todos forman calles, como se advierte por las veredas". Éste fue el primer intento de interpretar una ciudad prehispánica, aunque en base al modelo de ciudad que se tenía en aquel entonces para el cual importaban la densidad y la existencia de calles, pues se era más civilizado si las cosas se parecían más a lo conocido. A partir de allí y por mucho tiempo se habló de *ciudades* (¿por falta de otra palabra o porque realmente se creía que eran eso?), incluso el arquitecto real Antonio Bernasconi, enviado en 1785, recibió de Juan Bautista Muñoz órdenes del siguiente tenor: "formará plano circunstanciado de la ciudad, señalando sus plazas, fuentes y calles" para ubicar en él las casas y palacios estudiados.

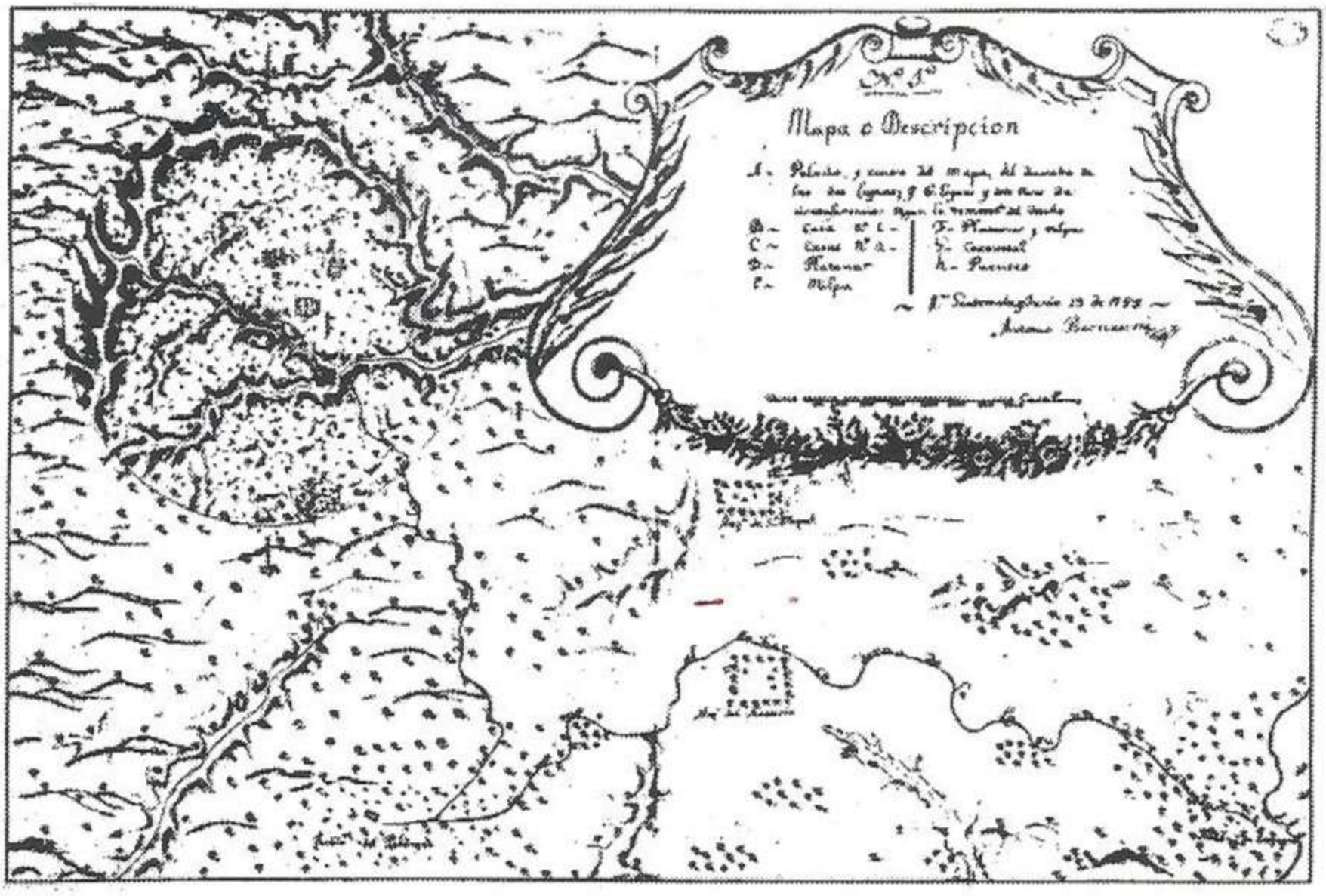


Figura 1. Palenque, dibujado en 1785 por Antonio Bernasconi.

Un poco después, el capitán Antonio del Río, quien también fuera enviado al lugar a continuar las exploraciones en 1787, comparó estas ruinas con las de Uxmal y su conclusión fue que "queda probada hasta la saciedad la evidencia de la uniformidad de los antiguos habitantes yucatecos con los palencanos". Todo esto fue el inicio del largo camino que estos asentamientos debieron recorrer sólo para que dos siglos más tarde fueran por fin reconocidos como ciudades u otros tipos de asentamientos; el territorio seguía no existiendo, era sólo lo que había entre ciudad y ciudad (Figura 1).

2. Las ciudades mayas ante los primeros viajeros y exploradores (1825-1885)

Durante los comienzos del siglo XIX se siguieron los mismos rumbos de especulaciones con bases endebles, pero aquellos que recorrieron los sitios y los describieron siempre se asombraron de la extensión de esas ruinas dispersas por doquier y que se internaban en la selva. Pioneros como Juan Galindo (1836) llegaron a visitar sitios mayas tan lejanos entre sí como Copán, Topoxté y Palenque a partir de 1831 entendiendo que todo era la misma cultura y llegó a desarrollar una teoría en la cual establecía el origen de la cultura de la humanidad entre los mayas, diciendo que de allí se habían trasladado hacia Egipto y más tarde hacia Europa. Este solitario pionero estuvo en contacto con las instituciones culturales del Viejo Mundo e incluso publicó artículos sobre el tema. En esos años lo prehispánico estaba siendo reconocido en Europa occidental; en 1825 se había fundado el Museo Nacional de México que de inmediato inició sus publicaciones, se rescató la escultura de la Coatlicue de donde había sido enterrada por los religiosos de la Universidad; poco más tarde se crearon varios pequeños museos regionales como los de Oaxaca o Zacatecas, y comenzó a funcionar la muy activa en ese entonces Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Para finales de la década siguiente ya se estaban publicando los diez grandiosos volúmenes de Lord Kingsborough que incluían el trabajo de Dupaix, a quien simultáneamente se lo editaba también en París. En 1832, el presidente de Guatemala, Mariano Gálvez, envió a Miguel Rivera

Maestre a levantar planos de varias ruinas conocidas; eligió las de Utatlán, Iximché y Mixco Viejo para su completo *Atlas Guatemalteco* (Villacorta 1930). Y en 1839 llegaron a la zona maya John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood cuyos libros, primero verdaderos *best sellers* del tema a escala mundial, provocaron un cambio substancial en la visión del mundo prehispánico (Stephens 1839, 1843). Los dos viajes organizados por esos incansables exploradores fueron de gran importancia, no sólo porque difundieron masivamente en el mundo de la época información de campo y excelentes grabados sobre las ruinas mayas, sino porque las compararon con las de Egipto, Grecia y Roma. Notaron la grandeza de ese pasado, entendieron que hubo aquí ciudades tan importantes como las de Oriente o Europa, y presentaron los dibujos de Catherwood, notables por su realismo y exactitud. Hay un párrafo de Stephens más que elocuente:

> *"Lo que teníamos frente a nuestros ojos era grandioso, raro y muy interesante. Aquí se hallaban los restos de un pueblo adelantado, culto y singular, que había pasado por todas las etapas correspondientes al levantamiento y decadencia de las naciones; llegado a su edad de oro, perecido y hoy enteramente ignorado. Los eslabones que lo unieron a la familia humana estaban rotos y perdidos y éstos eran los únicos recuerdos de su paso sobre la tierra. Nosotros vivimos en el derruido palacio de sus reyes; subimos a sus desolados templos y caídos altares; y por dondequiera que nos movimos notamos las evidencias de su buen gusto, de su poderío. En medio de la desolación y de la ruina volvimos la mirada hacia el pasado, despejamos la sombría selva y nos imaginamos cada edificio perfecto, con sus terrazas y pirámides, con sus ornamentos esculpidos y pintados, grandiosos, sublimes e imponentes, y dominando una inmensa llanura habitada; hicimos volver a la vida al extraño pueblo que nos contemplaba con tristeza desde los muros; nos lo imaginamos en fantásticos vestidos y adornados con penachos de plumas subiendo las terrazas del palacio por las gradas que conducen a los templos".* (Stephens 1839)

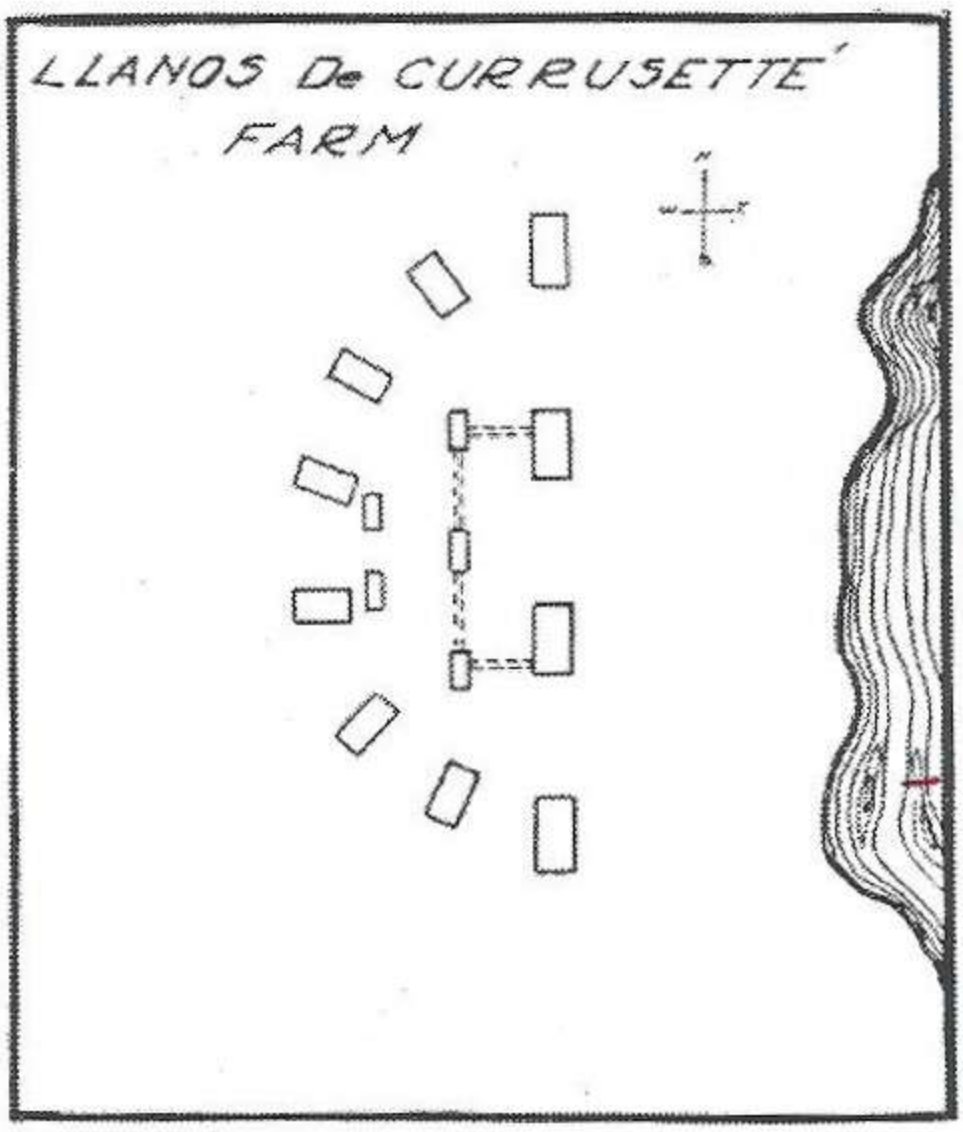


Figura 2a. Llanos de Currusetté (La Sierra) en 1932.

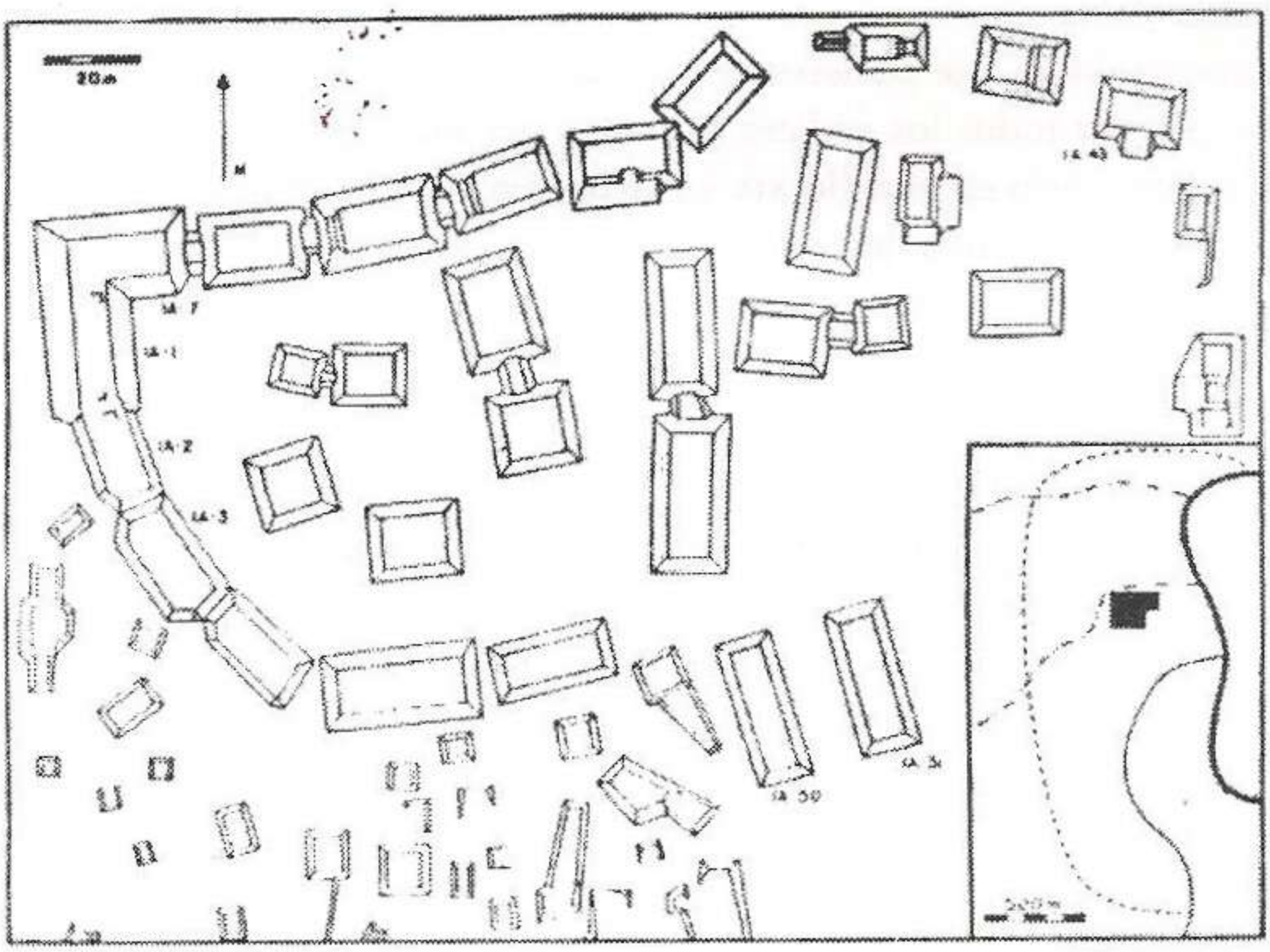


Figura 2b. La Sierra en 1979.

Durante todos esos años, no había dudas respecto al hecho de que las ruinas eran en realidad restos de grandes y complejas ciudades, y así lo destacó Stephens. Parecía que el prejuicio general contra el indígena —del pasado y desde entonces— aún no se había manifestado contra algunas de sus obras arquitectónicas, aunque sí contra el arte y la escultura, que desde Humboldt fueran considerados como bárbaros; las ciudades en cambio seguían siendo ciudades. Y las interpretaciones mitológicas sobre su origen, es decir que hubieran sido griegos, cartagineses o fenicios, se iban derrumbando una a una. Los españoles que llegaron a estas tierras no habían sido tontos; y si bien eran conquistadores y no dudaban en matar y quemar, algunos dejaron incluso escrito su asombro por ese mundo que veían. E incluso algunos luego tuvieron su importancia para interpretar las ciudades; valga el más conocido, el fraile Diego de Landa en el inicio del siglo XVI, quien en el Yucatán decía que "se multiplicaron tanto que toda la tierra parecía un pueblo; y que entonces se labraban los templos en tanta muchedumbre como se ve hoy en día por todas partes, y que atravesando los montes se ven entre la arboleda asientos de casas y edificios labrados a maravilla" (DE LANDA 1959: 19). Pero esta había sido la primera y lejana mirada, observadora pero descomprometida, ya que no debemos olvidar que el mismo de Landa había hecho quemar todos los códices pintados por los mayas que encontró en la región. Pero en el siglo XIX ya se estaba en otro siglo y otros viajeros e interesados contribuyeron a la comprensión general del fenómeno: el conde Waldeck, con sus perspectivas y grabados de los edificios mayas (WALDECK 1838, SQUIER 1855, 1858) con sus largos recorridos por América Central; con Auguste Le Plongeon promoviendo la necesidad de excavar antes de sacar conclusiones —cosa que él mismo luego dejó de lado—, y en especial Désiré Charnay (1863, 1888), quien además de publicar por primera vez auténticas fotografías de estas ciudades desarrolló una elemental cronología del mundo maya y mostró la contemporaneidad de los principales edificios y sitios. La más importante agrupación de investigadores de la mitad del siglo, la Comisión Científica Francesa, publicó numerosos libros sobre el particular, recomendó hacer recorridos y tomar fotografías en forma organizada y coincidió totalmente en la definición de que eran ciudades: ¿qué otra cosa podían

ser esas enormes agrupaciones de edificios derruidos? El entorno, el territorio una vez usado por los mayas, era aun sólo definido por su no existencia, por ser lo que rodeaba, por donde se llegaba o se salía a esos misteriosos lugares. Si bien por lo general no eran más que montones de escombro, para algunos ya eran sitios concretos, con nombres definidos, que lentamente iban teniendo cronologías y culturas asociadas; era un tema de preocupación, reflexión y trabajo (Figuras 2a y 2b).

3. Ciudad y territorio para la arqueología temprana (1885-1920)

Para el año 1885 la arqueología estaba cambiando: la llegada a México de las nuevas formas de ver y estudiar el pasado impuestas por el positivismo, la existencia de una nueva actitud oficial remisa pero congruente hacia las ruinas y la estabilidad económica impuesta por el régimen porfirista permitieron que se iniciara una nueva etapa del conocimiento científico del pasado. Comenzaron a editarse revistas y publicaciones periódicas sobre el tema (varias aún se siguen publicando), el Museo Nacional creció en forma constante y los *amateurs* se transformaron en especialistas. Los primeros trabajos de Eduard Seler, Alfred Maudslay y Tobert Maler abrieron un nuevo rumbo. Entre los mexicanos, Leopoldo Batres y Francisco del Paso y Troncoso, sin ser los únicos, se dedicaron de lleno a estas cuestiones como profesión y ya no como entretenimiento erudito. Y así como hubo un notable consenso de opiniones sobre el mundo prehispánico en cuanto a sus ciudades —tema que fue analizado por vez primera por William Holmes (1895-1897) (Figuras 3 y 4)— se produjeron a su vez las primeras críticas. Por ejemplo, el primero quizás en plantear la posibilidad de que los pueblos prehispánicos nunca tuvieran *verdaderas ciudades* fue Lewis Henry Morgan (1880) basándose en que el nivel social y cultural de los indígenas había sido muy bajo como para haber llegado a tener ciudades, o lo que él consideraba que era una ciudad. Morgan estaba trabajando con la arquitectura prehispánica en los Estados Unidos y por lo tanto su opinión fue tomada como la de un teórico serio y aceptable. Poco después Cyrus Thomas (1898) retomó esa idea

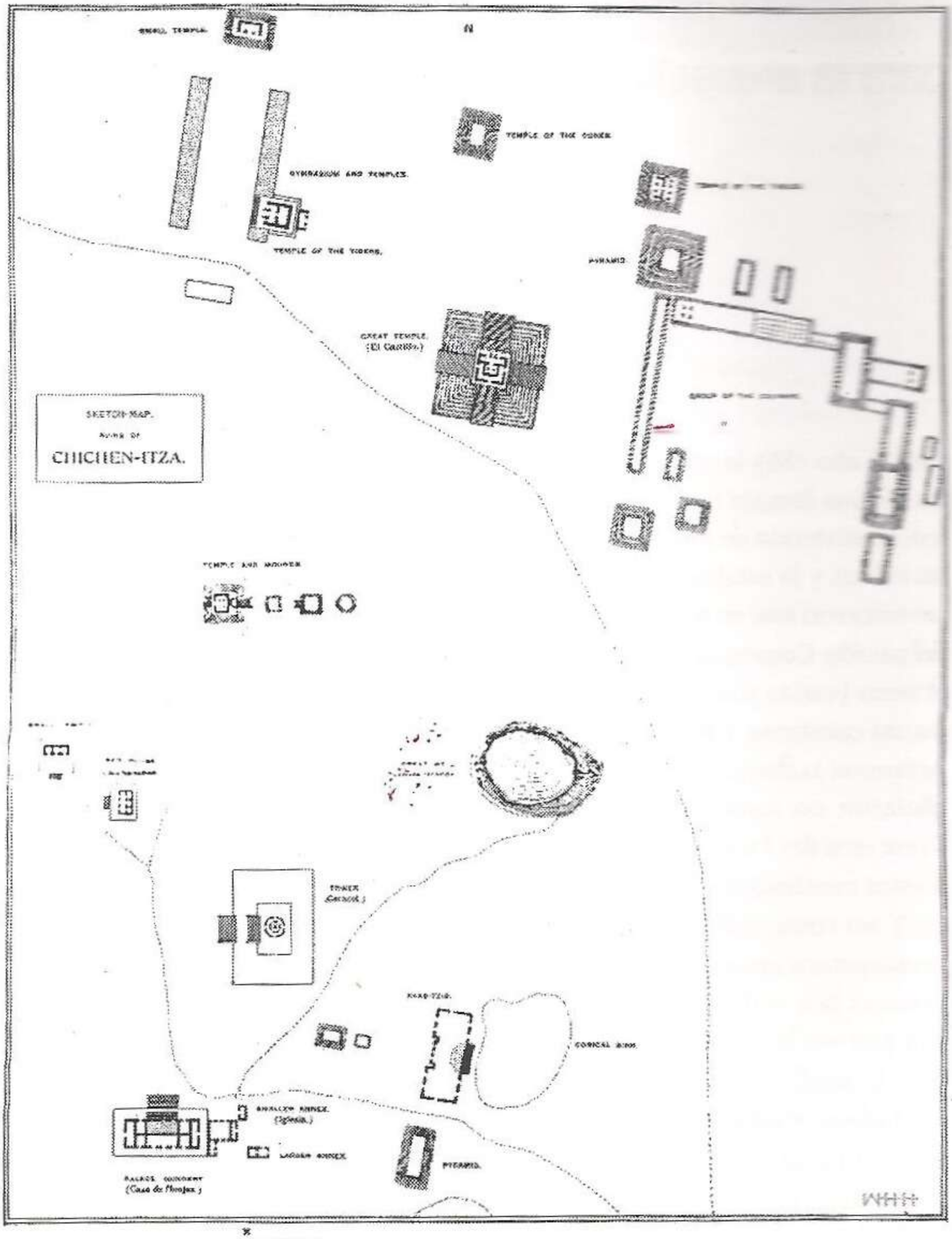


Figura 3. Chichén Itzá en 1895.

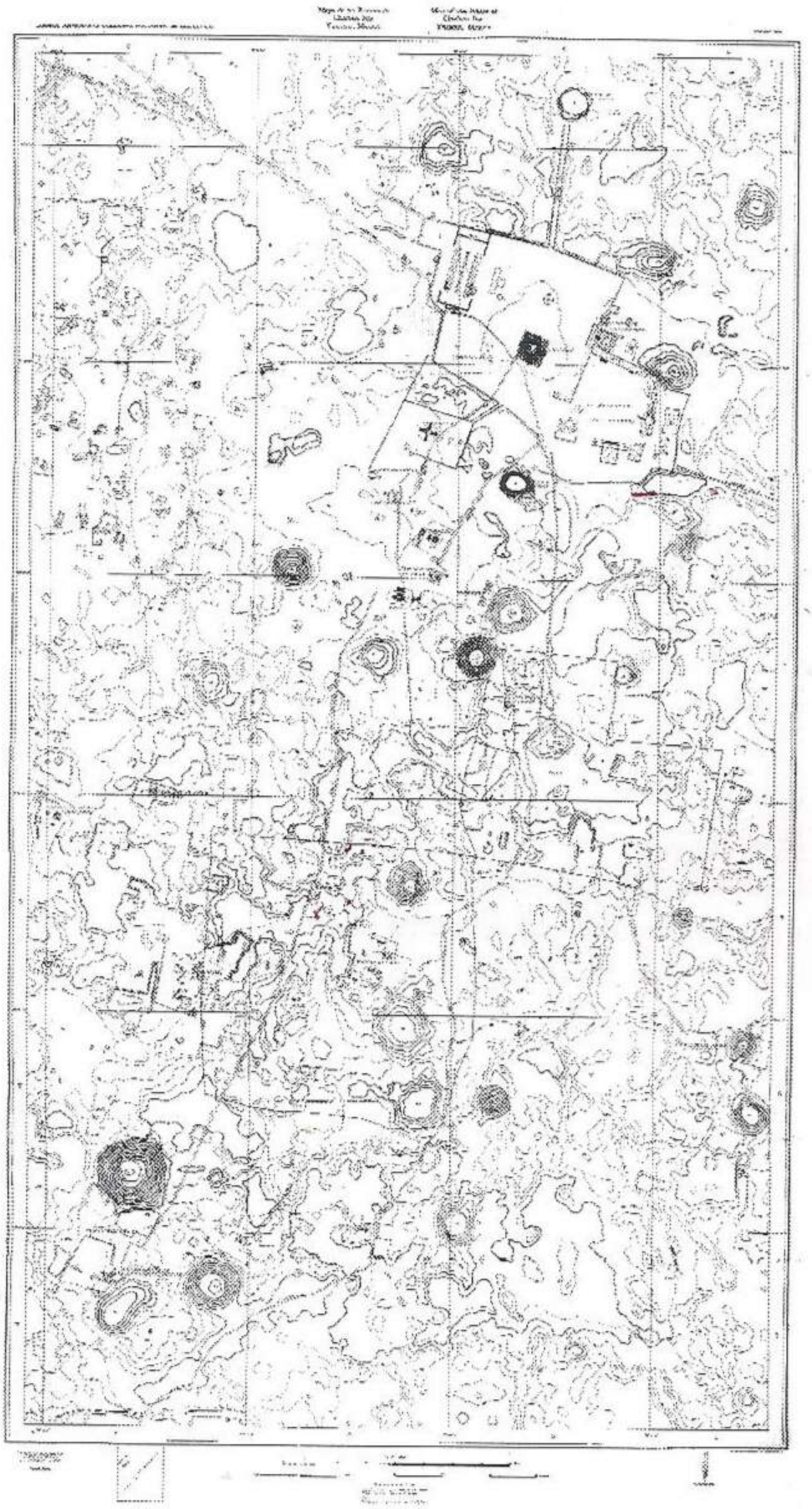


Figura 4. Chichén Itzá en 1942.

hablando en sus obras de "centros ceremoniales", "centros religiosos" y "centros sagrados", aunque refiriéndose a las partes monumentales de las ciudades tales como la Acrópolis de Copán, no al conjunto. Sin embargo ninguno de ellos demostró contundentemente su hipótesis y solamente contradecían la posición tradicional —lamentablemente tampoco demostrada— de denominar "ciudad" a cualquier grupo de ruinas. William Holmes, cuyo libro fue publicado en 1895-1897, fue consciente de que los campos de ruinas que tenía ante sus ojos eran verdaderas ciudades en las cuales se destacaban, naturalmente, las pirámides. Es decir que la arquitectura religiosa —ya que las llamadas pirámides eran basamentos de templos— contaba por su envergadura y calidad con los edificios más llamativos; pero en ningún momento dejó de lado otros tipos de construcciones y llevó a cabo una clasificación tipológica de la arquitectura en Mesoamérica que sigue siendo el primer intento de estudiar la amplia variedad arquitectónica de los asentamientos mayas.

Durante los años del cambio de siglo y prácticamente hasta 1910 hubo diferencias en la forma de hacer arqueología entre los europeos, estadounidenses y la generación del positivismo mexicano; el medio local casi no le prestó atención al problema de los asentamientos y en cambio dio mayor importancia a la arquitectura monumental, porque ésta llenaba mejor las necesidades del régimen político de Porfirio Díaz, tanto en cuanto a publicidad (las fiestas del Centenario de la Independencia de México), como en cuanto al papel que la Ciencia Positiva estaba jugando como parte integrante de la nueva estructura económico-social vigente.

Podemos recordar algunos estudios importantes de su tiempo, entre ellos los de Alfred Maudslay (1886, 1889-1902, 1899), quien levantó planos muy detallados (con la ayuda de un topógrafo profesional) de los sitios que exploraba. Notó la diferencia entre templos, palacios y viviendas, y toda vez que hablaba de una "ciudad", en realidad indicaba un tipo de vida urbana en el sentido que podía darle un inglés victoriano y no como un término cargado de connotaciones particulares. En cambio Teobert Maler (1901, 1903-1908) refiriéndose a Tikal habló de "miles de viviendas y chozas construidas con materiales perecederos"

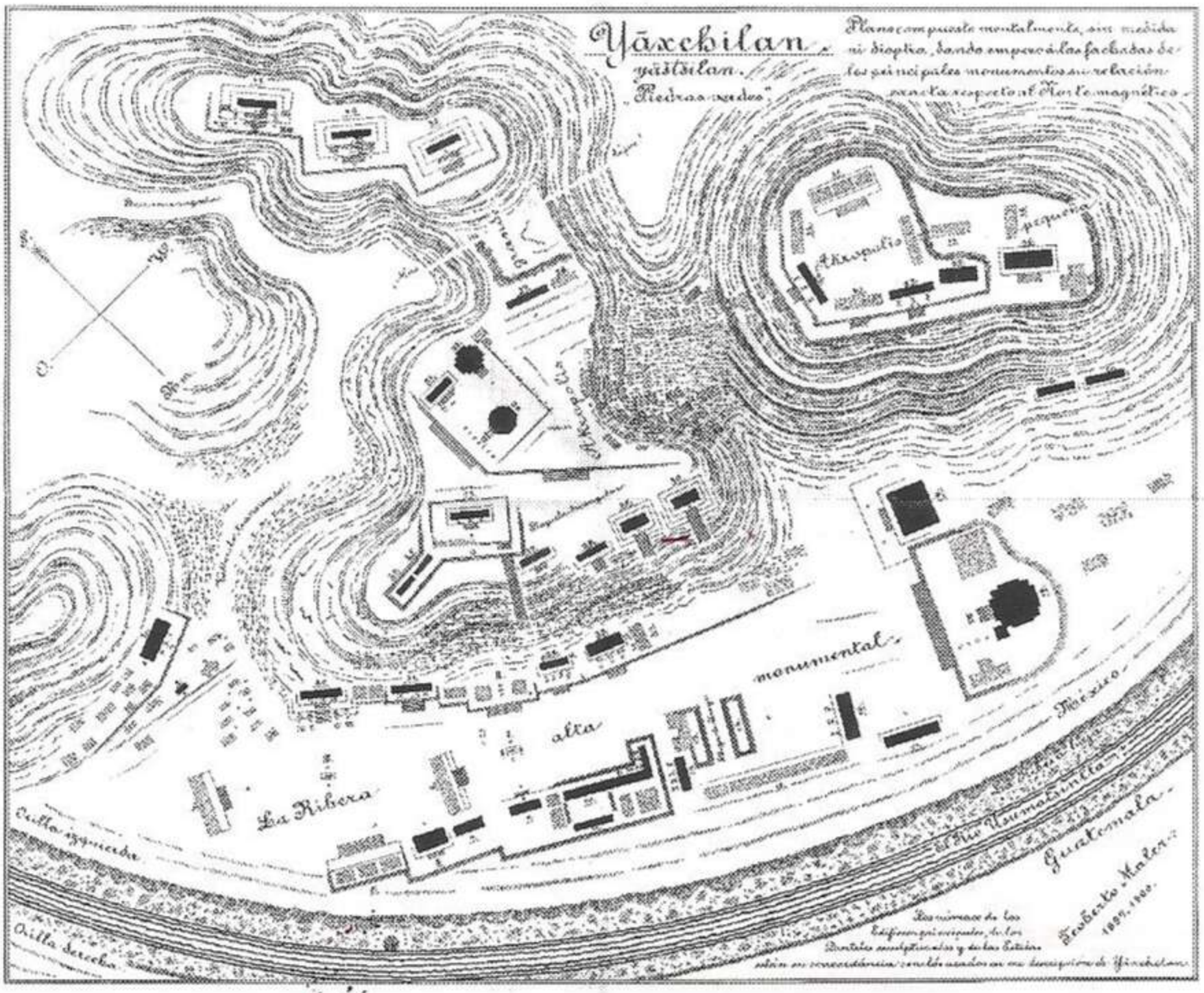


Figura 5. Yaxchilán, plano de 1897 y 1900 levantado por Teobert Maler.

que habían existido alrededor de los grandes edificios conocidos. Lo mismo observó G. B. Gordon en las cercanías de Copán (1896, 1898), en forma de montículos bajos con restos que consideró producto de los desechos habitacionales, lo que publicó en 1896 (Figuras 5 y 6).

Una de las más notables observaciones fue la del controvertido Edward Thompson en 1886 en Labná (1888, 1889, 1897), cuando además de hacer un detallado plano del área central notó la existencia de gran cantidad de pequeños basamentos a los que les atribuyó sin asomo de duda el carácter de restos de viviendas hechas con materiales que se destruyeron con el tiempo. Además hizo algunas inferencias sobre la organización social a partir de esa misma información. Con el tiempo, varios otros plantearon lo mismo como Eduard Seler, que notó basamentos de ese tipo en

Uaxac Canal y los publicó en 1892, E. L. Hewett (1912) excavó varios en Quiriguá y destacó su similitud con las viviendas actuales de los mayas, y los arqueólogos prestigiados en sus inicios, tanto Sylvanus Morley (1920) en sus primeros trabajo como Herbert Spinden (1913) aceptaron la existencia en el pasado de ciudades grandes, complejas, que denotaban diferencias sociales. Estaba dado el primer paso hacia el pleno reconocimiento de pequeñas estructuras habitacionales dispersas, aunque aun sólo en torno a los grandes conjuntos.

Quizás el más notable entre los pioneros fue Alfred Tozzer, quien llevó a cabo un estudio de las ruinas mayas durante la primera década del siglo xx aunque nunca llegó a publicar sus estudios con el detalle que hubieran merecido (Tozzer 1911, Tozzer y Vaillant 1931). De todas formas notó en Tikal, tras dibujar un excelente plano para las posibilidades de la época, que el problema central estaba en la demarcación del límite del asentamiento. Sin esto era casi imposible definir la densidad o la extensión de una ciudad cualquiera ya que había montículos habitacionales prácticamente en todas partes. Llegó incluso a hacer un plano en el que señala, a ambos lados de su camino, la ubicación de muchos de estos basamentos, que al parecer no tenían un orden establecido y planteó que Tikal y Holmul, entre otras, habían sido verdaderas ciudades densamente pobladas a la vez que por primera vez estableció que la Acrópolis Central de Tikal había sido un conjunto residencial. Otros, como Thomas Gann, llegaron a excavar montículos: exploró a principios del siglo xx, 43 en Santa Rita, notando la poca variación entre ellos, en especial entre los objetos descubiertos (Gann 1900). El otro paso ya se estaba dando: reconocer que el territorio entero estaba cubierto de esos montículos de pobladores modestos.

El último de los estudios dentro de esta corriente fue el de Samuel K. Lothrop (1924) sobre la costa del estado de Quintana Roo. En Tulum llevó a cabo varias observaciones dignas de tener en cuenta ya que había que llegar hasta allí por mar, aun no era posible hacerlo por tierra ya que los levantamientos indígenas de la Guerra de Castas no se habían apagado, más siendo norteamericanos: la ciudad estaba amurallada, tenía calles rectas y tres tipos de arquitectura (templos, palacios y viviendas) los que podían observarse a simple vista. Además, planteó la posibilidad

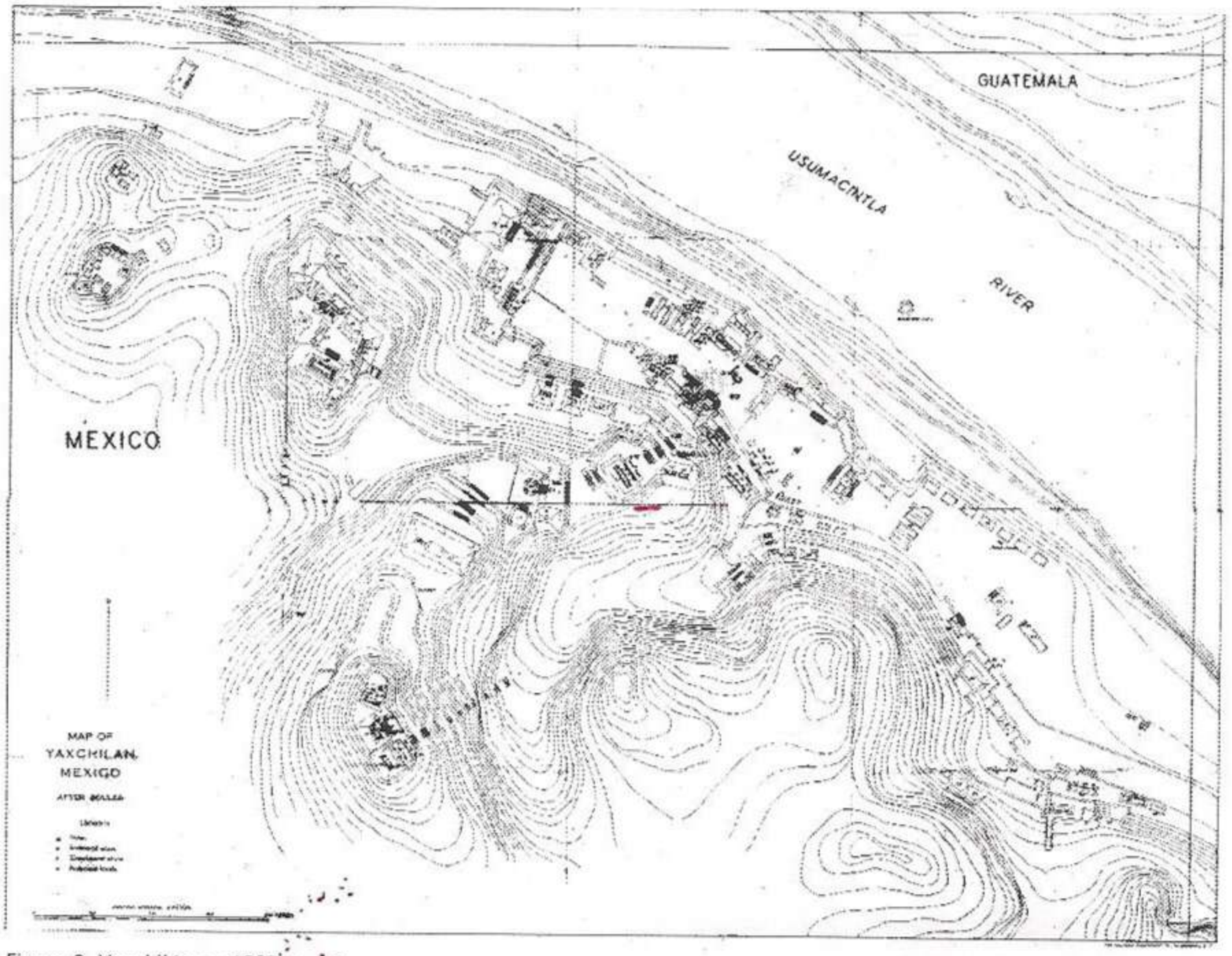


Figura 6. Yaxchilán en 1937

de que los denominados "palacios" hubieran sido utilizados como habitaciones, lo que fue otro paso adelante. Más tarde se aceptó que los edificios monumentales también incluían actividades cotidianas como dormir y comer, entre tantas otras y no sólo religiosas.

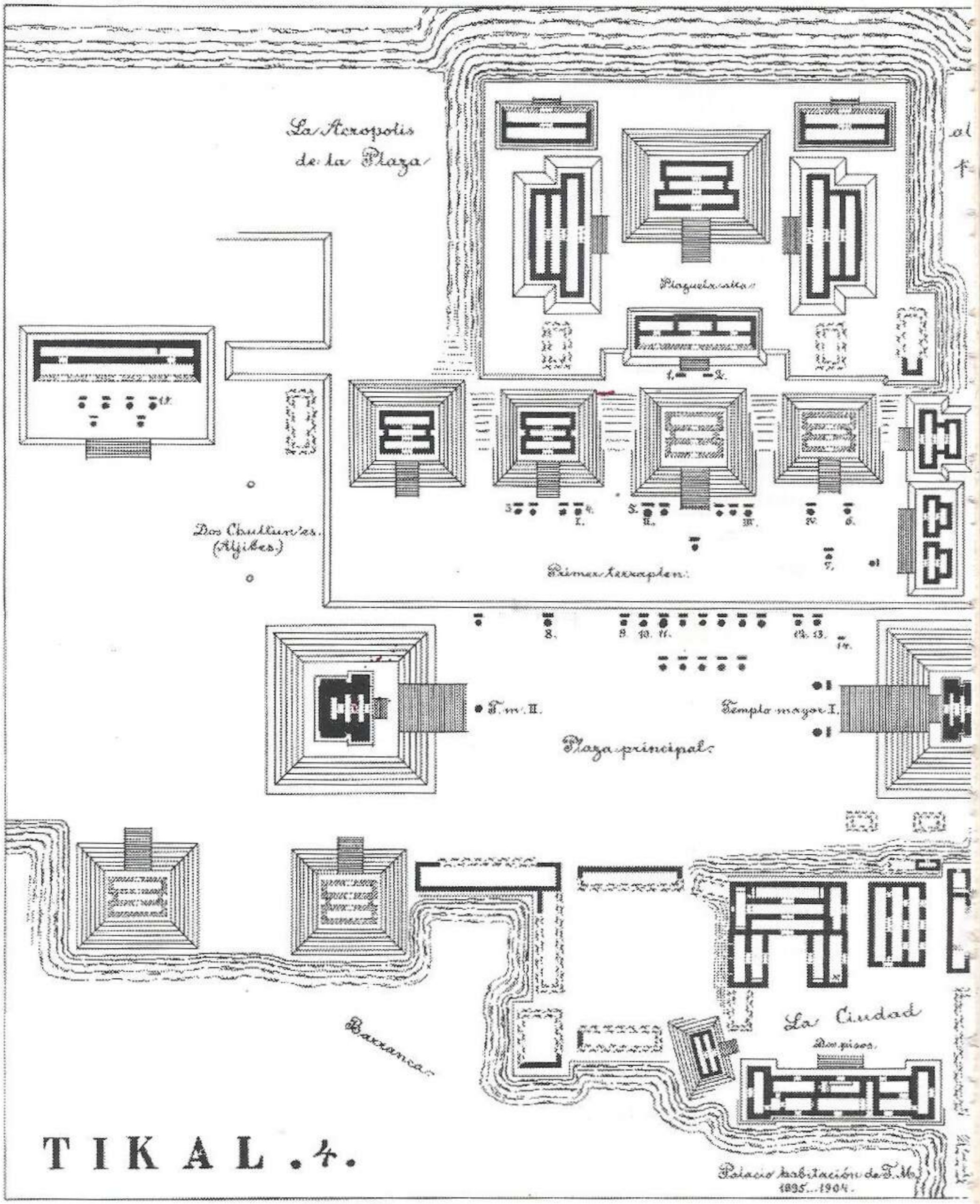
Lo que interesa destacar es que para la época, pese a la enorme cantidad de trabajo hecho, era posible observar una falta notable de criterios científicos para definir *vivienda, ciudad* y otros términos similares. Y si bien hubo varios intentos en tal sentido, no pasaron de eso, como en el caso de Thompson. No se prestó demasiada atención a los tipos de asentamientos descubiertos; sí se los mapeó con todo el rigor posible dentro de las posibilidades de esos tiempos —descartando lo que no era significativo para ellos—, pero no se llegó mucho más lejos. Quedaba

claro que la importancia de un sitio estaba en relación directa con el volumen de obra existente y la cantidad de monumentos tallados. Tampoco preocuparon ciertos aspectos que hoy nos interesan, como la gran cantidad de sitios existentes en un mismo territorio que podrían plantearse como contemporáneos entre sí. Asimismo se dejó de lado la consideración del gran esfuerzo que representó la construcción de esos sitios verdaderamente monumentales y la organización social, económica y la densidad demográfica necesaria para todo ello. Esto fue determinante para que en una época posterior se borrara de un plumazo el concepto de *ciudad* para imponer otro más sencillo: el modelo de *centro ceremonial,* con los graves problemas y retrasos que produjo en la comprensión de la arqueología mesoamericana.

En esta etapa los planos se dibujaban de la manera que se podía, sin normas y existía una tendencia a retocarlos, agregarles árboles, plantas, caminos, casas y otros detalles. En los casos en que había desniveles en el suelo o cerros y montañas, éstas eran marcadas con sombreados en uno de sus lados, lo que daba un cierto realismo, por lo que la técnica se extrapoló también al dibujo de los montículos. Vale la pena citar los planos hechos por topógrafos profesionales para Alfred Maudslay y Edward Thompson, por la calidad de sus técnicas de representación. También los grandes *panoramas* heredados de la época anterior fueron una manera interesante de mostrar los sitios antiguos y los que dibujó William Holmes quedan aún como modelo de ellos.

4. Los primeros modelos teóricos para entender los asentamientos y su entorno (1920-1950)

A partir de los comienzos de la segunda década del siglo xx, la arqueología mesoamericana tomó un sesgo distinto al que había prevalecido hasta el momento. Hubo dos grandes factores convergentes: la llegada de la arqueología universitaria de Estados Unidos a través de la Institución Carnegie de Washington, respondiendo al impulso de Sylvanus Morley, representó la apertura de una nueva forma de trabajar en el campo, por una parte. Por la otra, los profundos cambios producidos en México con la Revolución, en donde el joven Manuel Gamio y su equipo de colaboradores (Gamio 1922) desde 1913 habían iniciado la arqueología desde una perspectiva antropológica integral, con la sumatoria de otros campos del conocimiento. El proyecto de Teotihuacan fue la mejor muestra de esa nueva arqueología, realmente diferente a lo que se había hecho hasta el momento. Y, aunque en un mismo nivel de modernidad, era diferente la postura de la Carnegie y de sus investigadores, quienes si bien tenían un excelente entrenamiento y buscaron la interdisciplina, no contaban como Gamio con una postura teórica e ideológica ante su tema de estudio, por el contrario, sostenían posiciones empiristas y en general estaban bajo una clara influencia del neopositivismo de Franz Boas (Schávelzon 1991). La distancia la marcaron los resultados: el proyecto de Gamio, claramente planteado desde el inicio, tuvo resultados publicados en pocos años, mientras que el estudio de la Institución Carnegie sobre Chichén jamás logró sintetizar todo el conjunto pese a las docenas de libros editados con los años (Figuras 7 y 8).


La Acropolis
de la Plaza
Plaza principal
Templo mayor I.
Templo II.
Gran Acropolis
Plaza principal
Dos Chultunes.
(Algibes.)
Primer Juego de pelota.
La Ciudad
Dos pisos.
Palacio habitación de T. M.
1895...1904.
TIKAL. 4.

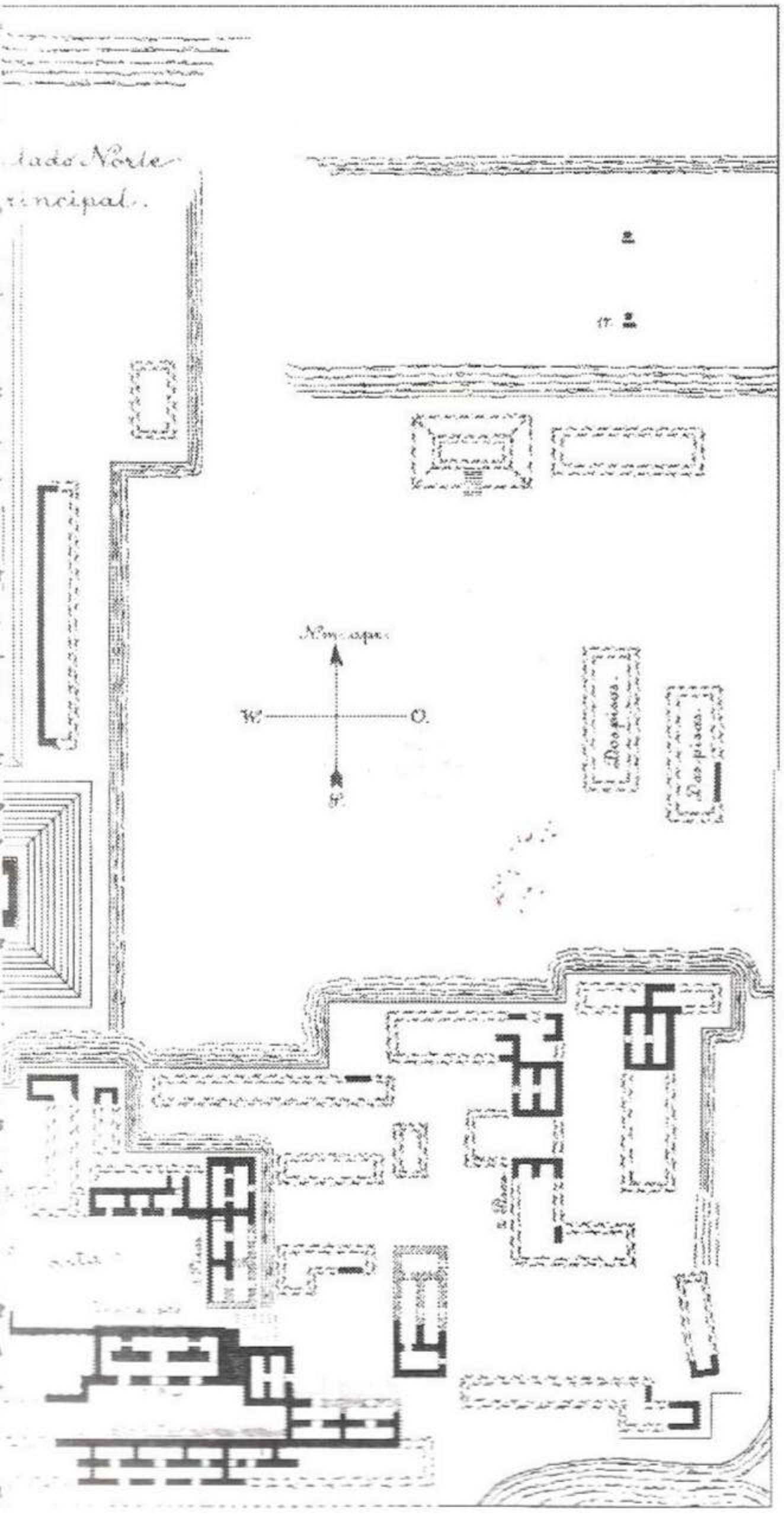
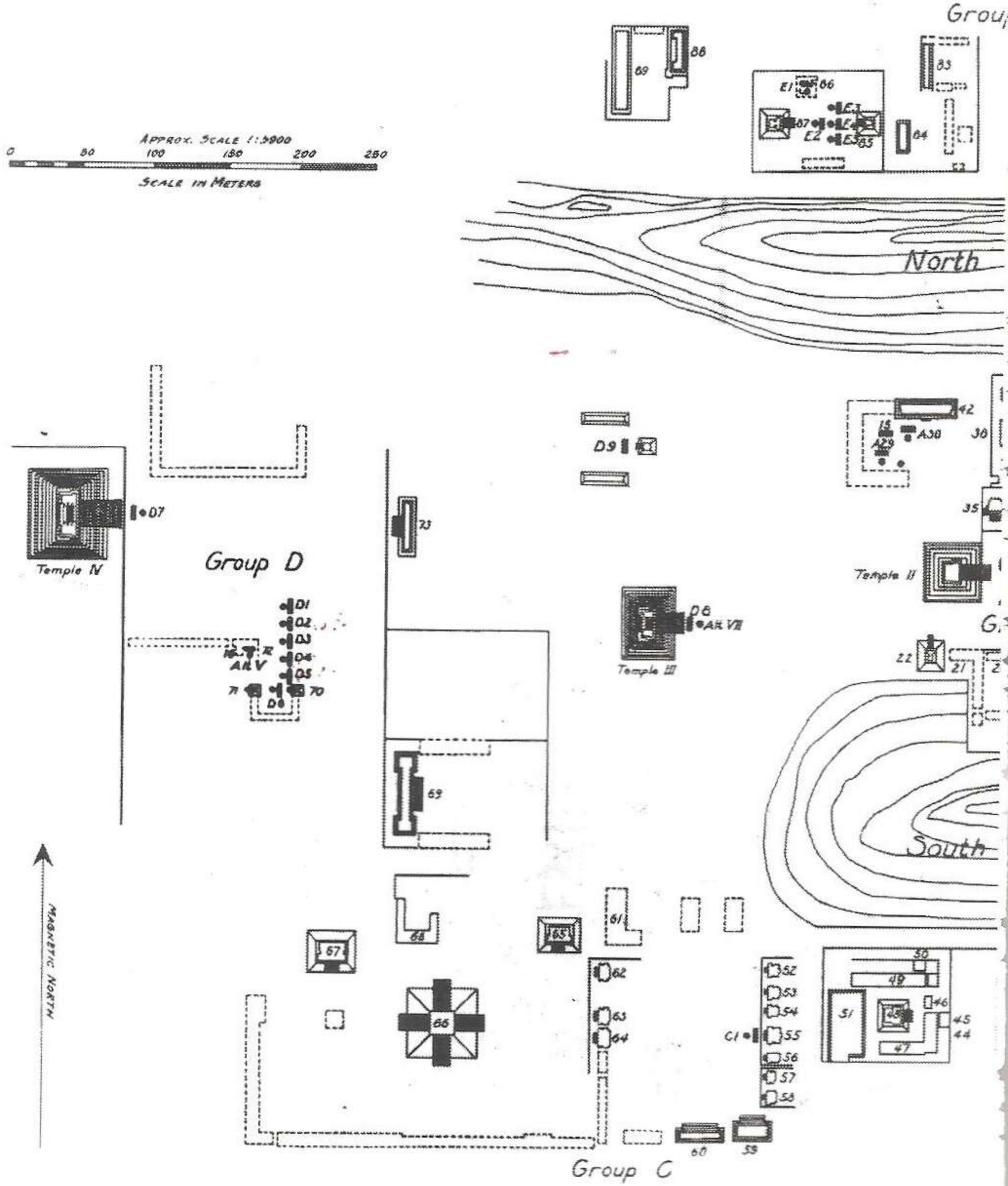


Figura 7. Tikal, plano del área central hecho por Teobert Maler en 1908


Approx. Scale 1:3900
0 50 100 150 200 250
Scale in Meters
Group
North
Group D
Temple IV
Temple II
Temple III
South
Group C
Magnetic North

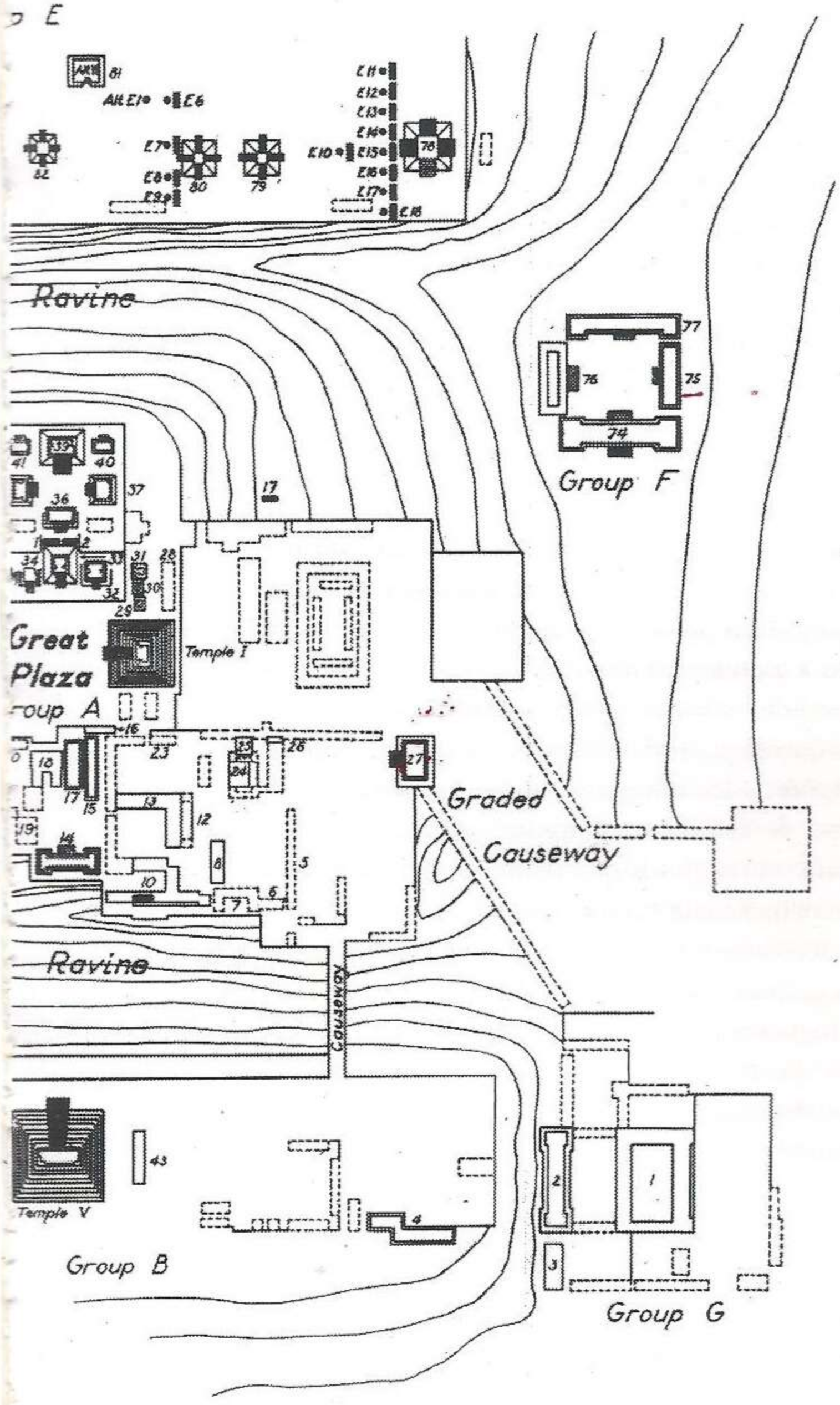


Figura 8. Tikal, área central, plano de Raymond Merwin en 1937.

Los primeros años de esta etapa representaron en cierta medida la continuación de algunas ideas anteriores matizadas por un nivel de generalización más amplia, en base a la cantidad cada vez mayor de información que se tenía sobre los mayas antiguos. Por ejemplo Morley en 1924 sugería que Tikal y Uolantún debieron haber sido parte de una misma ciudad dada la proximidad de una y otra (unos 5 km), lo que nuevamente llevaba el problema a la necesidad de definir los límites de cada ciudad ya que las pequeñas ruinas estaban por doquier entre una y otra. Poco después, Thomas Gann (Gann y Thompson 1931) postuló la inversa: que cada ciudad debió haber sido relativamente independiente de las demás, aunque era lógico suponer la existencia de un gobierno centralizado en Tikal.

La ruptura con todo el conocimiento acumulado en la etapa precedente llegó con el primer libro de divulgación que escribió Eric Thompson y que fue publicado en 1927 y luego ampliado en varias oportunidades hasta la gran edición de 1945. Aquí plantearía por primera vez un modelo de asentamiento opuesto a todo lo que se había supuesto hasta el momento, por lo menos a nivel de los especialistas, y también contra lo que las mismas evidencias arqueológicas planteaban cada día con mayor insistencia: según esta hipótesis los antiguos mayas no habían tenido *ciudades* sino cierto tipo de *centros ceremoniales*, en realidad grandes agrupamientos de edificios religiosos que permanecían vacíos la mayor parte del año. El pueblo, incluso la mayor parte de la elite gobernante —compuesta sólo por sacerdotes— residía idílicamente en el campo, aunque algunos lo hacían en casas más cómodas y amplias, en un paisaje que recordaba más a su Inglaterra victoriana —aunque tuvo una tranquila juventud argentina—, que la realidad de la selva americana. Esta postura de Thompson resultaba indemostrable y se basaba en una lectura parcial de los restos arqueológicos: sólo le preocuparon los templos y los palacios, dándole a estos últimos bastante poca importancia, cosa que mantuvo en sus libros de divulgación, ya que en su bibliografía científica opinó en forma diferente y fue siempre de primer nivel.

Ese mismo año (1927) se publicó otro libro que causó gran impacto en su época y que durante muchos años fue bibliografía básica sobre el mundo maya. Se trataba de la obra de Frans Blom y Oliver La Farge

Tribes and Temple, editada por la Universidad Tulane, que por su formato y texto era a su vez un *best seller* de viajeros por Centroamérica. El estudio mostraba aspectos de arqueología, etnología e historia con un enfoque novedoso, ya que conjuntaba lo específico y científico con lo narrativo y anecdótico. Entre sus descripciones de ruinas ya conocidas o descubiertas por ellos, se puede entrever una visión muy particular de las ciudades mayas, visión que Blom sostuvo durante toda su vida: una marcada indefinición sobre el tipo de asentamiento que tuvieron los mayas, dando importancia principalmente a lo monumental-religioso y asociando al centro del conjunto como un área de pura actividad religiosa; un párrafo suyo es elocuente:

> *"Las pirámides y los templos fueron construidos en honor de los viejos dioses. Los palacios fueron el domicilio de dirigentes y sacerdotes. El común de la gente vivió en cabañas de techo de palma tal como los indígenas lo utilizan todavía. Los edificios de piedra son un glorioso monumento a la raza maya. Las casas ocupadas por el común de la gente, cuyo esfuerzo fue puesto en la construcción de los edificios de los templos, han desaparecido siglos atrás. Cuando uno da un vistazo a la ciudad santa de Palenque... podemos darnos cuenta que nosotros sólo vemos la sección de la ciudad que estuvo dedicada a la adoración de los dioses. La ciudad donde vivía el común de la gente, los que eran como usted y yo en aquellos tiempos, probablemente yacía en las tierras bajas".*
> (Blom y La Farge 1927) (Figuras 9a, b, c, d)

Al año siguiente se editaron en México cuatro libros que deben ser destacados: la Dirección de Arqueología dirigida por José Reygadas Vértiz publicó entre 1926 y 1928 primero un reconocimiento en Chiapas de Enrique Juan Palacios (1928), luego el trabajo de Federico Mariscal sobre un estudio comparativo de los edificios mayas del Yucatán (1928), lo que abrió la posibilidad de que los arquitectos aceptaran la arquitectura prehispánica como digna de ser incluida en el arte universal. A éstos los acompañaba otro libro de gran formato llamado *Estado actual de los monumentos arqueológicos de México* y el cuarto de ellos fue el trabajo

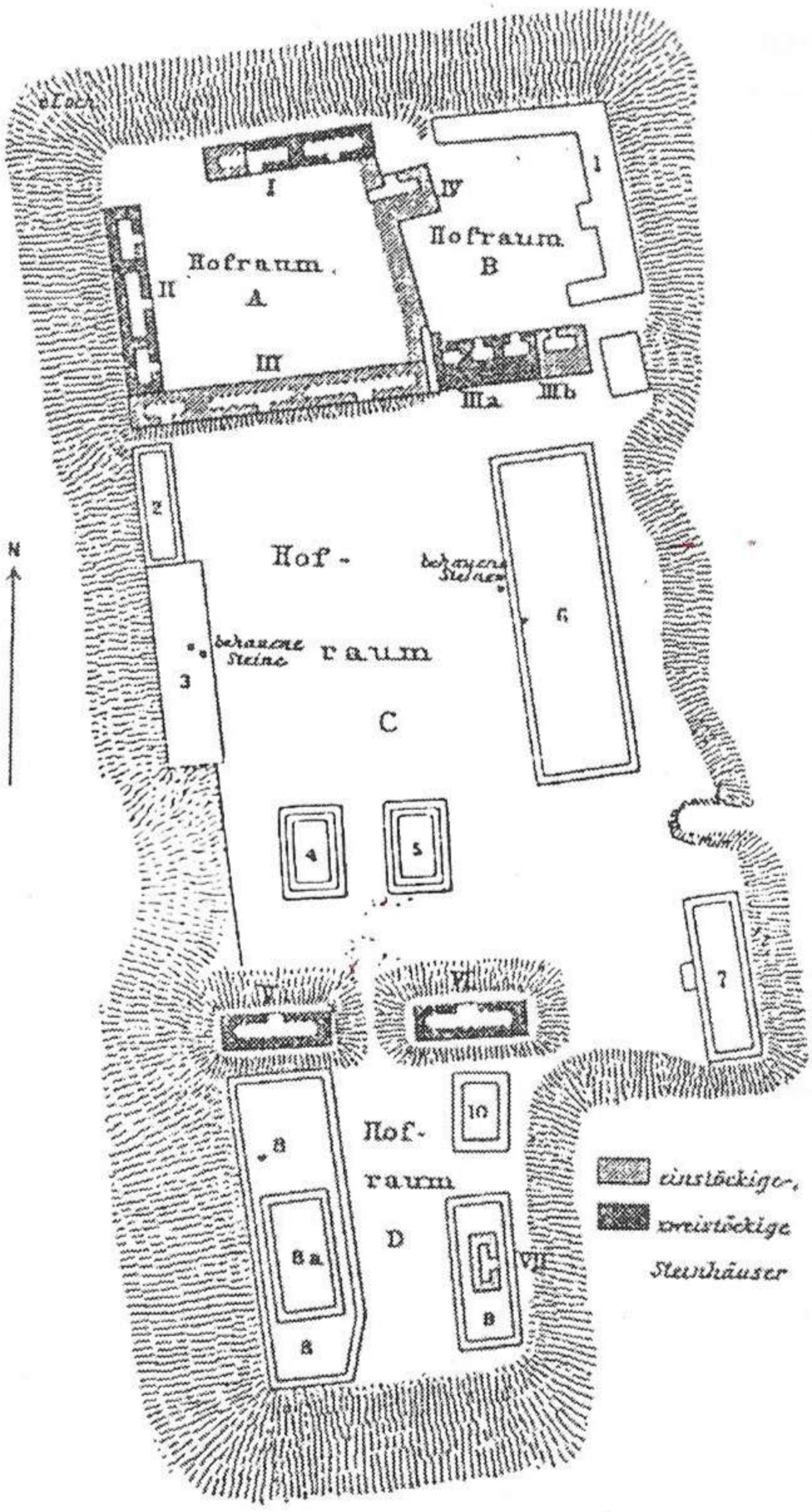


Figura 9a. San Clemente en 1895.

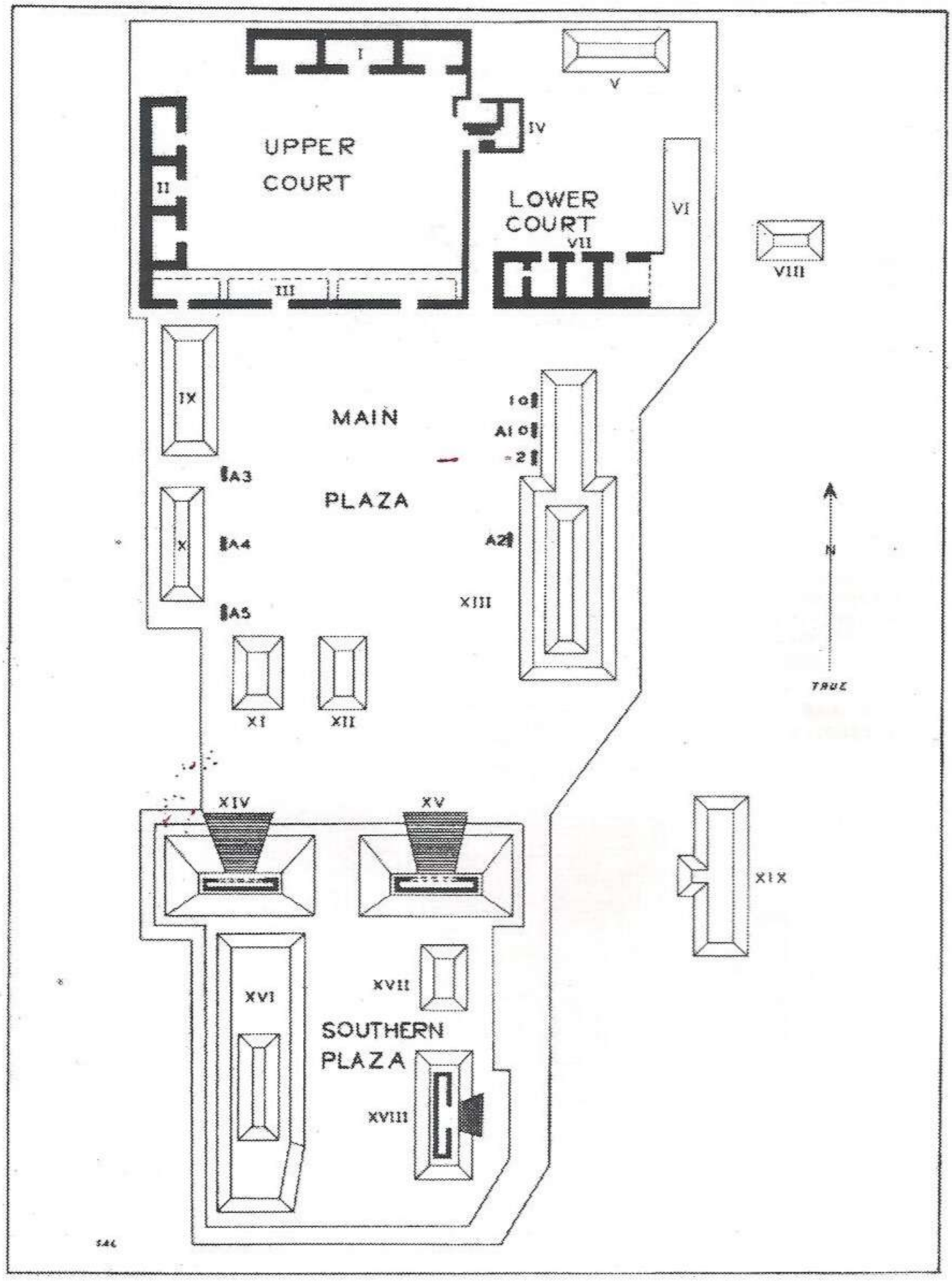


Figura 9b. San Clemente, plano de Frans Blom (1928) en 1928.

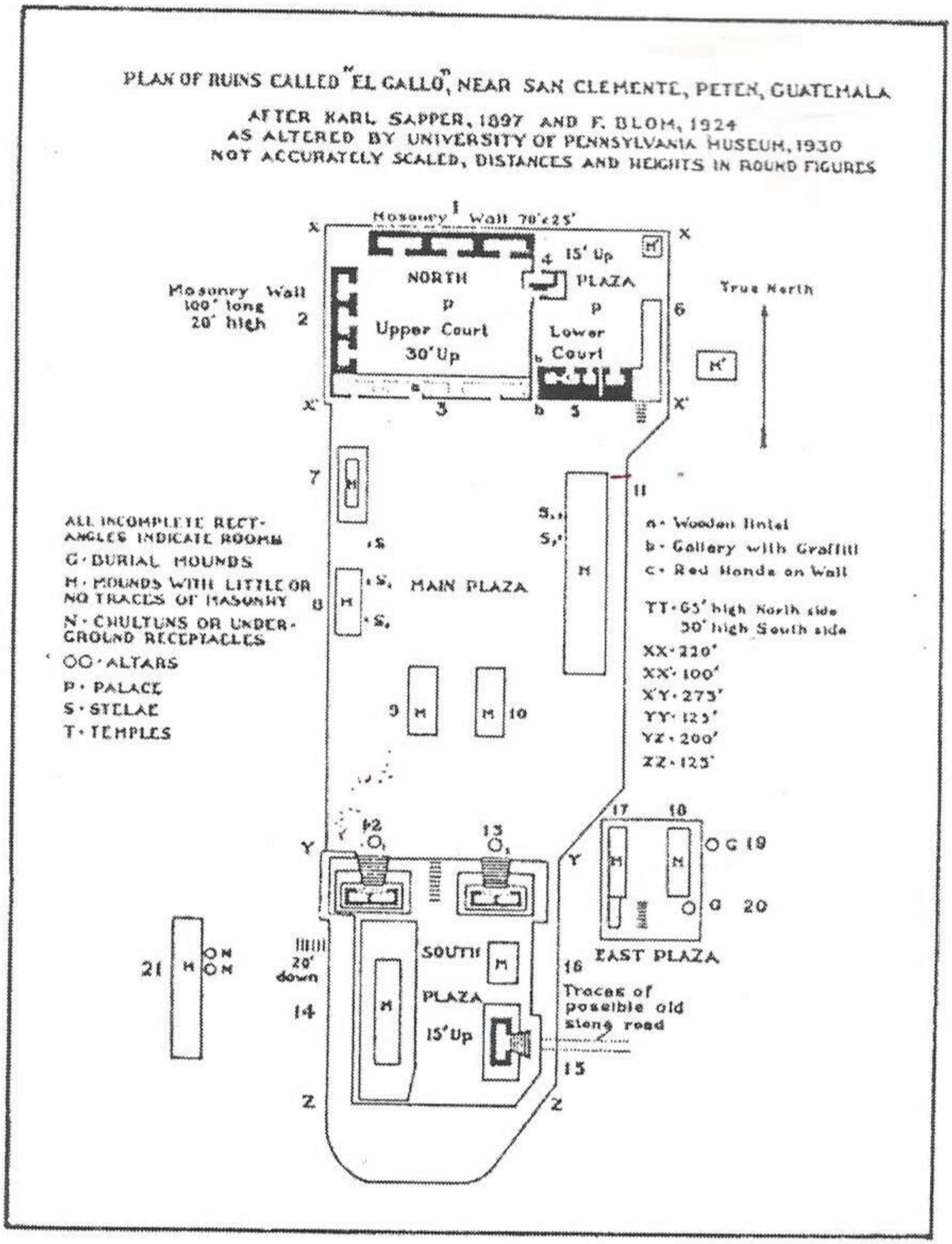


Figura 9c. San Clemente en 1931.

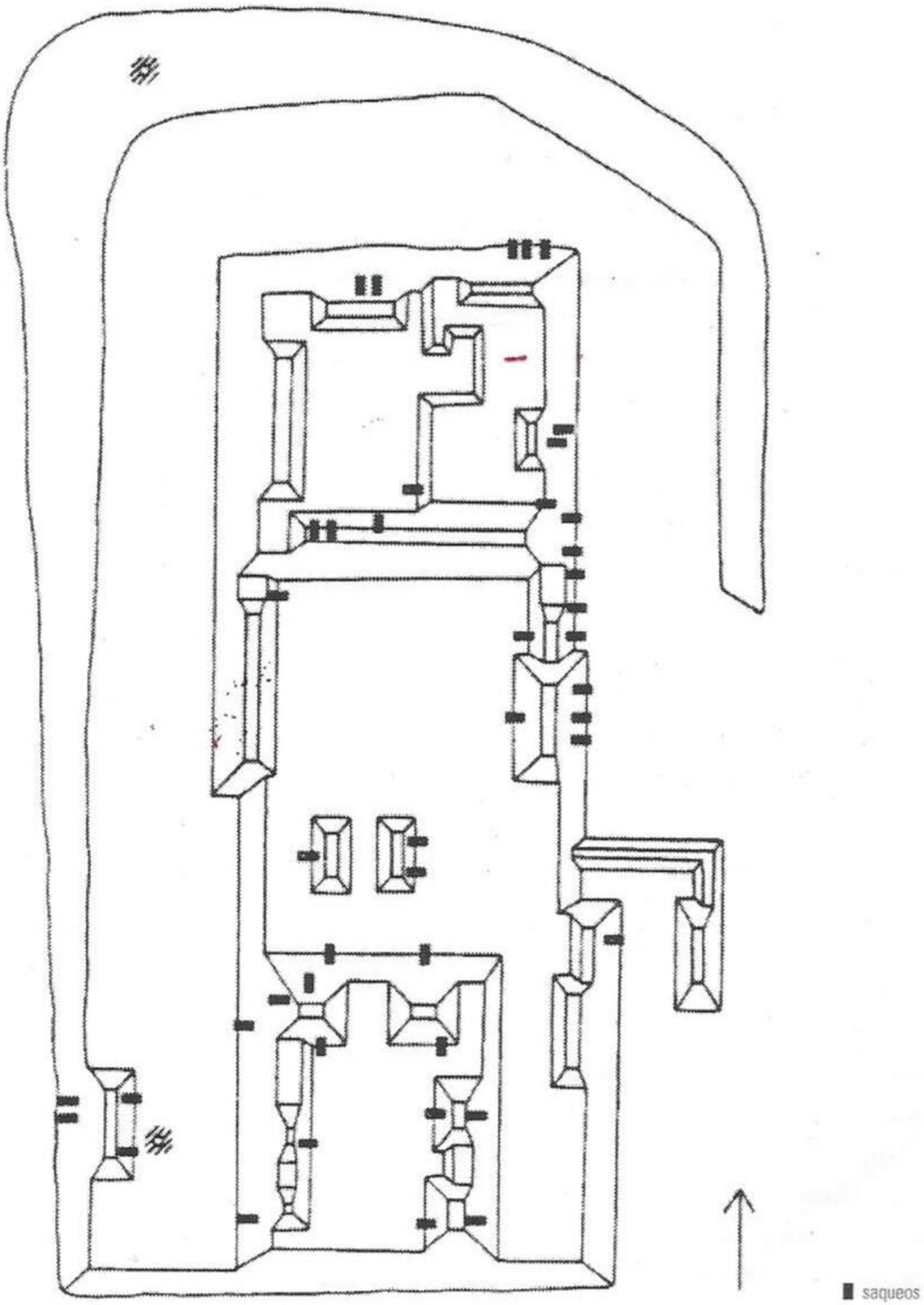


Figura 9d. San Clemente en 1966.

de compilación de Ignacio Marquina titulado *Estudio arquitectónico comparativo de los monumentos arqueológicos de México* de 1928. En este libro Marquina reunía la información existente sobre el tema y aunque no presentó interpretaciones de índole general fue de importancia en el medio arqueológico. Trató de describir los sitios mayas y no mayas con bastante detenimiento, aunque cayó en una postura que, desde poco antes, comenzaba a ser tradicional en México: confundir la ciudad con su arquitectura. Se entendían los asentamientos como compuestos por dos niveles físicos diferentes, es decir su trazado y su *composición* (palabra muy en boga entre los arquitectos), por un lado, y su arquitectura, por el otro. Era la herencia de la formación academicista de los arquitectos basada en los estilos y la historia grecolatina y se la aplicaba a lo prehispánico. Y los temas que se analizaban eran, como en el caso de Palenque, su trazo, arreglo a la topografía, composición, simetría y ejes dominantes.

En el libro, hay ejemplos muy interesantes de esta forma de ver la ciudad: se hablaba de la estructura interna de las ciudades diciendo que en ellas estaba "dominando siempre un partido en que se conserva el *concepto de simetría y la* orientación de los edificios" y que estaba compuesta por "masas equilibradas dispuestas según los ejes principales de simetría". La ciudad era la sumatoria de arquitecturas, o como mucho, de grupos pequeños alrededor de plazas y patios abiertos o *cerrados.* Asimismo, se confundía y se utilizaban indistintamente términos como *centro religioso, ciudad, ruinas, centro fortificado religioso, sitio arqueológico* y diversos otros más. Este trabajo fue importante ya que institucionalizó la indefinición del término *ciudad* aplicada a estos pueblos del pasado. En la versión ampliada de ese mismo trabajo que publicó en 1951 (y que se reeditó en 1962 y 1981), Marquina mantuvo esa tesitura: lo que importaba eran los monumentos y la arquitectura, su ubicación, la relación entre ellos y la descripción formal de sus detalles, nunca la ciudad como totalidad; menos aún la *vida urbana,* el cómo y el para qué se usaban esas estructuras, y menos que menos lo que quedaba fuera de la ciudad.

En 1931 Eric Thompson volvió a plantear su nuevo modelo de asentamientos mayas; esta vez junto con Thomas Gann —quien sostuvo la

hipótesis opuesta aunque sin entrar en polémicas—, publicaron un libro de divulgación titulado *The history of the Mayas*, muy bien ilustrado y editado por Ch. Scribners de Nueva York (1931), lo que garantizó su transformación en un *best seller* histórico. Thompson habló constantemente de las ciudades y procedió a definirlas con las siguientes palabras:

> *"Los agricultores vivían en pequeños asentamientos de unas pocas familias, dispersos en la selva y relativamente cerca de sus plantaciones. Para cada área había un centro religioso, el que era preparado por el pueblo para diversas fiestas y sacrificios... En realidad, el pueblo común puede presumirse que nunca vivió en las llamadas grandes ciudades en ruinas. Éstas eran de naturaleza puramente religiosa y estaban habitadas sólo por los más importantes sacerdotes y posiblemente algunos líderes civiles".* (Thompson 1931: 35)

Era el establecimiento, no tan sólo de un nuevo modelo urbano, sino de toda una forma de vida y de uso del espacio territorial, una organización social completa sin contar con pruebas de ninguna índole, pero que tuvo eco tanto entre legos como especialistas. Desde entonces y hasta hoy, buena parte del público cree que así fueron las ciudades mayas. Sólo los especialistas han cambiado su forma de ver el problema y ello solo recientemente. La totalidad de la bibliografía utilizada en México, Guatemala y toda América Central para divulgación y docencia universitaria refutaba la posibilidad de la existencia de ciudades; pero casi únicamente se habló de *centros ceremoniales* (Figura 10).

Lo más curioso era que el mismo Thompson contradecía su postura teórica en sus informes de excavación —los que obviamente tenían una circulación muy limitada—, como en el caso de su trabajo de Mountain Cow, en Belice. En el estudio de dicho lugar exploró cuatro sitios y excavó arquitectura de variados tipos, lo que lo llevó a la conclusión que dos de ellos eran restos de un asentamiento de clase baja formado sólo por unidades habitacionales, siendo el otro de clase alta porque incluía arquitectura religiosa (Thompson 1931, 1939, 1940, 1948, Thompson, Pollock y Charlot 1932). Destacó la necesidad de incrementar este tipo de estudio

y fue quizás el primero en buscar la relación entre diferentes categorías de sitios. Según él, eran "centros ceremoniales pequeños" los unos y "unidades residenciales" los otros. Pero el problema no terminaba allí; sus suposiciones sobre la ceremonialidad y religiosidad de cualquier grupo grande de ruinas hizo difícil entender con exactitud la forma en que los mayas redistribuyeron y utilizaron el territorio porque se partió de varios presupuestos endebles: la división social en sólo dos grupos, la existencia única de agricultura de milpa muy primitiva y de bajo rendimiento, las ciudades vacías la mayor parte del año y un sistema de gobierno tipo *teocrático*, término muy empleado de allí en adelante y más endeble que lo demás.

Mientras este tipo de información se difundía entre el público general y era aceptada sin mayores discusiones, las evidencias arqueológicas en sentido contrario continuaron apareciendo día a día. Es difícil recordar todos los trabajos publicados en esos años pero el artículo de Robert Wauchope titulado *House Mounds at Uaxactun* publicado en 1934 fue clave en la polémica que lentamente se establecería. Decía que los esfuerzos realizados hasta el momento habían estado centrados en la arquitectura de la elite dejando de lado otros tipos de construcciones, en especial los montículos habitacionales de la gente modesta. Además se sabía muy poco sobre la forma de vida del pueblo mismo, de su producción cerámica, sus alimentos, sus instrumentos de trabajo y sus objetos y posesiones. La única forma de modificar la situación era la excavación sistemática de basamentos de viviendas simples, dejando un poco relegada la gran arquitectura cívico-religiosa. A lo largo de su trabajo, Wauchope revisó todas las fuentes disponibles de la época: cronistas, *graffiti*, pinturas murales y la información arqueológica ya recabada, la que luego comparó con los resultados de los montículos que había excavado en Uaxactun. El estudio, si bien reducido, representó un avance ya que intentaba definir con precisión cuándo se estaba frente a un basamento habitacional y cuándo no:

> *"La excavación de montículos de viviendas deberá ser parte de todo trabajo arqueológico en la región maya. Los montículos habitacionales proveerán indudablemente de gran parte del esqueleto*

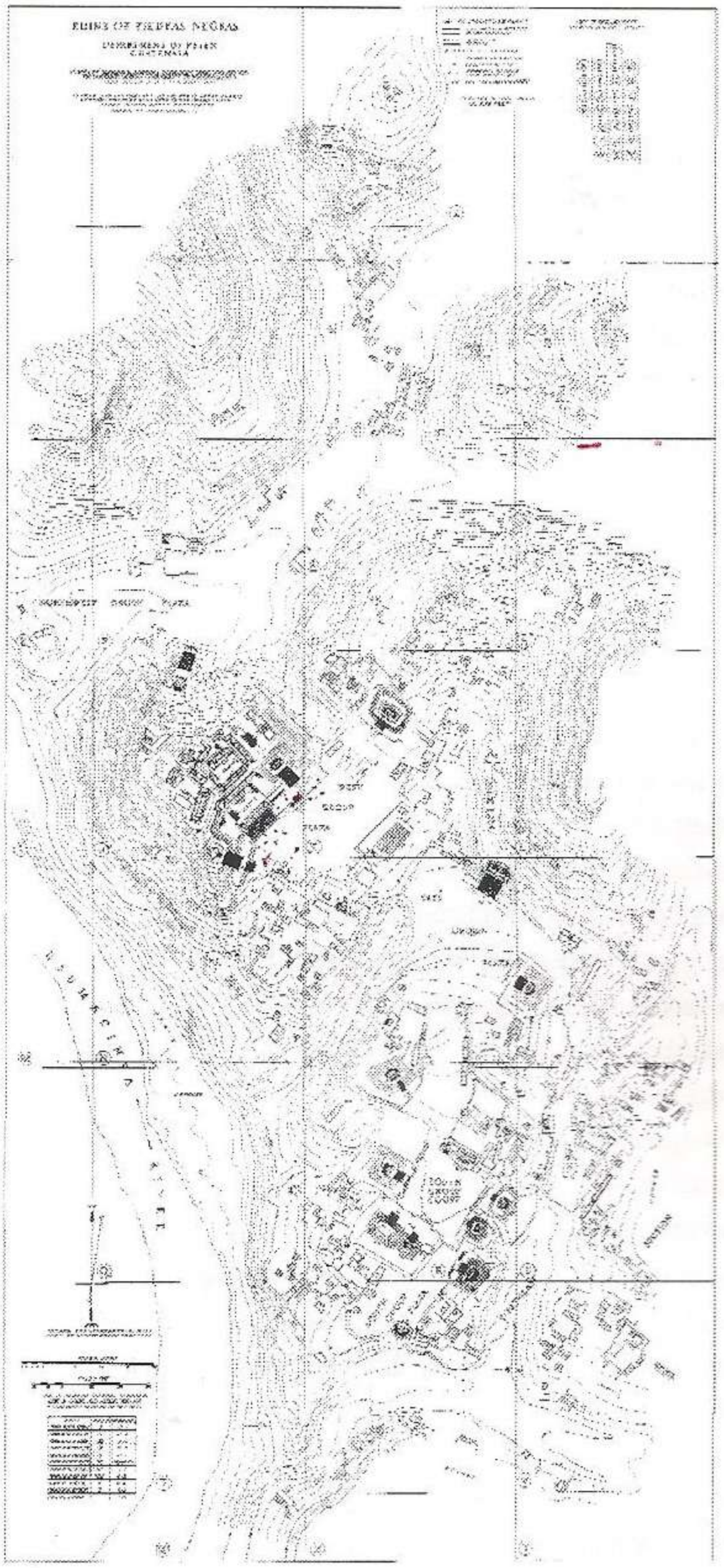


Figura 10. Piedras Negras en 1943.

> *material necesario, que de otra forma es sólo encontrado irregularmente en la excavación de grandes edificios".* (Wauchope 1934)

En los años siguientes se hicieron algunos otros trabajos que merecen tenerse en cuenta. Por ejemplo Samuel Lothrop emprendió un reconocimiento de los alrededores del lago Atitlán (1933) en Guatemala donde detectó muchas de las que él llamó "ruinas de casas", aunque al igual que en Tulum en la costa mexicana, únicamente se basó para su identificación en la gran cantidad de ellas existente en el terreno que recorrían. Caso similar aunque técnicamente más preciso fue el de Alfred Kidder (1935), quien utilizó para diferenciar los restos de una vivienda de los edificios de otros tipos, la abundancia de basura doméstica a su alrededor: cerámicas utilitarias, piedras de moler maíz, hojas de obsidiana, fragmentos descartados de piedras trabajadas y la falta de objetos suntuarios.

Entretanto ya se habían publicado los trabajos que Oliver y Edith Ricketson y otros habían hecho en Uaxactún. Ellos estaban tratando de interpretar científicamente —es posible que por primera vez—, la estructura interna de un asentamiento maya, su lógica. En 1937, los Ricketson publicaron un libro en el cual presentaron los resultados de un mapeo de basamentos de viviendas en una amplia zona de los alrededores, al tiempo que planteaban una posición teórica en base a dichos restos (R. Smith 1937, 1950, A. L. Smith 1929, 1950).

Para este trabajo, que sin duda fue notable en su época, comenzaron los autores con el estudio del patrón de poblamiento haciendo un recorrido en forma de cruz alrededor de Uaxactún, mapeando con detalle los montículos que se encontraban en una superficie de casi 2.300.000 m^2. Los recorridos se hicieron cuando no había aun experiencias previas —lo cual justifica algunos errores—, y con un corte de la vegetación poco sistemático, por lo cual lo que vieron fue sólo una parte de lo que había. Hoy en día lo podemos decir porque no hace mucho el área fue nuevamente estudiada por Dennis Puleston con mayor rigor y tecnología. Los Ricketson hallaron en esa superficie 50 chultunes[2] y

2. Chultún: pozo excavado en la piedra o tierra cerca de las viviendas, generalmente con una gran tapa, que servía para guardar agua aunque en casos se usó para granos.

78 basamentos de viviendas, lo que sabemos que representó el 40% aproximadamente de lo que allí existía. Pero lo interesante es que sólo el 57% de la tierra era habitable ya que el resto estaba cubierto por bajos o pantanos; también había que descontar otra parte porque estaba ocupada por los grupos de grandes edificios del área central. Los cálculos de población eran entonces de unas 40 viviendas por km^2, es decir casi 300 habitantes, lo que para muchos fue significativamente alto. Pero también era lógico suponer, como lo hicieron los autores, que sólo una parte de esos montículos estuvieron habitados simultáneamente —se calculó un 25%—, lo que significaba reducir la cifra a 75 habitantes para esa misma superficie. Esta densidad, alta o baja según el punto de vista, fue el primer paso de un estudio científico del problema. Los autores determinaron las posibilidades productivas por habitante y por superficie, tratando de hacer cálculos de población a partir de la producción potencial de la superficie productiva; eso también constituyó un trabajo pionero. Pero aquí las cosas empezaron a fallar metodológicamente: en primer lugar porque se creyó que era posible extrapolar datos extraídos de la etnología de los indígenas actuales para los mayas antiguos. Posiblemente se pueda argumentar que no había otros datos que manejar, pero la diferencia radicaba entre asumir una hipótesis o aceptarla como demostrada. Este estudio mostró que la investigación se manejaba con la fuerza de ciertas ideas establecidas y las posiciones personales de algunos investigadores que las sostenían aunque terminaran construyendo tautologías: si las evidencias mostraban que la densidad era grande y "se sabía" que la agricultura existente no podía sostener esa población, entonces las opciones eran: o que los investigadores estaban equivocados, o lo que vieron estaba mal —es decir, no todo era contemporáneo—, o se lo dejaba de lado y se seguía pensando igual sin hacer demasiado caso a lo descubierto; un problema interesante en la historia de la arqueología americana.

En forma paralela hubo en esos años muchos esfuerzos dispersos para comprender mejor el territorio maya y la cultura de ese pueblo; durante las décadas de 1920 a 1950 se impulsaron largos estudios sobre temas relacionados con el uso de la tierra, los sistemas de cultivos, las enfermedades y la salud, la organización social, los idiomas y dialectos, la vegetación

natural, demografía y otros aspectos que fueron sintetizados en libros célebres como *La civilización maya* de Sylvanus Morley (1946 [1947]). Este libro —que analizamos más adelante—, al igual que otros, daba un primer panorama científico de la región, pero no permitía aun hacer una detenida reconstrucción del pasado; lo que se hacía era más etnológico que arqueológico y no había demasiadas evidencias que permitieran transferir hacia atrás el presente. Oliver Ricketson dijo en uno de sus textos, en cierta forma contradiciéndose a sí mismo:

> *"Las grandes ruinas a las cuales nos referimos como ciudades nunca fueron, en mi opinión, comunidades urbanas en nuestro sentido actual de la palabra. Ellos fueron centros donde la población de los alrededores se reunía para participar de los mercados semanales y las fiestas religiosas importantes, realizadas en las bien pavimentadas plazas, como lo hacen hoy en Sololá y Chichicastenango... Esta teoría está sostenida por dos hechos incontrovertibles: primero, los grupos de pirámides, montículos y templos alrededor de las plazas que forman las ruinas del Viejo Imperio no ofrecen comodidades para la gente común; asimismo los edificios con varias cámaras al norte del Yucatán son totalmente inadecuados para la población baja".* (Ricketson y Ricketson 1937)

De aquí surge que se asumía en forma mecánica la analogía entre los sitios actuales en las tierras altas de Guatemala, como Chichicastenango en 1930, y la población en las tierras bajas antiguas como Uaxactun. Con el sistema de cultivos sucedió algo similar al trasladar hacia atrás el rudimentario sistema utilizado en esa época, el cual y según evidencias más modernas no era igual —o por lo menos no era el único— al que se utilizaba en tiempos prehispánicos. En realidad algunos simples errores teóricos distorsionaban la visión del pasado, aunque no podemos achacárselo a sus autores desde el presente. El punto que podía haber echado luz sobre el tema fue soslayado quizás porque no pudieron explicarlo o sencillamente porque no revestía importancia dentro de su modelo teórico: la presencia de montículos habitacionales por doquier, casi sin interrupción a lo largo de enormes superficies del territorio y

las evidencias materiales de canales, terrazas y camellones de cultivo, árboles foráneos y otras evidencias que indicaban un uso intenso y racional del espacio rural. Y si bien algunos lo notaban y lo destacaban en un par de líneas, no observaron la importancia que esto tenía al permitir visualizar lo complejo del sistema de uso de la tierra y la concepción misma de los asentamientos mayas.

La hipótesis de las ciudades interpretadas como centros de ceremonias vacíos, en lugar de enfrentarse con la realidad arqueológica, se vio consolidada por los trabajos etnográficos, o viceversa, con los estudios de Robert Redfield, Alfonso Villa Rojas, F. W. McBryde, Charles Wisdon, Sol Tax y varios otros —sobre todo en los altos de Chiapas y Guatemala—, los que ayudaron a extrapolar los fenómenos contemporáneos en esas comunidades, postulando que los mayas de más de 1.000 años atrás vivían de la misma forma que en ese presente lo hacían algunas comunidades. Robert Redfield llegó a definir un modelo de transición de la vida rural a la urbana en forma de un continuum que, curiosamente, aún tiene vigencia entre historiadores y urbanistas no adentrados en el tema (Redfield y Villa Rojas 1935, Schávelzon 1979, 1980). Redfield mismo fue contratado por la Institución Carnegie para suministrar información etnográfica a sus arqueólogos durante más de una década. Fue un caso interesante ya que su estructura evolutiva de asentamientos fue realizada con pueblos mayas modernos del Yucatán (Redfield 1941, 1944), creando un proceso continuo, lineal, "de transición" como lo llamaba él mismo, en lo que consideraba como una secuencia que iba desde la tribu a la aldea, la villa y finalmente a la ciudad.

Esta visión fue rápidamente criticada por Oscar Lewis en su obra, sobre un poblado mexicano titulada Tepoztlán (1951), con la cual se inició la antropología social en México. Pero el modelo de Redfield fue asumido acríticamente pese a las diferencias que presentaban los asentamientos de tierras bajas y los de tierras altas e incluso fue extrapolado hacia la antigüedad, muchas veces con poca seriedad. Se terminaba de cerrar el círculo reconfirmando así las hipótesis ya asumidas por Ricketson, Thompson y Morley. El estrecho contacto entre estas dos ramas de la antropología —si bien resultó fructífero en cuanto a trabajar

interdisciplinariamente— fue lo que la arqueología necesitaba para consolidar su postura teórica, a tal grado que los etnólogos en la década siguiente ya podían definir sin dudar a las ciudades mayas como centros ceremoniales, sin que surgiera crítica alguna.

Es interesante revisar la evolución de estos conceptos, ya que como Marshall Becker lo hiciera (1979) no hubo en Eric Thompson una idea clara sobre lo que él mismo estaba estableciendo. Salvo en una oportunidad, nunca mencionó en sus trabajos académicos la hipótesis de centros ceremoniales de ninguna índole y menos aún vacíos. No prestó atención a su propia división de la sociedad en sólo dos grandes grupos, de manera que tampoco llegó a conclusiones como la del colapso maya por culpa de una "revolución social". Utilizó estas ideas solamente en la bibliografía de divulgación masiva, donde dio muchas veces rienda suelta a su imaginación sin tener pruebas sólidas en qué apoyarse; no es que no tuviera derecho a hacerlo, pero lo notable es que fue creando una hipótesis que nunca se comprobó aunque llegó a institucionalizarse y a transformarse en una verdad absoluta. Aún hoy en día es común en casi todos los niveles académicos de América latina, y muchos de los Estados Unidos, el aceptar la existencia de "centros ceremoniales". Pasaron así varios años en los que se siguió acumulando información de un tipo e interpretaciones de otro; naturalmente también surgieron críticas hacia ambas posturas, pero si bien la arqueología siguió creciendo, en la cuestión del urbanismo nada cambiaba salvo para unos pocos. Entre ellos podemos destacar a A. Ledyard Smith quien hizo un largo reconocimiento en las tierras altas de Guatemala que publicó en 1955. En él notaba con asombro la envergadura de algunos asentamientos, que, como en el caso de la ciudad de Chuitinamit, había basamentos de vivienda ubicados sobre las más de 400 terrazas que allí existían, sin que por ello se descartara que las construcciones de piedra existentes en la parte superior correspondieran a una elite. Este magnífico estudio de Smith permitió conocer un número considerable de sitios mayas en una sola región, muchos de los cuales demostraron ser contemporáneos entre sí, probando una larga e intensa ocupación conectada con las tierras bajas del Yucatán (Smith 1955, 1965, Smith y Kidder 1943). Por suerte existe una extensa bibliografía que permite entender

la densidad de la zona y la complejidad y a la vez la homogeneidad del tipo de asentamientos de las Tierras Altas de Guatemala (Arnaud 1981; Ichon, Uselmann, Percheron, Bertrand, Breton y Douzant 1979, 1981), (Figuras 11a y 11b).

En cuanto al levantamiento de planos de los sitios mismos, la difusión de la arqueología científica tendió a limpiarlos de cualquier agregado no arqueológico, es decir a sacar los dibujos de árboles, casas o caminos para dejar únicamente montículos o construcciones antiguas. Esta tradición fue la que retomó la Institución Carnegie cuyos planos fueron tan asépticos que se llegó a casos en que los edificios antiguos quedaban dentro de ranchos o poblados modernos, lo que no se indicaba en absoluto, marcando exclusivamente las ruinas. Los montículos fueron poco a poco desdibujando sus límites reales para irse perfilando en cuadrados, rectángulos o círculos. A menudo la orientación de estos montículos reticulados no importaba, lo que causó muchos errores cuando se trató de interpretar su orientación o forma. Se trataba de una manera consensuada de representar los numerosos restos informes que se observaban antes de excavar, y esa técnica sólo pudo ser superada muchos años después. Ver el volumen v de *The Inscriptiones of Peten* de Sylvanus Morley de 1937-1938 significa encontrarse con una obra monumental pero que presenta arduas dificultades de lectura cartográfica.

La manera de mapear un sitio siguió siendo igual a la del siglo xix: se procedía a limpiar la mayor cantidad posible de terreno alrededor de la zona de edificios más grandes o en los grupos menores que contaran con estelas o monumentos y luego se triangulaba con el teodolito ubicando los edificios. En casos excepcionales se utilizaron técnicas más complejas, como en Uaxactún, donde se limpiaron brechas en dirección a los cuatro puntos cardinales tratando de mapear luego los montículos encontrados. Aún no se entendía que era importante tomar en cuenta hasta qué punto se efectuaba el deshierbe, ya que incluso en el caso de Uaxactún, como citamos antes, al realizarse muchos años más tarde el mismo trabajo en el mismo lugar se ubicó un 60% de montículos no observados en el primer reconocimiento.

Tal vez el trabajo regional sistemático más notable de esos años fue el de Karl Ruppert y John Denisonn en el sur de Campeche. Su libro esta-

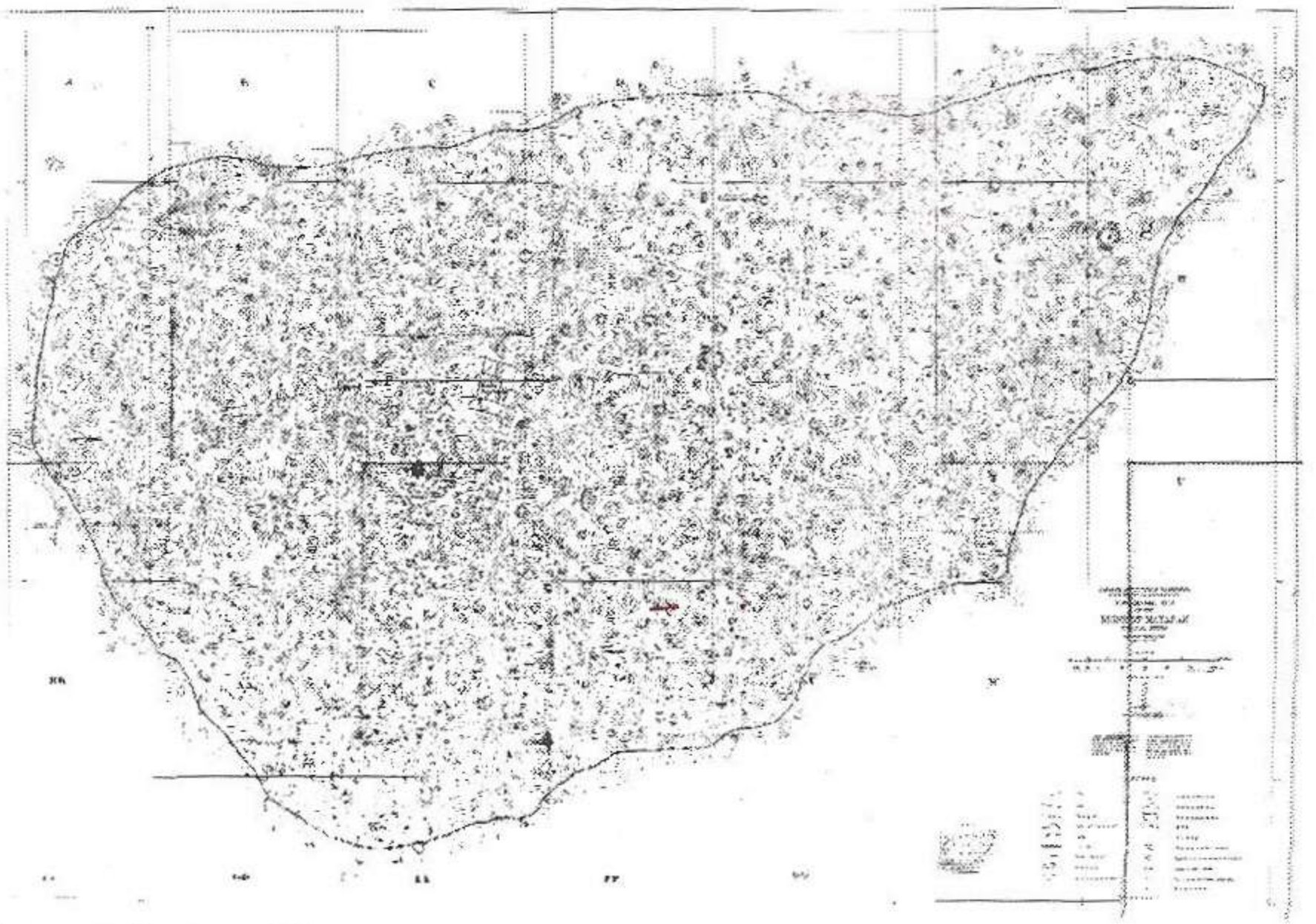


Figura 11a Mayapan en 1952

ba formado por una cantidad increíble de planos de sitios, lo que implicaba un trabajo realmente fuera de serie por el esfuerzo hecho en mapear tantos sitios desconocidos o casi; y, pese a que los planos no son completos, conformaron un modelo de trabajo de relevamiento regional pocas veces superado en calidad y cantidad. En el caso de Becán, por ejemplo, planos posteriores permitieron agregar información y luego incluir todo dentro de otro mapeo más amplio de la región. En cambio, el trabajo también sistemático de Edwin Shook para reconocer el Valle de Guatemala y sus alrededores, una tarea notable que le llevó muchos años de su vida, se hizo con esquemas muy simples de cada sitio pero con una excelente cartografía de ubicación regional que más adelante detallamos. Las diversas calidades y técnicas de trabajo de la época pueden notarse en el plano de Chichén Itzá, donde el sector mapeado por O'Neill muestra muchísimas construcciones más que la parte

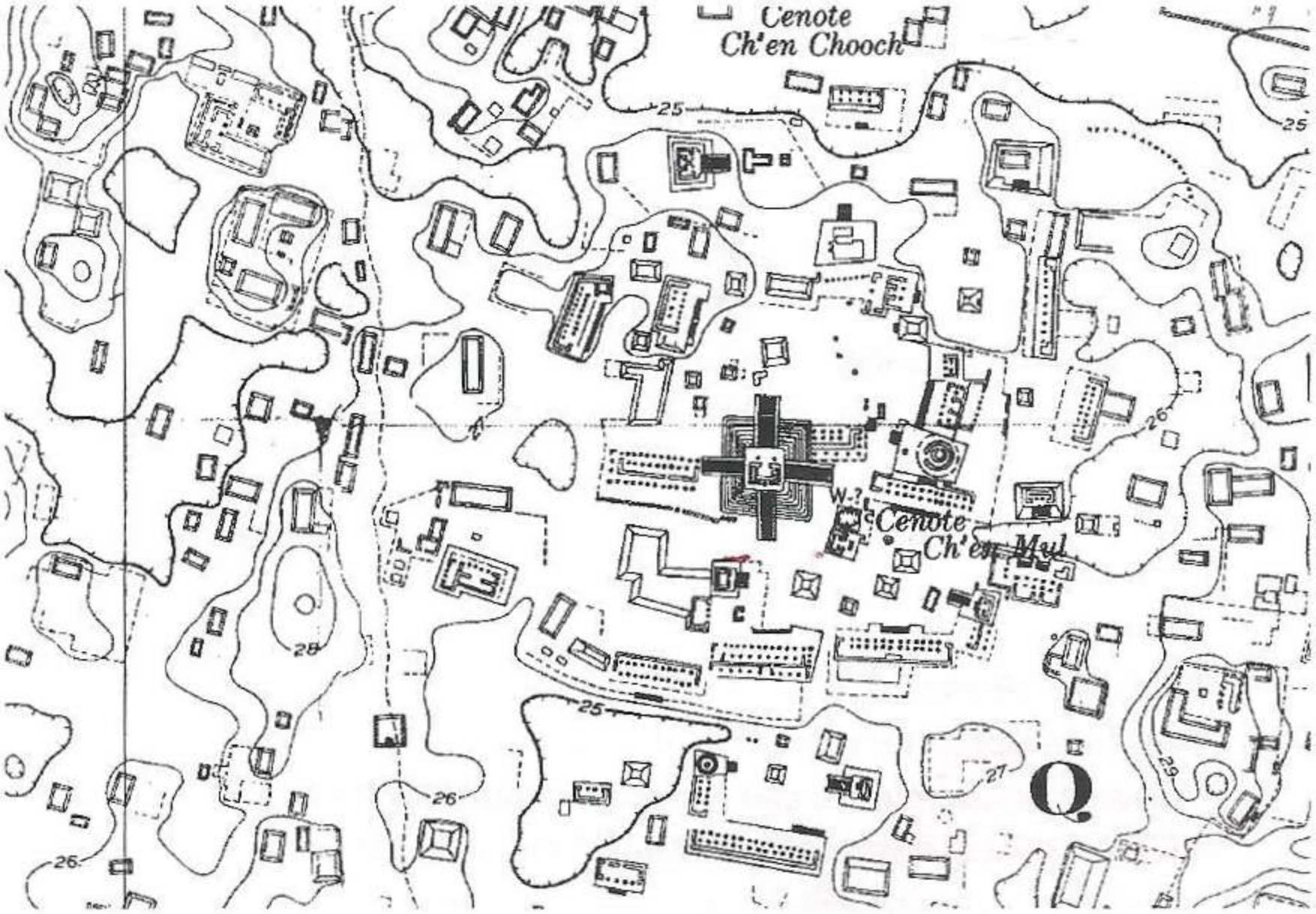


Figura 11b. Mayapán, ampliación del sector central del plano de la Figura 11a.

mapeada por Kilmartin (1924, 1929), lo que se corroboró cuando Shook, Ruppert y otros regresaron 20 años después a la zona central de ese sitio y descubrieron otros montículos y edificios —incluyendo algunos de gran tamaño— que no habían sido notados en el mapeo inicial de la Institución Carnegie. Los problemas de este tipo han causado innumerables dificultades en los estudios sobre patrones de asentamiento, densidades o usos del suelo, por las dudas que surgen en cuanto al grado de exactitud de cada plano, debido en su mayor parte a lo difícil que es relevar montículos en zonas cubiertas de vegetación.

En 1946 apareció el libro más difundido en el mundo sobre los mayas, el ya citado *La civilización maya* de Sylvanus Morley, editado originalmente en inglés y un año después en español (hay cuatro ediciones en México). El libro de Morley, escrito poco antes de su muerte y después de haber dirigido los trabajos de la Institución Carnegie por más de 30

años, fue la primera síntesis general y por mucho tiempo la única sobre los mayas que cubrió todos sus aspectos: arte, lengua, jeroglíficos, arquitectura, tradiciones, religión y vestimenta, entre otros variados temas, superando ampliamente el libro similar de Thompson ya citado. Como obra de síntesis fue innegablemente estupenda y a todos nos ha servido como introducción al tema gracias a su accesible traducción al español, pero el problema residía en las posiciones teóricas que Morley asumía para interpretar el mundo maya. Según un notable especialista en los mayas:

> *"Su esquema histórico... es totalmente inaceptable. Ya cuando escribió su obra sus ideas fundamentales sobre el desarrollo histórico de los mayas habían sido de hecho invalidadas..., por tal razón, después de su muerte se publicó una versión revisada por George Brainerd en la que eliminaron todos los conceptos de Morley sobre la historia maya..., Morley con gran ligereza hacía afirmaciones enfáticas sobre puntos insuficientemente conocidos en ese entonces y se aferraba a sus ideas aún cuando nuevos hallazgos las volvían insostenibles".* (Ruz Lhuiller 1981)

Morley creía que lo más importante en el mundo maya había sido la religión y, conectado con ella, el calendario junto al estudio minucioso del paso del tiempo. Coincidiendo en eso con Thompson, Morley decía que alrededor de lo espiritual había girado todo el mundo prehispánico, y que la organización social, económica y política podía reducirse a una teocracia en la que reinaba la felicidad y el amor en una estructura social estática, inmutable, inmersos todos en la metafísica del tiempo y los valores inconmensurables del estudio de la eternidad universal. Entender el funcionamiento del calendario era, paradójicamente, entender la sociedad de los mayas. Ambos autores asentaron en diferentes formas que las estelas, altares y otros monumentos con inscripciones jeroglíficas eran únicamente un canto y glorificación al tiempo, a los dioses y a la religión, y que jamás se había escrito una sola frase de carácter pedestre. Hoy sabemos que esa interpretación se basaba solamente en que en esa época en los monumentos sólo se podían leer las

fechas y casi nada se comprendía de los otros glifos.[3] Ahora que la lectura ha avanzado sabemos que por el contrario, la gran mayoría de las inscripciones hablan de la vida y de la muerte, de la historia de hombres y mujeres que reinaron y conquistaron, por la fuerza y violentamente, a otros pueblos también mayas o más lejanos aún.

La sociedad ideal de campesinos tranquilos y gobernantes bondadosos, de los *griegos de América*, nunca existió más allá de la imaginación de estos notables investigadores, que no supieron hacer compatible su calidad académica con sus intenciones divulgativas. Todo esto vino a reforzar aún más la idea de los centros ceremoniales a los que ahora podía sumárseles toda una visión reconstructiva de la sociedad maya, llegándose a postular que los grandes edificios de las ciudades habían sido construidos con el esfuerzo mancomunado y voluntario de campesinos que, dichosos de poder hacerlo, sacrificaban su esfuerzo a los dioses y a sus buenos dirigentes.

Vale la pena volver a lo que dice Morley en su libro en el capítulo titulado "Arquitectura". Comienza refiriéndose al trabajo de los Ricketson en donde se establecía para Uaxactún una población de 104,5 habitantes por km^2 de tierra habitable. Si bien aceptó estas cifras, por un lado, citó a Fray Diego de Landa quien habló de ciudades densamente pobladas y asentadas en forma diferencial según clases sociales —claro que en el siglo XVI— y, por otro, planteó que esas cifras de Uaxactún debían ser tomadas como excepcionalmente altas, toda vez que eran las de una zona encerrada entre dos grandes ciudades, dando un promedio más alto que otras regiones del territorio. Incluso postuló que cada familia tenía simultáneamente dos viviendas en vez de una para reducir así las cifras a la mitad y que el 30% de los montículos fueron encontrados formando grupos y no unidades independientes; era como si él quisiera que el territorio maya estuviera menos densamente poblado en el pasado que lo que los datos de campo indicaban. Fue más lejos aún, ya que partiendo de la idea preconcebida aunque imperante de que los mayas antiguos

3. Glifos: antes "jeroglíficos", desde que pueden ser leidos dejaron de ser "hieráticos"; representan en el alfabeto maya lo que para nosotros son las letras aunque en realidad representan sonidos con significado propio.

utilizaban únicamente una agricultura de milpa y coa, la densidad promedio que la producción de la tierra permitía sostener —en el siglo xx lógicamente— era de 20 personas por km², esto reducía en mucho las cifras de los Ricketson. Consecuentemente Morley se asombraba al comparar ese dato con la información que se tenía del Valle de México, la que era quince veces mayor. En términos generales, Morley veía extrañado y hasta confuso la información que él manejaba y si bien los "centros de población", como los llamaba, pudieron haber tenido una población densa (había algunas evidencias contundentes), eso no quitaba que considerara que en la Época Clásica las ciudades no eran más que centros religiosos. La única salvedad era que, en el caso de Mayapán (Jones 1950, 1951, 1952, Shook e Irving 1955, R. Smith 1954, Ruppert y Smith 1957, Bullard 1954), las evidencias mostraban que "las ceremonias religiosas habían dejado de ser la única ocasión en que los mayas se reunían"; pero todo quedaba allí, reducido a un único caso aislado y supuestamente excepcional. Para terminar, Morley hizo una muy discutible clasificación de las ciudades mayas en algo así como rangos de importancia, basada casi por completo en el número de estelas o monumentos existentes en cada una de ellas. Es cierto que algo debían querer decir pero el conocimiento que había de su cantidad era aún extraordinariamente reducido. Más adelante efectuó un sucinto análisis de lo que él llamó "centros cívicos-ceremoniales" de cada una de las ciudades principales. Al terminar, el lector tanto de la versión original como de la más tardía revisada por George Brainerd queda verdaderamente sumido en el desconcierto. Si Morley estaba confundido, el lector no se quedará atrás. En ese rumbo de pensamiento, en 1945 se había publicado en México un largo artículo de Thompson titulado "Un vistazo a las ciudades mayas: su aspecto y función". En el primer párrafo expresaba con toda claridad que:

> *"la palabra ciudad se aplica con frecuencia a las ruinas mayas aunque a nuestro juicio no es la más adecuada. Hay razones suficientes para creer que nunca fueron poblaciones habitadas sino centros religiosos a los que acudía la población que vivía en pequeños grupos dispersos en los campos circundantes, para las ceremonias religiosas, ciertas funciones civiles"*

... y otras actividades similares. Y casi al terminar escribía:

> *"el conjunto del área central... puede describirse... como un sembrado de ciudades innumerables, o mejor de centros religiosos que varían en tamaño desde los que consisten en cuatro plataformas simples con templos en forma de choza... que estaban construidos alrededor de patios... a las vastas masas de plataformas y pirámides, palacios y templos ascendiendo dentadas como un concierto de Gershwin o agrupadas con una arquitectura armoniosa comparable a Brahms... podemos repetir que estos grandes centros estuvieron probablemente inhabitados salvo por unos pocos sacerdotes, novicios y ayudantes".*

Este panorama cerraba una época en la interpretación de los asentamientos mayas pero a su vez abría otra nueva. Desde 1950, la arqueología mayista continuó su curso a pesar de la retirada de la Institución Carnegie tras los trabajos de Mayapán, con la entrada al campo de nuevos investigadores con nuevas ideas. Por otra parte, el mundo también estaba cambiando y la estructura tanto cultural como económica y política en México como en otros países después de la posguerra ya no iba a ser la misma. Para los inicios de esa década la situación se había tornado confusa: por un lado, muchos investigadores serios habían asumido la postura de Morley y Thompson, pero otros tenían actitudes dubitativas, las que muchas veces se dejaban de asumir plenamente, incluso solucionando el problema de la forma más natural: ignorándolo, o posponiéndolo. Todo esto, que pudo haber sido una polémica positiva para la arqueología y la historia del territorio maya, no fue asumido con seriedad y, como además las ideas imperantes eran de utilidad para los estados nacionalistas de la región interesados en dar una visión idealizada de lo prehispánico —que no era sólo el caso de México—, sirvieron para institucionalizar los errores.

Un libro que muestra el estado del problema en 1951 es la reedición ampliada de la obra monumental de Ignacio Marquina, *Arquitectura Prehispánica,* libro que a través de cuatro ediciones sirvió para la formación de generaciones de investigadores por casi un siglo. No existe

hasta la fecha otra obra que la reemplace, pese a los muchos errores ya conocidos que tiene y a todo lo que ha evolucionado el tema. Marquina encaró el problema desde las primeras páginas, es verdad, pero sólo dedicando a las ciudades mayas y su territorio un par de hojas, trabajando fundamentalmente con la arquitectura. En la sección titulada "Las ciudades arqueológicas" escribió lo siguiente:

> *"En general las ciudades prehispánicas se componen de un centro ceremonial que adquiere gran importancia en relación al tamaño de la ciudad, de una zona de palacios o residencias importantes... y por las habitaciones de menor importancia que se extienden en una gran superficie en sitios más alejados del centro;... según parece, los centros ceremoniales estaban habitados por pocas personas, pues se reducían a los jefes, sacerdotes y empleados al servicio de los templos".* (MARQUINA 1928: 12)

Cuatro renglones después, el centro ceremonial se reducía a simples "recintos religiosos", contradiciendo sus palabras previas, siempre primando la visión teocratica. Poco más es lo que Marquina le dedicó al problema del uso del espacio y si bien hay algunos párrafos referidos al ordenamiento y distribucion de los edificios (es decir a su trazado, orientación y a la de los grupos que conforman), no se va más allá de proponer una tipología que en realidad no es otra cosa que un ordenamiento en función de rasgos comunes en áreas geográficas determinadas.

El último gran trabajo arqueológico realizado por la Institución Carnegie fue el de Mayapán. Como el tiempo no había pasado en vano, se encaró desde el principio un estudio de características diferentes a las del proyecto en Chichén Itzá, donde, si bien se restauraron y excavaron muchos de los edificios en el transcurso de 30 años de trabajo, poco se había sacado en limpio sobre la vida en la ciudad misma, o si siquiera era eso. En Mayapán se decidió mapear todo el lugar con mucho detenimiento desde un principio, lo que mostró la existencia de cuatro mil estructuras en una superficie de 4 km^2. Estas cifras recordaban demasiado las palabras de Fray Diego de Landa respecto a la forma de vida

urbana de los mayas y su peculiar modo de uso del suelo, caracterizado por una división en clases sociales que se asentaban en forma de círculos concéntricos. De estas cuatro mil estructuras, la gran mayoría se encontraba dentro de un extenso recinto amurallado y los grandes templos, al igual que los edificios residenciales y de elite, se hallaban agrupados en el centro de la ciudad. El resto eran conjuntos de construcciones menores rodeando patios cuadrangulares; por lo general encerrados o delimitados por su propio muro rústico de piedra, que no se diferenciaba mucho de lo que pasaba en ese mismo momento en los poblados del Yucatán indígena. Es decir, que los arqueólogos se enfrentaron con la evidencia que Mayapán había sido una ciudad muy densa, de unos once a doce mil habitantes (calculados a un promedio de 5,6 habitantes por vivienda), y que por fuera de las murallas también había muchos otros montículos organizados en forma similar. Pese a ello, prácticamente durante toda la década de 1950 se tuvo por consigna que Mayapán había sido sólo un caso excepcional, tardío y casi contemporáneo a la conquista, que había funcionado como una ciudad feudal amurallada donde los campesinos vivían afuera en sus milpas y que sólo en caso de guerra se refugiaban dentro de las murallas. La idea del agrupamiento urbano fue explicada como una tardía tradición importada del altiplano mexicano. Es decir que la realidad se amoldaba al modelo teórico.

Y vale la pena recordar aquí a un cronista del siglo XVI, Diego de Landa, quien entre tantas cosas extraordinarias que dijo, había descrito un modelo de uso de la tierra que desde siempre había impactado sobre todos los que se dedicaron a esto, desde Morley o Thompson hasta quienes trabajaron en Mayapán, sentían día a día que se hacían realidad las palabras de viejo fraile:

> *"Que antes de que los españoles ganasen aquella tierra vivían los naturales juntos en pueblos, con mucha policía (orden urbano) y tenían la tierra muy limpia y desmontada de malas plantas y puestos muy buenos árboles; y que su habitación era de esta manera: en medio del pueblo estaban los templos con hermosas plazas y en torno de los templos estaban las casas de los señores y de los*

> *sacerdotes y luego la gente más principal, y así iban los más ricos y estimados más cercanos a éstas y a los fines del pueblo estaban las casas de la gente más baja"* (DE LANDA 1959).

Esta descripción quedó sin duda integrada al inconciente colectivo de muchos mayistas y la idea de Thompson fue aceptada a tal punto que los arqueólogos no continuaron el mapeo fuera de las murallas. Se podría suponer que el modelo teórico estaba tan fuertemente arraigado que si hubieran mapeado afuera podrían haber surgido dudas acerca de sus ideas, por lo que directamente se abstuvieron de hacerlo. Incluso en un primer momento no se dio ninguna importancia a los muros que delimitaban solares; fue A. Ledyard Smith quien en 1962 publicó un artículo demostrando que era posible observar las ya citadas delimitaciones de terrenos familiares, rompiendo con otra vieja creencia: que los mayas vivían en comunidad y que no existía la propiedad, o al menos la división, de la tierra. Por lo menos, esto planteaba la posibilidad de que la explotación y usufructo del espacio urbano estuviera al menos en parte en manos de particulares o familias de linaje.

Otro aspecto importante de Mayapán fue que se trabajó detenidamente en unidades habitacionales demostrando que éstas contaban con instrumental, objetos y cerámicas diferentes a los provenientes de las residencias de clases más altas, y a la vez distintos de los objetos que se hallaron en palacios y templos. Esto permitió empezar a definir cuándo se estaba frente a un tipo u otro de arquitectura y el probable uso de los edificios. El impacto producido por lo que este sitio dejaba entrever fue sentido por muchos investigadores, incluso varios de los que trabajaban para las instituciones que habían sostenido las hipótesis más tradicionales. En base a ello, y a la constante insistencia de Robert Wauchope en las viviendas y a sus evidencias arqueológicas, es que Karl Ruppert, Edwin Shook y A. Ledyard Smith regresaron a excavar pequeños montículos y encontraron valiosa información, pero por desgracia no las incluyeron en el plano ya existente, lo que hubiera ayudado a cambiar más rápidamente la imagen de ese sitio (SMITH 1962, RUPPERT y SMITH 1952); hoy manejamos habitualmente el plano grande y no el pequeño del área reestudiada.

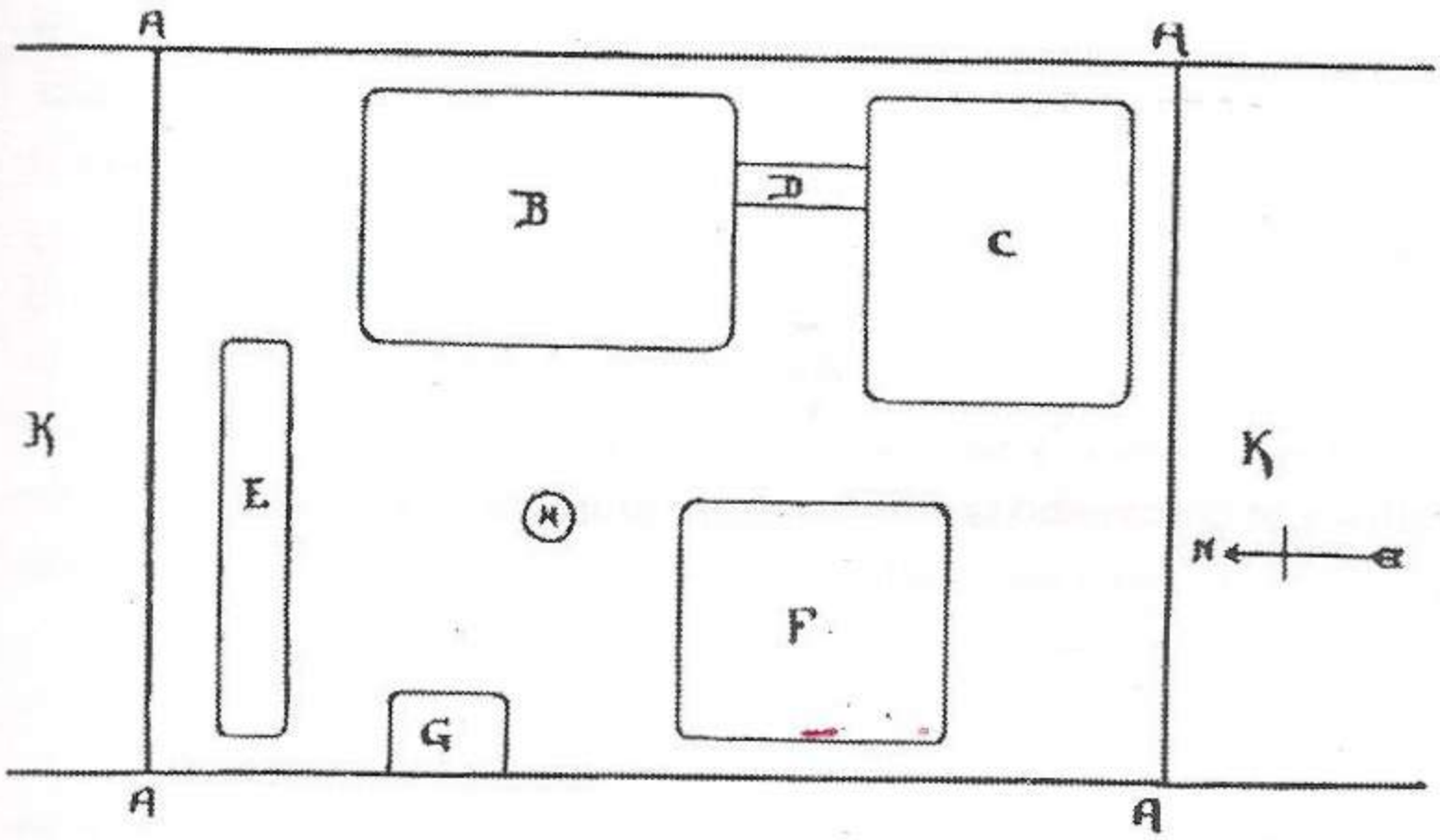


FIG. 1.—PLAN SHOWING POSITION OF MOUNDS AT THE RIO GRANDE RUINS.

Figura 12a. Lubaantún en 1905.

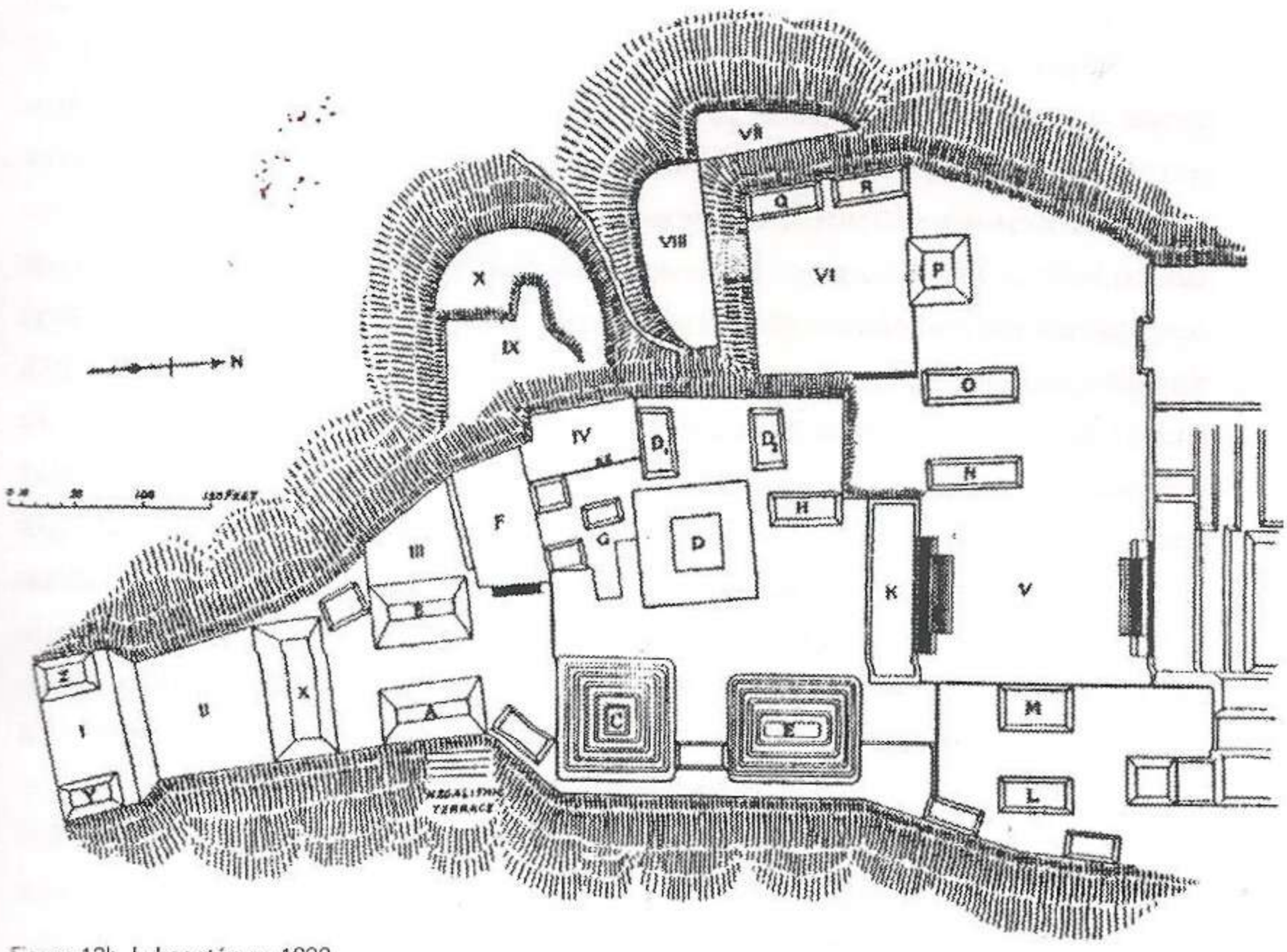


Figura 12b. Lubaantún en 1922.

Otro estudio que se debe recordar antes de dejar esta etapa es el de Linton Satterthwaite en Piedras Negras. Este conjunto de ruinas ubicadas a un lado del río Usumacinta representó uno de los esfuerzos cartográficos más notables de la época (fue hecho por el University Museum de Pennsylvania con ayuda de la Institución Carnegie). El plano del sitio mostraba la complejidad de una ciudad maya —por lo menos en su centro— y las dimensiones que podía haber tenido. Pero Satterthwaite aprovechó la información obtenida en el sitio para publicar una serie de seis tomos sobre la arquitectura del lugar. Dedicó uno a los templos y los demás a los baños de vapor, juegos de pelota, viviendas y las diversas tipologías de arquitectura que logró clasificar en base a información puramente arqueológica (1943-1954). Tras los intentos tempranos de William Holmes a fin del siglo XIX y los de Ignacio Marquina en 1928, fue la más completa clasificación arquitectónica maya que se había realizado y sirvió de base para todo estudio ulterior. Los tomos aparecieron entre 1943 y 1952, aunque los estudios del autor en este tema se habían iniciado en 1937. Algo parecido sucedió con los trabajos de Harry Pollock, quien desde 1930 recorrió exhaustivamente el Yucatán central publicando diversos artículos (1980), aunque su gran obra monumental sobre la arquitectura Puuc debió esperar hasta 1980 para ser publicada en enorme formato.

En cuanto a los estudios del territorio, hay que recordar un libro que resultaba mucho más alentador de lo que fue: el libro de Felix W. McBryde sobre la geografía cultural e histórica del sudoeste de Guatemala (1947), que daba un panorama muchísimo más rico que el contemporáneo de Sylvanus Morley y, si bien no adentraba demasiado hacia el pasado, daba una visión del territorio que nadie había construido. Es de lamentar que no se siguió esa línea en su momento; con los años la New World Archaeological Foundation iniciaría un proyecto similar en Chiapas (NAVARRETE 1966) aunque nunca —pese al centenar de libros que editaron— lograron una visión de conjunto de tal calidad (Figuras 12 a y 12b).

5. El arribo de la modernidad: los estudios de patrones de asentamiento y sus resultados (1950-1970)

Entre 1953 y 1955 se comenzaron a sentir vientos de cambio en la investigación arqueológica del territorio mesoamericano, por lo menos en lo que tenía que ver con la arquitectura y las ciudades, pese a que las ideas surgidas en épocas anteriores habían llegado a institucionalizarse a través de una reedición de *La civilización maya*, revisada por George Brainerd, y por el nuevo libro de Thompson llamado *Grandeza y decadencia de los mayas*, ambos de 1954. Asimismo algunos proyectos que hubieran podido dar información alternativa a estas ideas prevalecientes, como fueron los de Mayapán y Kaminaljuyú, tuvieron muchos problemas: de Kaminaljuyú nunca se publicó siquiera el plano completo (Schávelzon y Rivera Grijalva 1988) y el de Mayapán fue mal interpretado, tal como ya vimos. Lo que sucedía entre sitio y sitio seguía siendo un enorme misterio del que ni siquiera se hablaba. Pero el cambio pareció asomarse detrás de un libro que atacó frontalmente el problema de lo que se llamó a partir de ahí los "patrones de asentamiento" de la época prehispánica: fue el trabajo de Gordon Willey de 1953 sobre el Valle del Virú, en la costa peruana en el valle del Virú. Esa obra causó un profundo impacto en los círculos académicos ya que mostraba una manera diferente de estudiar las sociedades arqueológicas a partir de su forma de distribuirse y utilizar el territorio. Muy poco después Willey inició un estudio similar en Belice, tratando de aplicar el mismo sistema de investigación; los trabajos duraron de 1955 a 1965 y permitieron analizar un sitio completo (Barton Ramie) y su evolución histórica.

Para ello se excavaron 65 montículos, pudiéndose averiguar cuál de los muchos basamentos habitacionales estuvo en uso en cada período de su existencia realizándose planos por época para ese pequeño poblado. Fue el primer estudio llevado a cabo para conocer la forma en que un pueblo maya se asentó y utilizó su terreno circundante.

El problema que este estudio presenta al análisis actual es que al parecer los investigadores, impulsados por las ideas de Willey sobre el funcionamiento de la ciudad maya —que analizaremos más adelante en detalle— llegaron a utilizar de forma discutible la metodología propuesta por ellos mismos. En consecuencia, se estudiaron los sitios de la región como si fueran aislados unos de otros, cuando en realidad formaban un continuo a lo largo de ambas márgenes del río (Willey, Bullard, Glass, Gifford 1965). Para los planos se pusieron límites arbitrarios, según dicen los mismos autores, porque no les fue posible distinguir diferencias entre los montículos de un sitio y los pertenecientes a otro. Es decir que trabajaron un asentamiento lineal cortado en sectores independientes, lo que hace pensar que los autores sólo corroboraron hipótesis establecidas a priori. Pese a ello, el trabajo en Belice llamó la atención y mostró la posibilidad de llevar adelante esos proyectos en Mesoamérica (Figura 12c).

En 1953 y nuevamente gracias al impulso dado por Gordon Willey y las diferencias de opiniones que había entre los investigadores, se hizo una reunión en torno a este tema que resultó en un libro importante: *Prehistoric Settlement Patterns in the New World* (Willey 1956), en el cual se resumieron las diferentes posturas vigentes hasta ese momento y se mostró toda la información disponible. En ese libro se observaban dos posturas enfrentadas: la tradicional, que negaba los asentamientos complejos y densos, y la que apoyaba la idea de ciudades complejas; otra vez el *centro ceremonial* versus la *ciudad*. Por una parte, los principales defensores del concepto de ciudad fueron Edwin Shook y Tatiana Proskouriakoff (1956) quienes ya habían tenido experiencias muy valiosas en este sentido. Shook desde 1940 se dedicaba a hacer un catálogo de los sitios arqueológicos de Guatemala, resultado del cual son las miles de fichas que aún tiene y que sólo se han publicado parcialmente (Shook 1952); también había hecho un plano de Kaminaljuyú donde había visto las evidencias

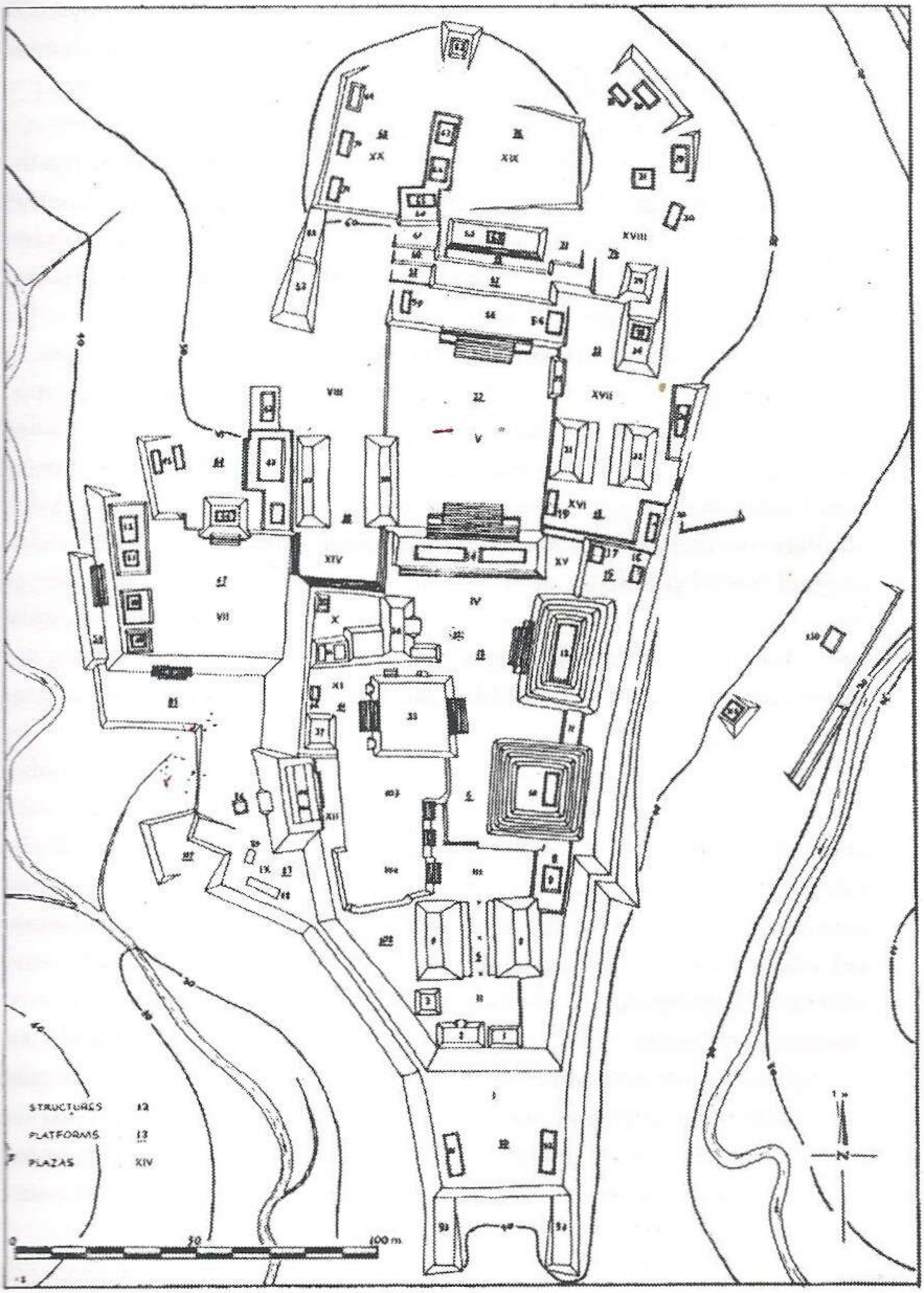


Figura 12c. Lubaantún en 1975.

de una sociedad compleja y densa para el período Formativo.[4] Proskouriakoff había dirigido el trabajo de Piedras Negras del que ya hemos hablado y luego había realizado para la Institución Carnegie una serie de dibujos muy conocidos, con lo que ambos eran conscientes de la enorme cantidad de asentamientos mayas que existían. Incluso, quizás como forma de salvar el escollo con clase, decían que lo que se llamaba habitualmente "centro ceremonial" no era más que la zona central de ciudades más grandes de las que solamente se había estudiado ese sector por ser el más llamativo; esto podría no ser cierto pero sonaba lógico y habría que probarlo. Por otro lado, Willey sostenía la hipótesis exclusiva del centro ceremonial, postulando que si bien existían sectores centrales complejos que agrupaban los edificios más destacados, por su alrededor sólo había una población dispersa y de características rurales, y que los asentamientos densos sólo habían existido en el Yucatán en tiempos tardíos por influencia del altiplano mexicano. Aclaraba también que la discusión no estaba cerrada, al igual que el problema de la agricultura —intensiva o extensiva— y otros tantos puntos que todavía estaban tratándose en 1956. Pero la idea central de Willey se basaba en la información etnográfica recabada durante esos años por Evon Vogt en Chiapas respecto a los sistemas de cargos rotativos; así llegó a postular una variante del *centro ceremonial vacío* de Thompson al plantear que la elite maya era también rotativa, que estaba formada por campesinos que en forma alternada y democrática asumían el papel de sacerdotes y dirigentes para luego regresar a sus aldeas. Era la utopía llevada a sus últimas consecuencias. De los tres tipos de asentamientos que planteó en ese estudio, el tercero coincidiría con la situación del Valle de Belice que él ya había estudiado. En 1960 Mayer-Oakes resumió las críticas aplicables al modelo diciendo que el tipo tres no era más que una forma de asentamiento más grande y, regionalmente, igual al tipo uno, y que los otros dos eran en realidad modelos ideales, ya que lo que se conocía arqueológicamente de los mayas mostraba variaciones distintas de ambos modelos o uniendo total o parcialmente a los dos. Para 1962 Willey, contraponiendo a los mayas con la civilización egipcia, decía que

4. Período Formativo: etapa inicial o temprana del desarrollo cultural de los mayas, generalmente ubicada entre el 1500 a.C. y el 100 d.C.

Palenque y Tikal habían tenido bajo su control sólo a pequeñas regiones de sus alrededores.

En esos años los investigadores tenían actitudes opuestas, confusas y aquellos que los seguían tenían problemas más graves aún. Podemos recordar un trabajo muy interesante desde la perspectiva teórica como fue el de Eric Wolf y Angel Palerm sobre sistemas de cultivo y desarrollo de la civilización mesoamericana publicado en 1957 (1972). Ambos autores, dos grandes personajes de su tiempo en otros temas, continuando algunos trabajos anteriores de Palerm, trataron de hallar una relación directa entre urbanismo y tipos de agricultura, notando que en grupos étnicos actuales dichas correlaciones eran bastante claras. Su conclusión fue que, si realmente los mayas tuvieron solamente esa agricultura simple de milpa y roza, no hay dudas que debieron sostener un modelo de asentamiento tipo *centro ceremonial*, pero sentían la necesidad de dejar abierta la duda respecto a la posibilidad —evidente para ellos— de que hubiesen tenido otros sistemas agrícolas, con lo cual la deducción no era de por sí tan simple.

En 1960 se publicó un nuevo trabajo, esta vez de un discípulo de Willey en Harvard, William R. Bulllard, una universidad en donde la idea de los centros ceremoniales es aún parcialmente sostenida. En ese trabajo se presentaban los resultados de un reconocimiento practicado en el noreste del Petén, cuyo objetivo era buscar patrones de asentamiento —sobre todo de los grupos habitacionales pequeños tan comunes en la región— y su correlación con los grupos más grandes. Bullard desarrolló entonces un esquema evolutivo con clara influencia de Robert Redfield y su *continuo rural-urbano* que puede ser sintetizado en: 1) viviendas, 2) centros ceremoniales pequeños y 3) centros ceremoniales grandes. Los tres estaban formados por grupos de diferentes tamaños que constaban de una vivienda o una *unidad de vivienda*, es decir, una plataforma o varias ubicadas alrededor de un patio o plaza pequeña; luego un grupo formado por 5 a 12 unidades como las anteriores que serían la definición de una aldea, y un tercer nivel denominado *zona*, esto es un área que contenía de 50 a 100 unidades de vivienda asociadas a un centro ceremonial pequeño. La categoría más alta era la de distrito, que estaba formado por varias zonas organizadas alrededor de un

centro ceremonial más grande. Pero el mismo Bullard aceptó que los límites impuestos eran necesariamente arbitrarios y que por lo general estas categorías se daban dentro de una misma región (1960). En esa misma época Bullard también estudió Topoxté, de cronología Posclásica, y llegó a la conclusión de que sí era una verdadera ciudad, aunque por su época de construcción quizás tuviera influencia yucateca tardía, es decir un caso similar al de Mayapán, cerrando así el círculo. Lo que nos interesa ahora de Bullard es que empezaba a articular varios sitios entre sí, estableciendo posibles zonas y ya no solamente sitios aislados (1970) (Figuras 13 y 14).

También a partir de 1960 comenzaron a publicarse y difundirse los trabajos de William Sanders quien venía interesándose por el tema de los patrones de asentamiento. Entre sus estudios pioneros hizo un recorrido muy interesante del Yucatán en cuyo transcurso analizó varios sitios menores y otros más grandes, tales como Tulum (1955), donde postuló una densidad habitacional que podía alcanzar la cifra de 7.000 a 8.000 habitantes. Asimismo le hizo adiciones al viejo plano del sitio que había sido levantado al inicio de la década de 1920 por Samuel Lothrop. Destacó la posibilidad que hubieran existido cuatro tipos de asentamientos: el primero formado por un núcleo de una o más plazas rodeadas por edificios ceremoniales; próximo a ellos se hallarían otras estructuras religiosas o grupos de ellas y probables montículos habitacionales por los alrededores. El tipo número dos lo formaban los santuarios aislados —muy comunes en Quintana Roo—; el tercero, una docena de plataformas bajas y una pirámide pequeña en lo que podía haber sido una aldea rural, y el último tipo estaría compuesto por restos de viviendas ubicadas en lotes delimitados por bardas de piedra, igual que en las poblaciones actuales, lo que hacía suponer a Sanders (1960) que se trataba de poblados poscoloniales. Poco más tarde hizo un estudio en la región de la Chontalpa tomando una extensión de terreno de 10 por 30 km a un lado del río Grijalva, que mostraba variantes ecológicas muy marcadas. En esa zona se encontraron casi sesenta sitios de los cuales seis fueron excavados parcialmente y dos con mayor detenimiento. El estudio permitió desarrollar una nueva tipología de los asentamientos organizada en cinco tipos particulares:

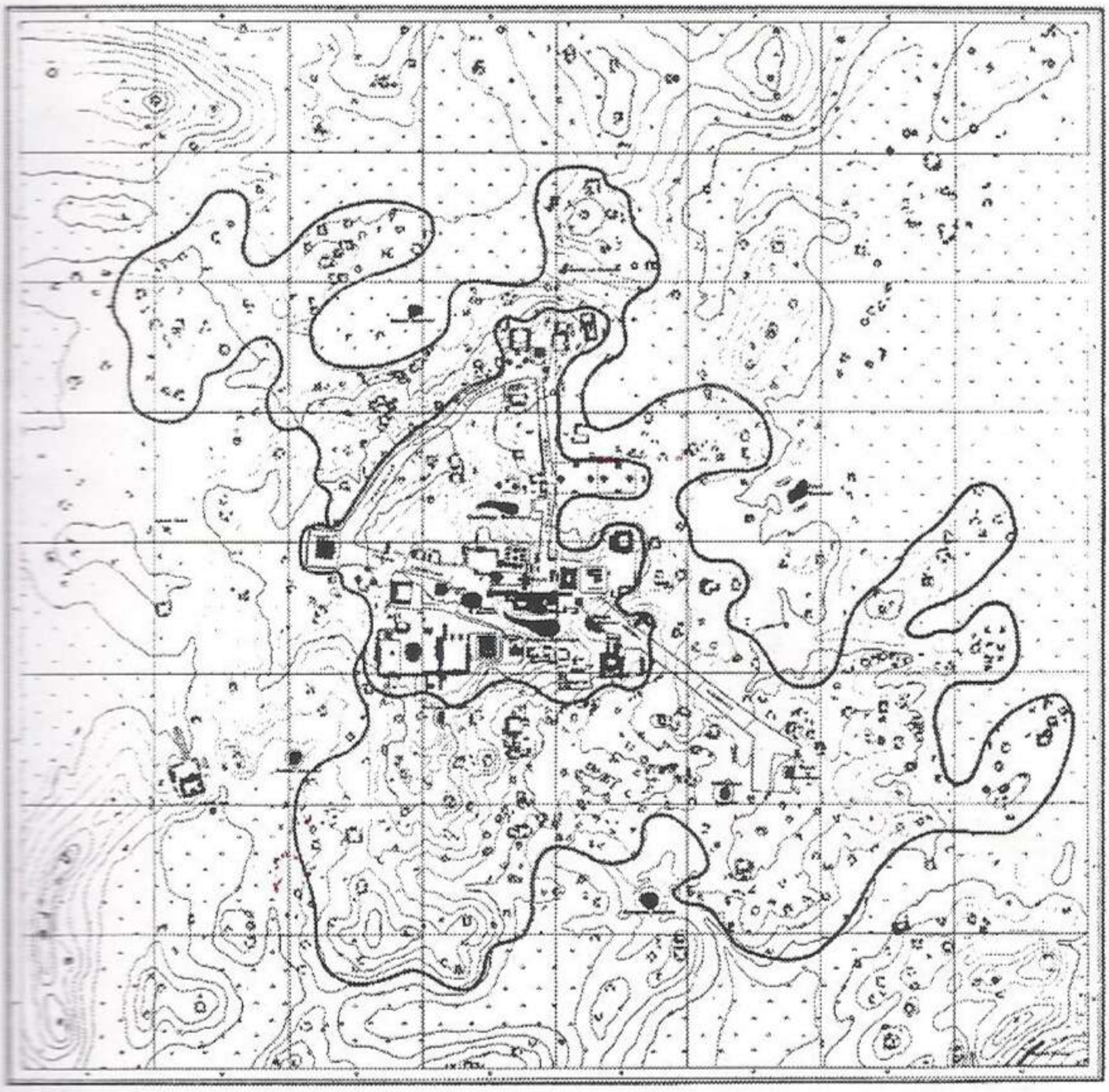


Figura 13. Tikal en 1961.

1) Compuesto por una o dos pirámides aisladas.
2) Grupos de 3 a 12 viviendas.
3) Ídem, más una o dos pirámides y una plataforma elevada.
4) Centros de gran tamaño, con edificios cívico-religiosos y más de 200 pobladores.
5) Grandes centros con unos 21 edificios cívico-religiosos y una población residente de entre 400 y 500 personas.

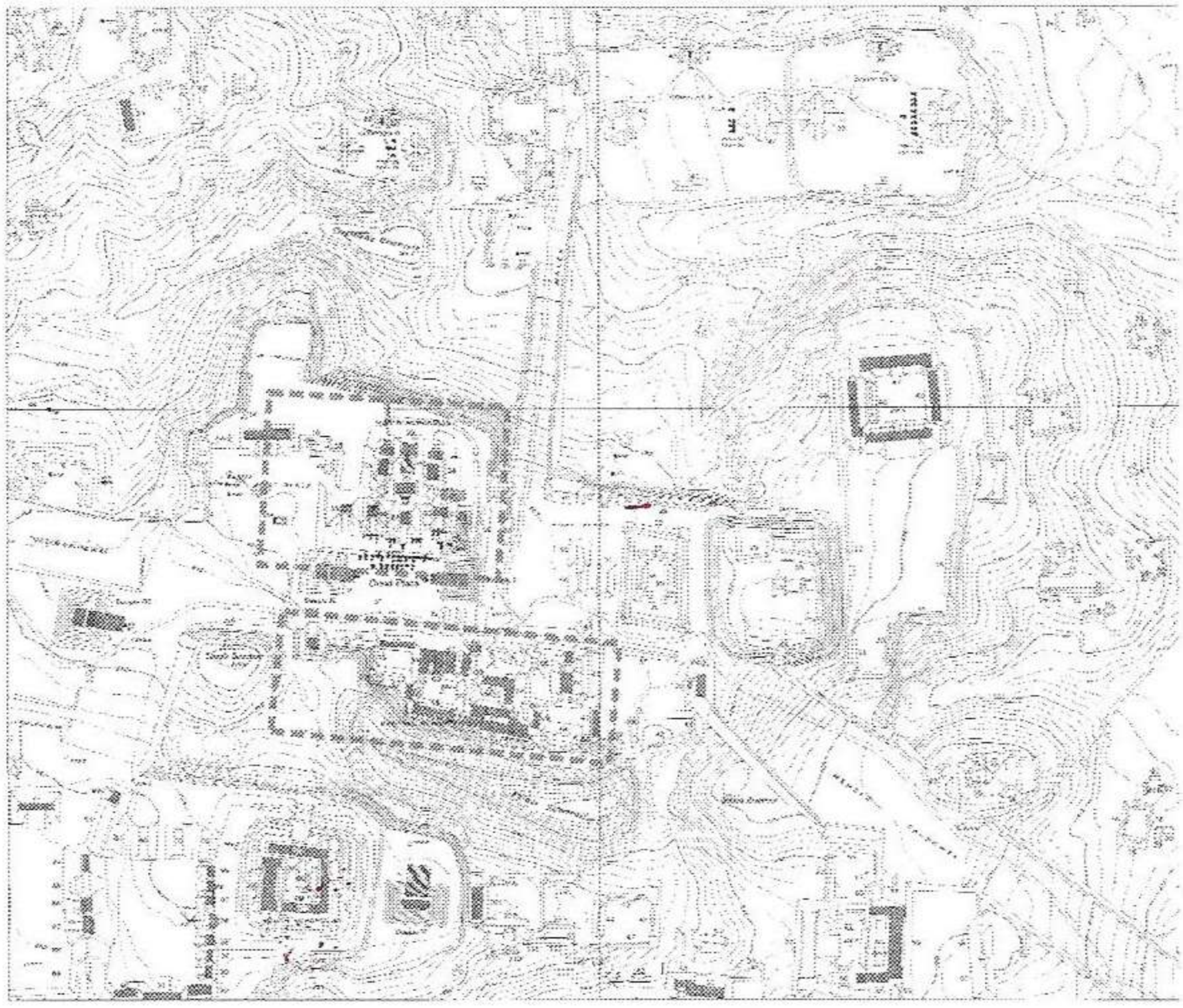


Figura 14. Tikal (área central) en 1961.

Es de destacar que las densidades se deducían de la cantidad de cerámica recogida superficialmente para cada época y de la extensión del sitio en las mismas etapas. Esta técnica, que se había comenzado a poner en práctica en el centro de México —específicamente en Teotihuacan—, le dio excelentes resultados. En un solo sitio se practicaron 157 pozos estratigráficos para confirmar la contemporaneidad de los diferentes montículos del lugar (Figuras 15a y 15b).

En los inicios de la década de 1970 se editó un libro que sintetizó nuevamente las ideas arraigadas en la época: fue la compilación editada por Evon Vogt y Alberto Ruz titulada *Desarrollo cultural de los mayas* que,

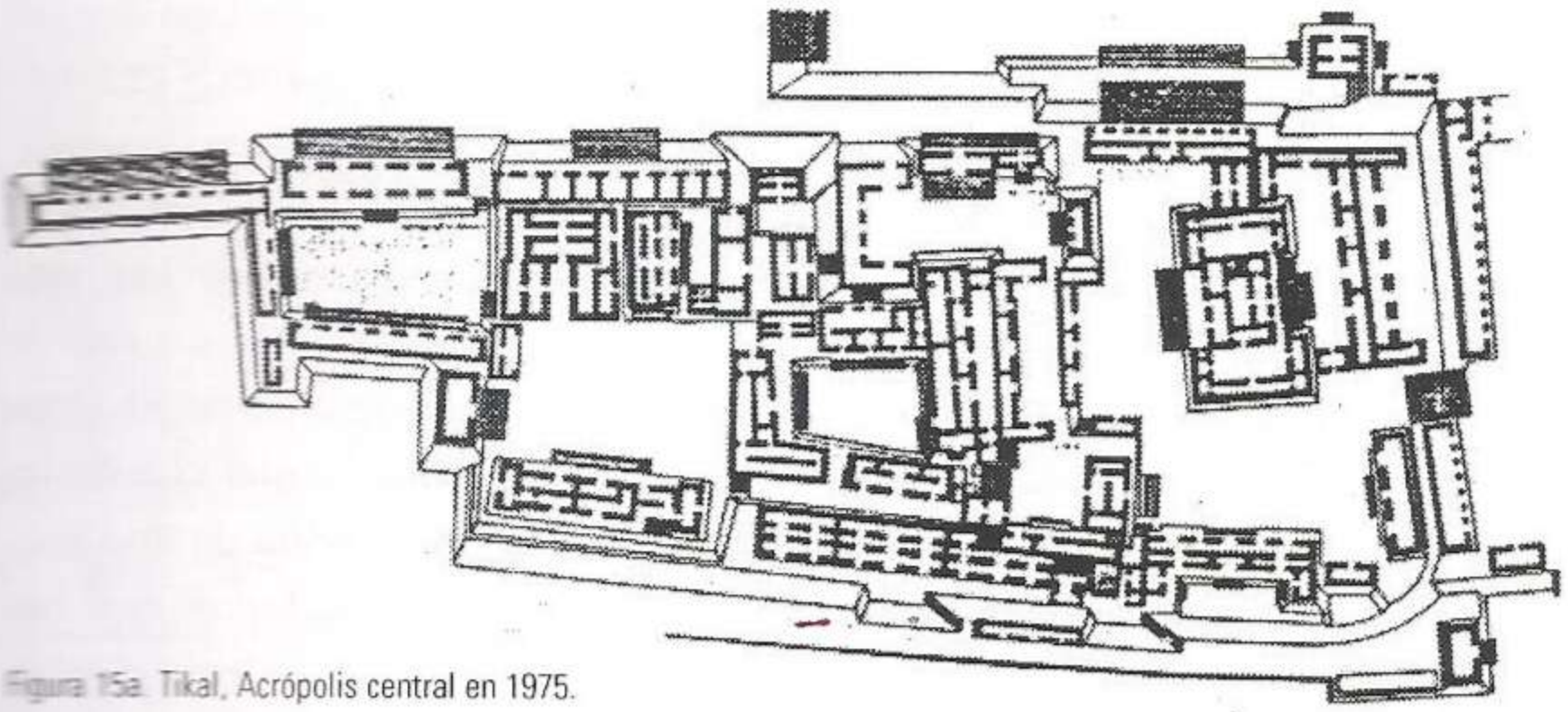


Figura 15a. Tikal, Acrópolis central en 1975.

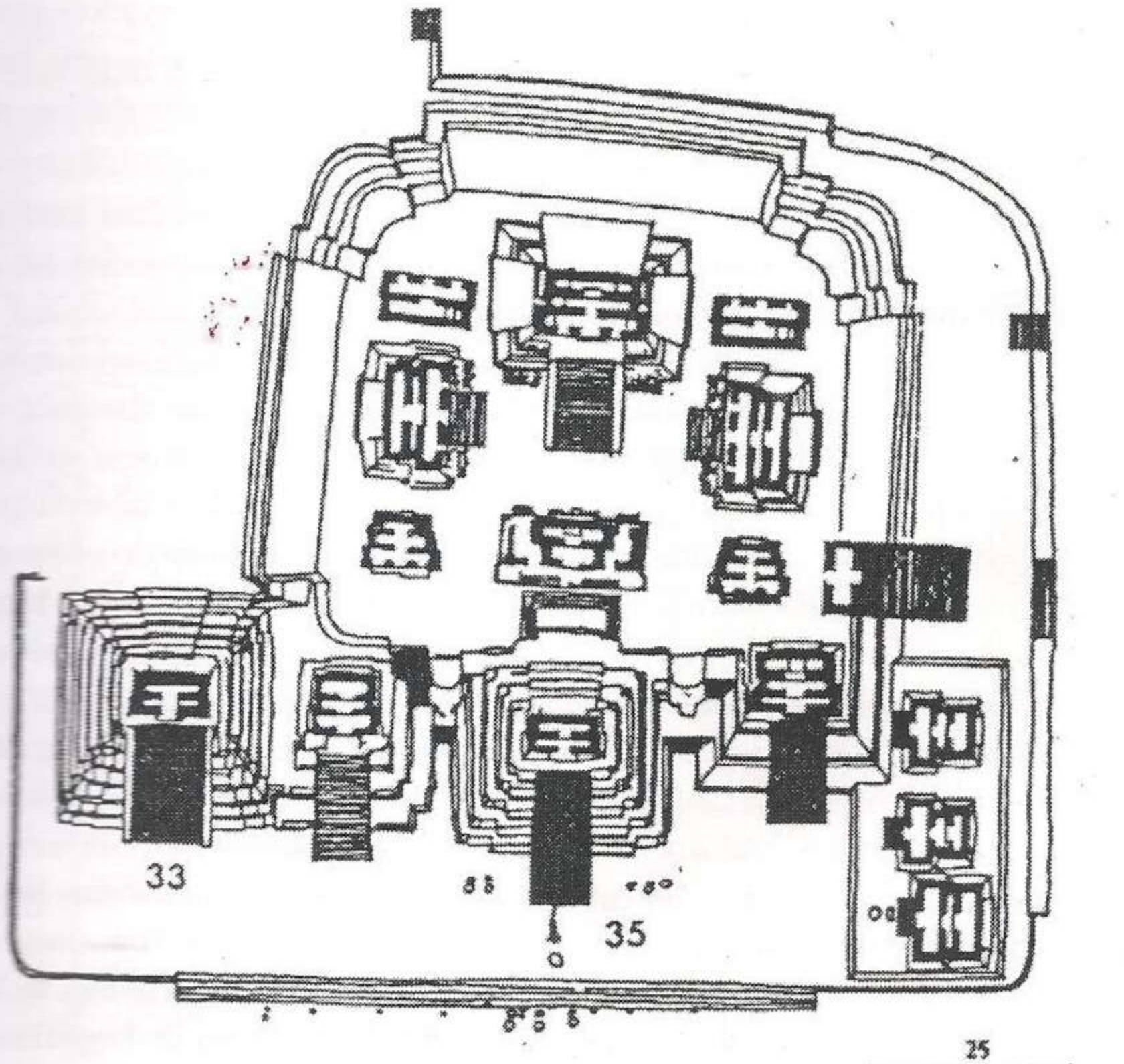


Figura 15b. Tikal, Acrópolis norte en 1975.

al estar editada en México y escrita parte en español, tuvo una buena recepción. En ese trabajo Vogt planteó una serie de hipótesis respecto a las características socioculturales mayas a partir de un "modelo genético" de evolución. Se postulaba que el tipo de asentamiento básico era el de aldeas pequeñas dispersas en los alrededores de los centros ceremoniales, lo que conformaba el patrón normal. Pese a ello el autor notaba que la información de ciertas regiones, como el lago Atitlán, Tikal o la zona norte del Yucatán, mostraban evidencias de lo que consideró excepciones a la regla. Aceptaba el esquema de Bullard, del que ya hablamos, y aunque dejaba abierta la posibilidad de que las excepciones fueran aún más comunes de lo pensado, la norma estaba claramente definida.

Resulta muy interesante que en el año en que se hizo la reunión antes citada, se había publicado el libro *Ciudades precolombinas* de Jorge E. Hardoy (1964), primer trabajo sobre ciudades precolombinas hecho por un urbanista proveniente de un país de América Latina —Argentina en este caso— resultado de su tesis de maestría en Harvard dirigida precisamente por Willey. Varias de sus ideas aún no han sido superadas. En su momento represento lo mas avanzado y actualizado sobre el tema, y la ventaja de haber sido escrito y publicado en espanol lo hace todavía hoy un libro irremplazable. Otras obras posteriores del mismo Hardoy continuaron con el tema (1968, 1975), tratando de unir arqueología con historia urbana. El trabajo tenía la virtud de que trataba de establecer por primera vez una definición del término "ciudad" a partir de un esquema de diez puntos de gran flexibilidad en función de la época y el lugar donde se aplicaba. Esto reabrió en América latina polémicas entre los historiadores del urbanismo lo que fue de beneficio a corto plazo; de allí que pocos años más tarde ese libro fuera reeditado en inglés en una versión ampliada. Entre otras cualidades, el libro introducía en el mundo de habla hispánica la bibliografía actualizada sobre Teotihuacan y Dzibilchaltún, que hasta el momento sólo circulaban en artículos en inglés muy especializados. Fue el inicio del establecimiento de parámetros cuantitativos y cualitativos para acercarse a una escala urbana, o estar fuera de ella, incluyendo también aspectos sociales, políticos, económicos y de hegemonía regional. Ya se hablaba de territorio y no sólo de ciudades.

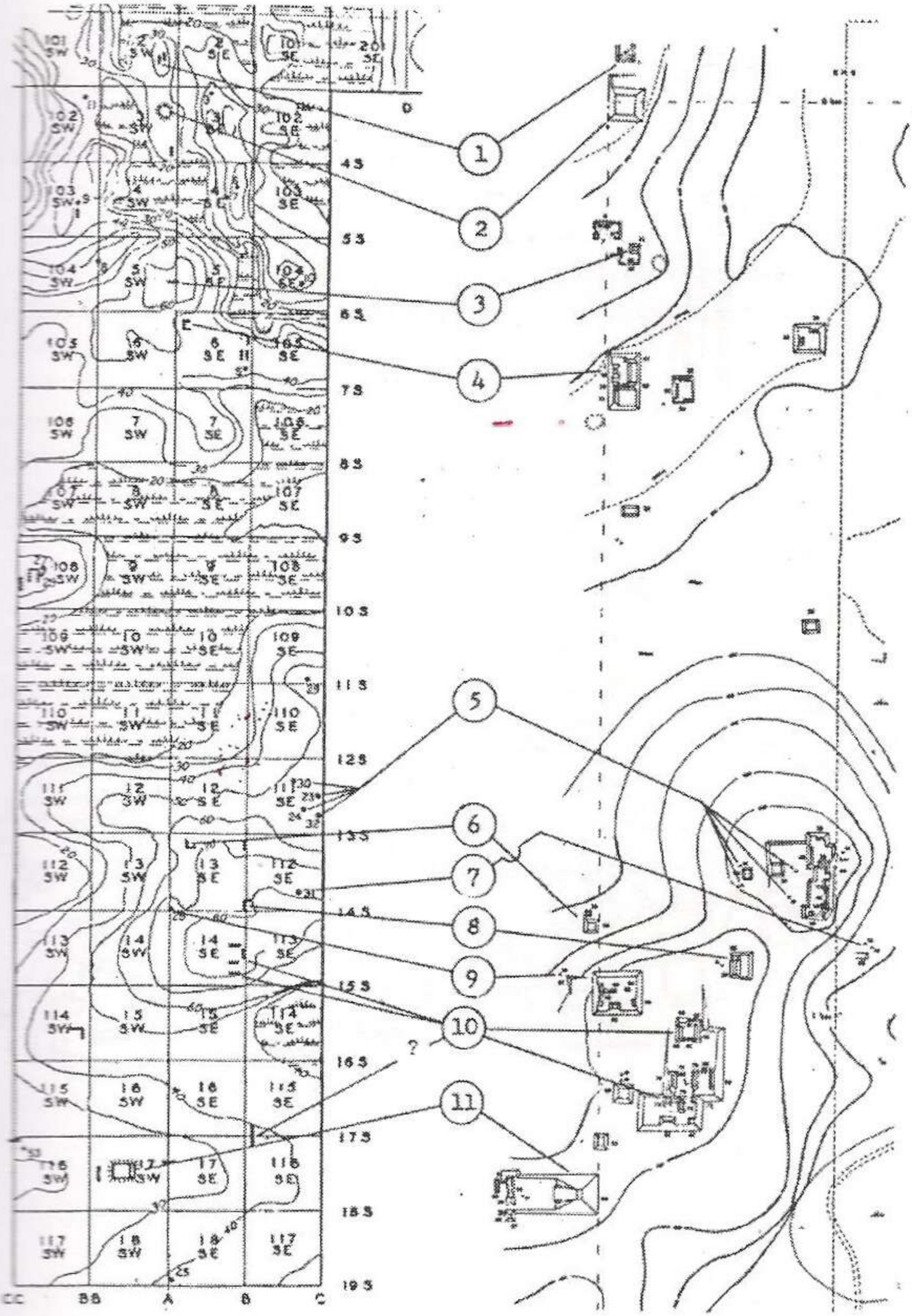


Figura 16. Alrededores de Uaxactún en 1937 y 1974, comparados.

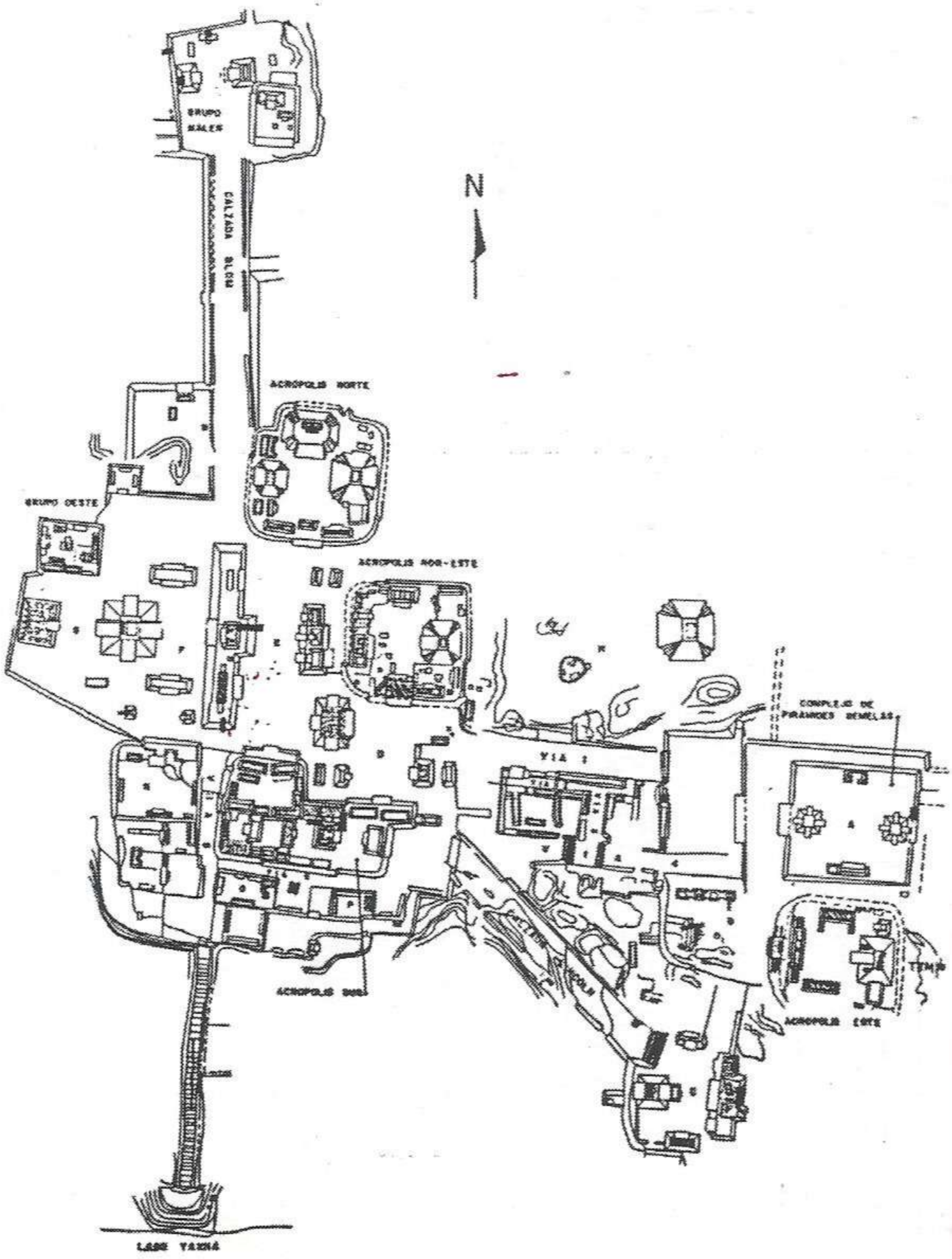


Figura 17. Yaxhá en 1974.

Hacia 1965 los estudios arqueológicos en Mesoamérica ya estaban separados en dos corrientes: la tradicional mexicana, interesada más que nada en la preservación y en la reconstrucción de los grandes edificios para el turismo y la escuela que buscaba más ávidamente patrones de asentamiento, usos del suelo, densidades de población y otros datos que, pese a ser menos llamativos, permitían mostrar mejor la realidad de la historia prehispánica. Era la diferencia entre la Escuela Mexicana de Arqueología heredada de Alfonso Caso y la New Archaeology que empezaba a ponerse de moda. Muestra de esto fue la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología que se reunió en 1966 y donde ambas corrientes se enfrentaron. El grupo dirigido por Rene Millon (MILLON 1973) había logrado reconstruir la historia demográfica de la población de la ciudad de Teotihuacan a lo largo de diez siglos, mientras que el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), tras muchos años de excavaciones e inversiones millonarias, sólo había logrado restaurar para el turismo y la exaltación patriotera, la Pirámide de la Luna, la plaza que la enfrenta y parte de la Calle de los Muertos, pero sin haber obtenido datos significativos para la arqueología, o al menos para lo que la arqueología de ese momento exigía. El mundo había cambiado, el modelo teórico y los objetivos del trabajo de campo se mantenían incólumes (Figuras 16 y 17).

6. Los asentamientos en el territorio maya: el proceso de su reconocimiento (1970-1990)

Al arribar a la década de 1970 ya se había hecho muchísimo sobre los mayas: se había excavado, se había mapeado, se había discutido y escrito en cantidades imposibles ya de leer, se conocía la mayor parte de los asentamientos de una forma u otra, con mayor o menor detalle, pero sin duda la gran región maya era tierra conocida. Así como en la década de 1920, los arqueólogos y viajeros se *aventuraban* a una región que aun permanecía al margen del desarrollo del resto de sus países, no había siquiera una ruta que permitiera recorrer el Yucatán por su costa este, medio siglo después y tras grandes esfuerzos esa situación había cambiado. Todo esto, más las transformaciones que la arqueología en sí misma estaba sufriendo ante los embates de teorías que llegaban desde Estados Unidos, la llamada "New Archaeology", o desde los mismos países como era el marxismo, llevó a replantear los problemas, y uno de los mayores sería el urbano.

Entre los estudios de patrones de asentamiento que se destacaron en los años de la década de 1960, debemos citar primero los que se hicieron en la localidad yucateca de Dzibilchaltún, que si bien fue un sitio que se comenzó a excavar un decenio antes, la información obtenida y los planos detallados no se publicaron completos hasta más tarde, incluso en parte recién en 1981. Esa región, el Yucatán en sus áreas no boscosas resultó ser de gran interés, ya que las ruinas de las viviendas, por más pequeñas que hubieran sido en su tiempo, una vez derruidas no sufrían alteraciones casi de ningún tipo: al menos no había selvas que

los cubrieran, sedimentos que los taparan varios metros, volcanes o terremotos, o ciudades modernas (Figuras 18a y 18b).

Desde 1960 ya se estaban publicando informes que causaban verdaderos revuelos entre los especialistas: Edward Willys Andrews (1960, 1961, 1962, 1965) postuló, en base a los montículos habitacionales descubiertos allí, una larga continuidad de tres mil años de ocupación de por lo menos 15.000 estructuras que estuvieron en uso entre el 300 d.c. y el 900 d.c., permitiendo calcular —exageradamente incluso hasta hoy— hasta unas 250.000 personas viviendo en Dzibilchaltún en el apogeo del período Clásico.[5] Esto era revolucionario e impensado, y por cierto lo llevó a cuestionar seriamente que el modelo establecido de centros ceremoniales y aldeas dispersas fuera válido, tanto para los tiempos posclásicos[6] como para el Clásico puramente maya. Por cierto, con los años las cifras se fueron reduciendo y el susto inicial se fue mediatizando, pero lo que sí era cierto es que se ponía seriamente en duda la hipótesis de Evon Vogt respecto a que los datos de Tikal, que sugerían también una población densa en el Clásico, se debieran a una influencia del altiplano, aunque más temprana a la del tipo de la que había sido postulada para Mayapán. Se entendían los datos como desviaciones, como sesgadas de un parámetro "normal" arbitrariamente establecido y no como posibles errores de una concepción ya no sustentable; el modelo teórico seguía siendo más fuerte que la observación de la realidad. Con los años ese estudio se transformó en un clásico del mundo maya porque permitió hacer análisis de los tipos arquitectónicos en muestreos lo suficientemente amplios y realizar cálculos de población para cada época y zona de un gran sitio arqueológico. La conclusión lógica fue: "nosotros debemos abandonar el concepto, ahora aún en boga, que los centros mayas del período clásico eran *centros ceremoniales* relativamente vacíos a los que se acudía para festividades religiosas, posiblemente combinadas con actividades de mercado" (E. Andrews 1962: 41).

5. Período Clásico: etapa de los grandes desarrollos culturales, término usado en similitud a los egipcios, no siempre muy feliz en su contenido; puede ubicarse discutidamente entre el 100 d.C. y el 800 d.C.

6. Período Posclásico o Terminal: etapa final o de decadencia cultural en la zona maya central aunque de apogeo en otras regiones, terminado con la llegada de los españoles en el siglo XVI.

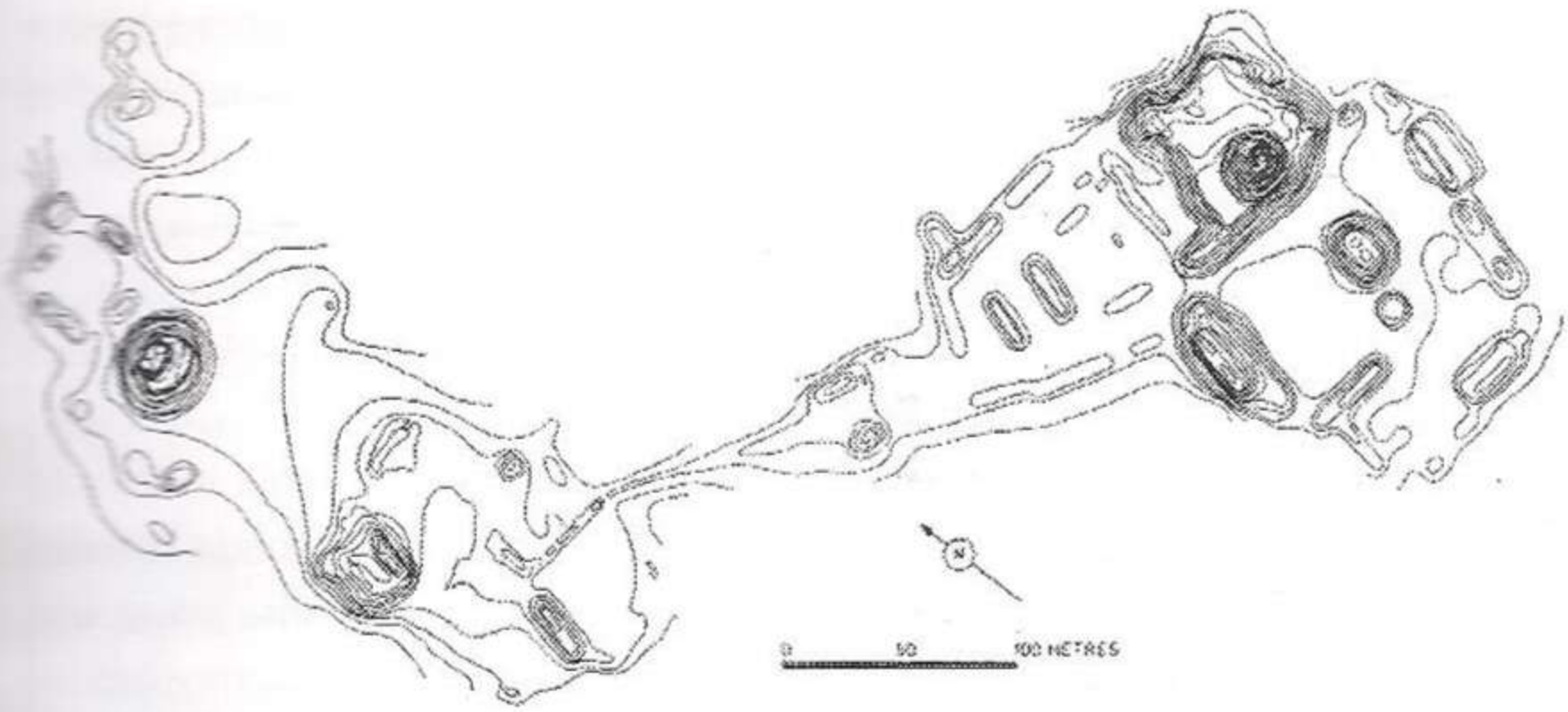


Figura 18a. Nohmul, plano topográfico en 1981.

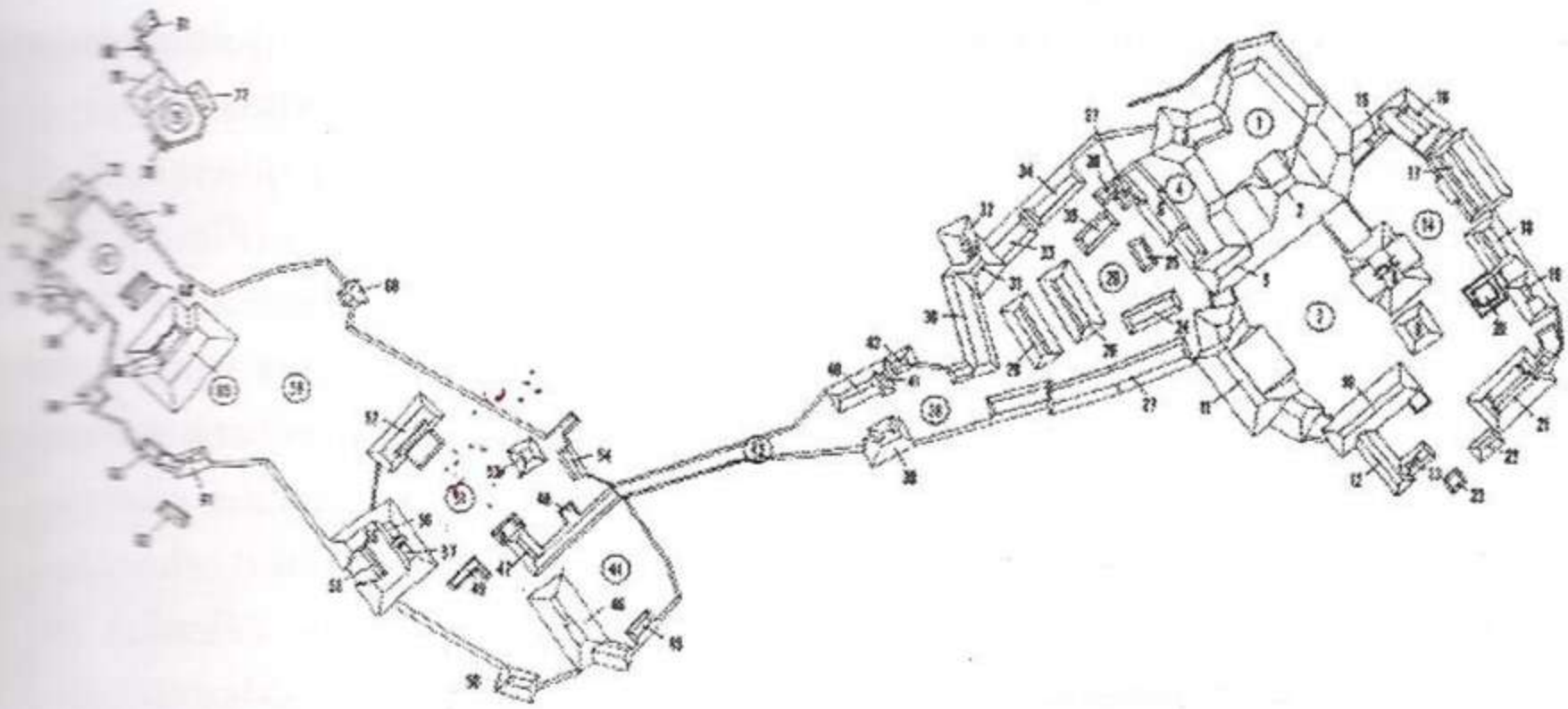


Figura 18b. Nohmul, plano rectificado en 1981.

Sin embargo, también hubo estudios que lentamente llevaban agua al molino de la hipótesis opuesta: por ejemplo, un nuevo trabajo que dirigió Gordon Willey en Altar de Sacrificios (Willey y A. L. Smith 1969) hecho durante la mitad de esa década, permitió conocer un sitio grande con construcciones cívico-religiosas importantes, pero nada más que con 40 basamentos que se consideraron habitacionales. Poco más tarde surgieron las críticas contra ese estudio, como las de Marshall Becker ya

citadas, basadas en las mismas ideas que años antes se habían hecho con respecto a Mayapán: que los planteos teóricos apriorísticos de los investigadores llevaron a la realización de un estudio en el cual se buscó la confirmación de una hipótesis previa utilizándose técnicas de relevamiento establecidas en función de lo que querían demostrar.

El golpe más duro que la arqueología tradicional mayista recibió en esa década fue la excavación de Tikal. Ese sitio había permanecido casi intacto pese a que durante 20 años la Institución Carnegie había excavado Uaxactún, unos 25 km al norte de allí. Si bien Morley había quedado seducido por la magnitud del sitio optó por Uaxactún por la alta presencia de estelas esculpidas. ¡Qué diferente hubiera sido todo si Morley hubiera hecho su trabajo en Tikal en ese entonces! Pero lo importante es que entre 1959 y 1965 la Universidad de Pennsylvania dirigió trabajos reuniendo a varios arqueólogos que ya tenían una visión amplia del problema de los asentamientos, entre ellos a Edwin Shook —quien venía haciendo el mapeo completo de Guatemala desde hacía 20 años (1965)— y a William Havilland (1965, 1966, 1967, 1969, 1970, 1972), quien dedicó buena parte de su vida profesional a los problemas urbanos (Figura 19). Tikal fue mostrando año tras año y en las muchas publicaciones que se hicieron (Coe 1965, 1967), en especial en sus grandes mapas, la importancia que el sitio tenía, así como la de su arquitectura monumental, tanto de pirámides-templos como de complejos-palacios, además de unas 3.000 construcciones, en su mayoría unidades habitacionales formadas por pequeños montículos bajos. Los primeros cálculos de población dieron cifras que oscilaron entre los 10.000 y 75.000 habitantes, para luego ir aumentando a medida que se descubrían más y más basamentos (Carr y Hazard 1961). En los siguientes años, un nuevo mapeo incrementó sensiblemente la cantidad de construcciones existentes, por lo que era factible calcular la existencia de hasta 80.000 pobladores para el Clásico Tardío de Tikal, incluyendo su área periférica. Lo que aún no se entendía era que el sistema para hacer cálculos no resultaba ser tan sencillo, es decir multiplicar el número de basamentos por el de 5,6 ocupantes promedio por casa. Era necesario descontar porcentajes por no contemporaneidad, por no uso como residencia y otros factores que sólo mucho más adelante quedaron definidos.

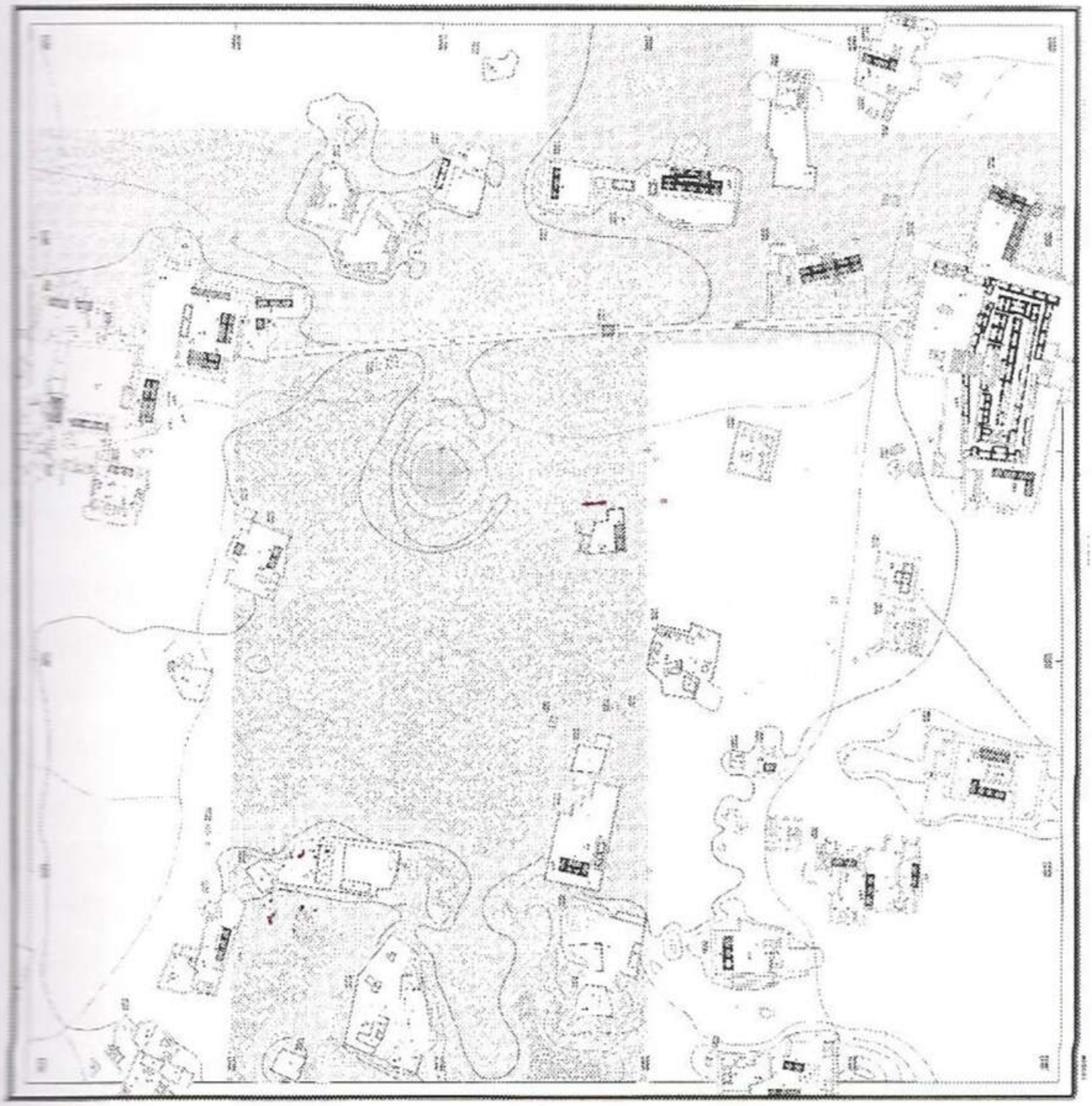


Figura 19. Sayil (parcial) en 1991.

Con el correr del tiempo estas ideas se fueron sedimentando. Más y más evidencias fueron surgiendo, mostrando que los mayas tuvieron patrones de asentamientos diversos según las épocas y regiones. Que en sus ruinas podían encontrarse pruebas —juntas o dispersas— de sitios que tuvieron una población básicamente residencial, o gran cantidad de talleres de trabajo, o pequeños centros de carácter residencial de elite,

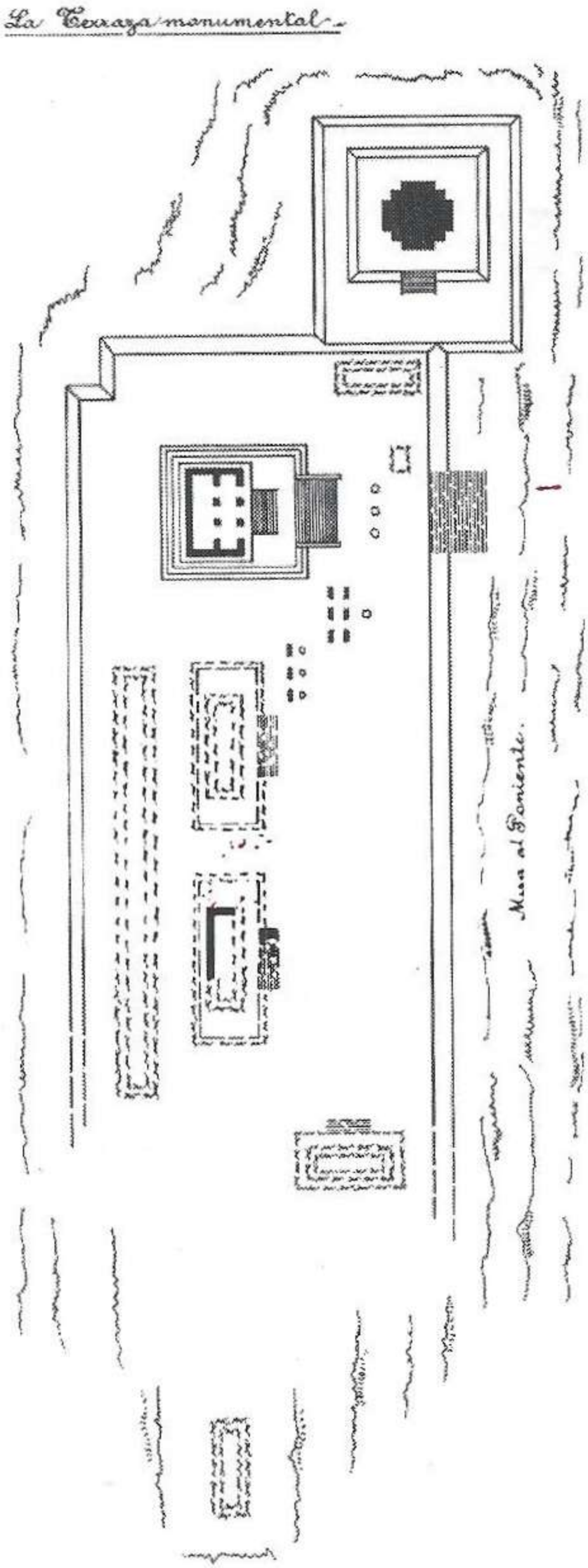


Figura 20. Topoxté, plano hecho por Teobert Maler en 1908.

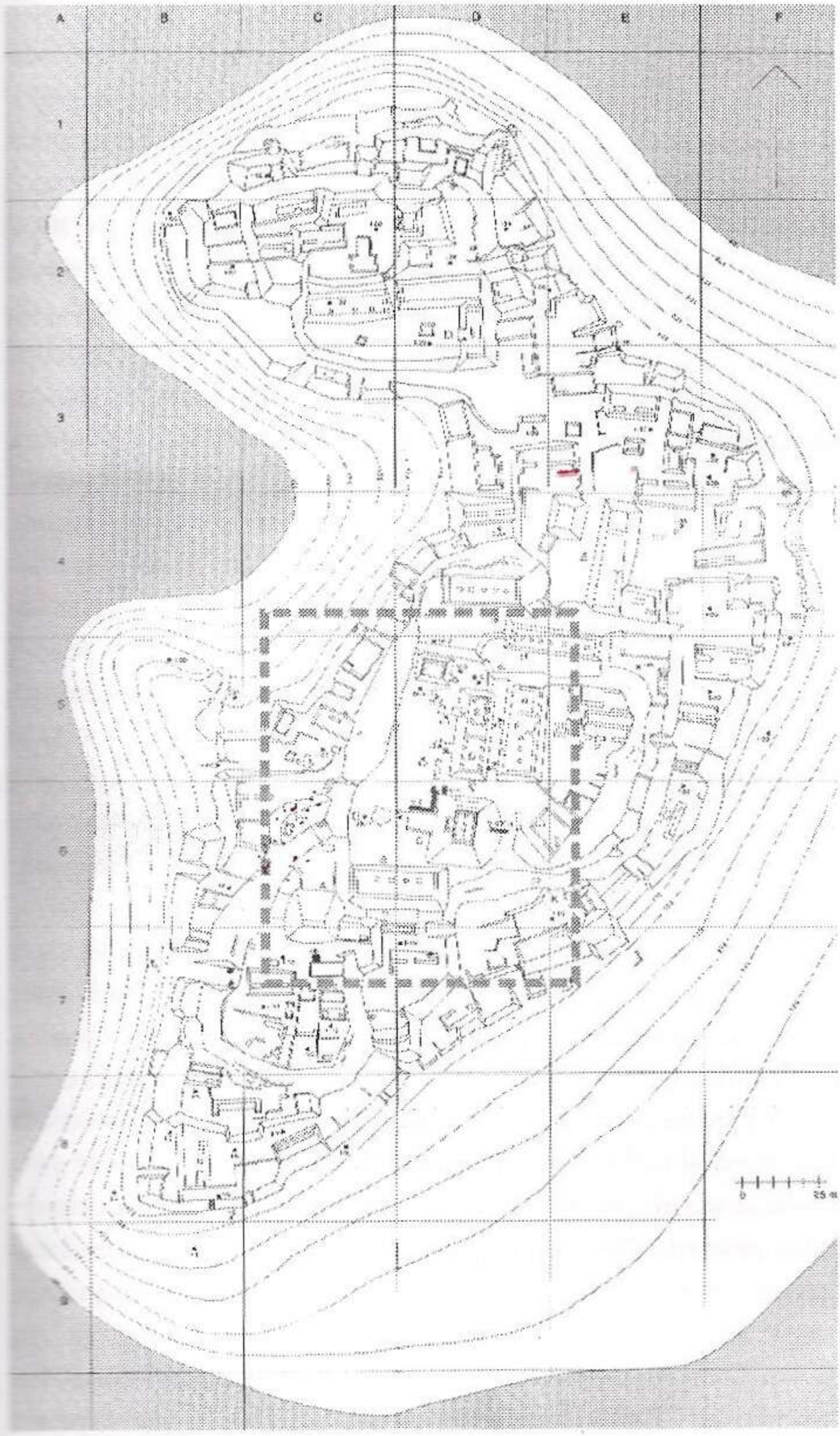


Figura 21. Topoxté en 1992.

con su consecuente equipamiento *ceremonial*, y muchas variantes más. Que poseían una estructura urbano-regional sofisticada, resultado de muchos siglos de evolución y cambio, donde los hombres fueron organizándose de maneras distintas para satisfacer sus variadas necesidades físicas, sociales y culturales.

Los cambios no se dieron únicamente en los dos aspectos, arquitectónico y urbano, sino que se comenzó a explorar el entorno, lo que permitió los primeros estudios sistemáticos de la agricultura maya en la década de 1970 (Harrison y Turner 1978), descubriéndose redes de canales, camellones de cultivo en los pantanos, terrazas en las laderas, pesca, caza y piscicultura desarrolladas junto con otras variantes que permitían sostener una población densa. En cuanto a la organización social y política, hubo grandes cambios en particular con los trabajos que abrieron la discusión sobre los modos de producción, el sistema tributario, las diferencias de clases y otras cuestiones que nos explican —aunque parcialmente— el uso del suelo y la compleja apropiación desigual del espacio urbano. Estos temas de neta influencia del marxismo en México cubrieron incluso la década de 1980, impulsando así la problemática económica y social por sobre los temas estéticos.

Siguiendo con esto, los estudios realizados en Edzná permitieron conocer con cierto detalle un sitio de grandes dimensiones y su territorio circundante, en donde la mayor parte de las obras de canalización, la fortaleza y la plataforma misma de la Acrópolis son muy antiguas, más de lo que se hubiera sospechado, ubicándose dentro del período Formativo. Lo mismo sucedió en mayor escala con las ruinas de Mirador (Matheny 1980, Matheny y Gurr 1980), Becán, Cuello, Cerros (Freidel 1978), Nohmul y otros sitios de Belice. Esto ya ha permitido establecer que la región original de la cultura maya pudo haber estado en ese país y que ésta —la antigüedad— es considerablemente más profunda de lo que se había pensado. Hasta se ha podido plantear que hubo un desarrollo importante en los siglos anteriores a nuestra era y que un primer colapso, aún no bien identificado, cortó y modificó el proceso histórico maya para que surgieran, tras un intermedio relativamente corto, los primeros indicios de la que conocemos como cultura Clásica. A partir de esta hipótesis se pudo reconsiderar información arqueológica dispersa

que hablaba de la existencia de construcciones de tamaño muy importante de la época Formativa tardía y que, como Tikal, tendrían ahora una explicación (Figuras 20 y 21).

Un intento frustrado, pero que pudo ser importante, fue el de la publicación de tres tomos del *Atlas arqueológico de México*. Ese viejo proyecto del INAH, que se remontaba a Manuel Gamio, nunca pudo ser completado, reduciéndose lo editado a los estados de Yucatán, Chiapas y Quintana Roo (MULLER 1959, 1960, PIÑA CHAN 1967). En realidad incluyeron una lista de sitios con información mínima y un mapa de ubicación poco definido. Con los años, el programa fue reestablecido y ya se han editado los atlas de algunos estados, como Yucatán y otras regiones de México.

Un proyecto, que de haberse publicado antes hubiera causado un impacto mayor del que llegó a provocar, fue el de Kaminaljuyú. Fue organizado como una nueva etapa del ya anticuado trabajo hecho por la Institución Carnegie medio siglo antes y se trabajó allí a fines de la década de 1960 y principios de la siguiente, aunque fue difundido mucho más tarde a través de los libros de William Sanders y John Michels (1977) y R. Wetherington (1978). El estudio de ese sitio, ya destruido en su mayor parte, permitió conocer no sólo el patrón de asentamiento desde el Formativo temprano, sino también la manera en que los diversos grupos de parentesco que lo habitaron fueron ocupando áreas específicas del sitio, a las cuales les correspondían también cerámicas y objetos peculiares a cada uno de ellos. Es uno de los pocos casos en la zona maya en el que ahora podemos reconstruir con bastante detalle la evolución de la sociedad que lo habitó y las formas de utilizar el suelo urbano, suburbano y rural.

Para fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente ya había muchos sitios estudiados en cuanto al patrón de asentamiento, cálculos de densidad y de población, incluso algunos primeros intentos de analizar territorios y regiones. En Belice las ruinas de Aventura (SIDRYS 1983) mostraba una proyección de 3.500 a 5.200 habitantes en una extensión probable de 4 a 6 km^2, mientras que Sarteneja mostraba 940 personas por km^2, con un total probable de casi 2.000 habitantes viviendo en el sitio durante el Clásico tardío. Ramonal mostró en el sector

mapeado —de 1/2 km²— unas 72 estructuras y 14 plataformas. Otro lugar importante fue Colhá, con sus 31 talleres para trabajar la piedra, donde en sus 4 km² de extensión se encuentran decenas de montículos alrededor de la plaza y una gran acrópolis. El total de construcciones es de casi 400, habitadas todas entre el 250 a.c. y el 250 d.c. (Hester 1981). Incluso Tikal aún entregaba sorpresas, al descubrirse que existían otros patrones de plazas de usos del suelo no tomados en consideración (Becker 1971). Otras regiones, como la del Petén central, mostraron cambios sorprendentes en la densidad poblacional del período Posclásico: el sitio clave de este período fue Tayasal, que había sido identificado como la última población maya (Guthe 1930 y Wurster 1989), ya que en realidad corresponde en casi su totalidad al período Clásico; por lo tanto, el plano que conocíamos quedó como sólo una pequeña parte de un asentamiento muchísimo mayor (Chase 1985), con una alta densidad de pobladores. Al contrario, las islas de Topoxté mostraron ser todas del período tardío, pero lo que en los planos del siglo pasado hechos por Teobert Maler no eran más que unos pocos edificios pasaron a ser mas de un centenar. Un mapeo cuidadoso de una isla en el Peten, la de Canté, permitió identificar la existencia de 142 estructuras y en la isla Paxte otras 68. En la primera se calculó que 103 de ellas eran residenciales mientras que en la segunda lo eran 53, dando el cálculo de habitantes, respectivamente, 577 y 326 personas. Esto significa que en la primera de ellas la densidad podría haber sido de unas 2.200 personas por km², lo que es extremadamente alta. En la misma época en que estaban ocupados esos sitios, Lamanai en Belice (Pendergast 1985, Loten 1985) tenía 718 estructuras en 6 km², lo que coincide una vez más con las cifras que hay para otros sitios, aunque no es factible comparar estas densidades, ya que las islas son asentamientos peculiares. De todas formas, incluso en los sitios de menor población, la densidad era mucho más alta de lo que nunca se había pensado.

Pero volviendo al ya citado sitio de Kaminaljuyú, hoy tenemos una visión de su evolución en el uso del espacio que nos muestra el proceso completo que sufrió desde sus inicios, hacia el 1500 a.c.: entre esa fecha y el siglo VI a.c. tuvo la región completa, de 500 km², unos 25 a 35 sitios, con aldeas de unos 100 habitantes cada una, habiéndose concentrado en el

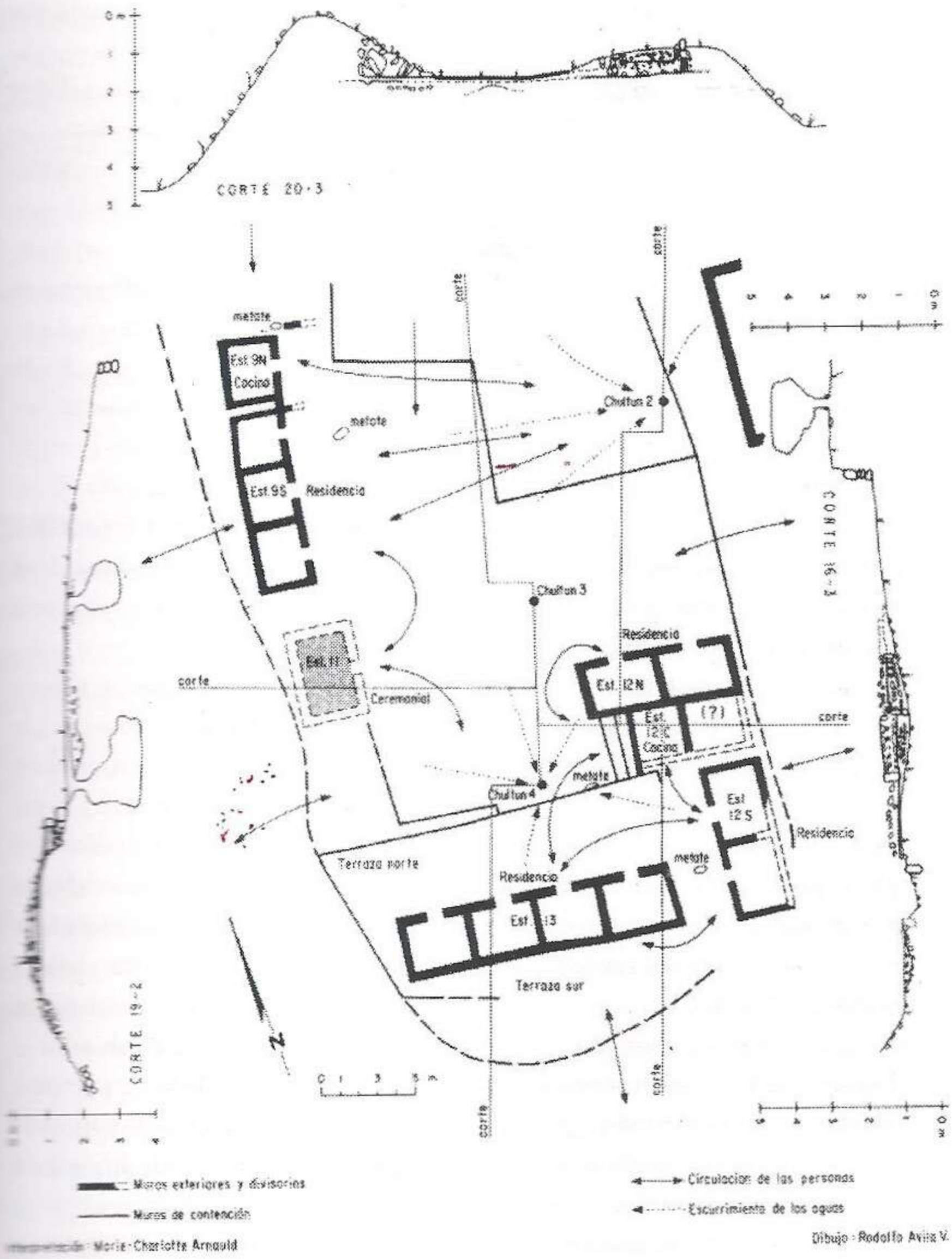


Figura 22. Xcochkax centro en 1994.

sitio mayor unos 600 a 1.200 habitantes. Este número creció hasta llegar a 2.000 para finales del siglo III a.C., pasando a ser un centro de importancia regional por su envergadura. Tras los grandes cambios sucedidos entre esa fecha y el 200 d.C. ya hubo posiblemente 26.000 pobladores en la región, siendo hasta el 12% de ellos del sitio mismo. El crecimiento continuó hasta llegar a la cifra de 5.000 habitantes para el período que va hasta el 400 d.C., con unas 38.000 personas para toda la región, arribándose a la máxima concentración entre el 600 y el 1000 d.C. Había en ese momento en la región unos 120.000 pobladores, cifra que comenzó a declinar en forma rápida en los siglos siguientes. Sirva esto como ejemplo de cómo a finales de la década de 1980 había regiones enteras que, al ser estudiadas intensivamente, aportaron información importante y original sobre sus asentamientos, su región y su territorio. La región de El Quiché, en las tierras altas de Guatemala (Brown 1982) mostró una historia continua desde el 9000 a.C. y en sus 72 km² de mapeo existen 624 sitios —probablemente 700—, lo cual es representativo de la población que llegó a existir (Figura 22).

Con los estudios de las Tierras Altas de Guatemala antes citados, que si bien tenían antecedentes que se remontaban a los tempranos años de la arqueología mayista de la Institución Carnegie, comenzó a producirse una clara escisión entre lo considerado "maya" y lo "mayoide" o simplemente "no maya". Se trataba de culturas que si bien compartían rasgos arqueológicos claramente mayas a una primera lectura, era evidente que pertenecían a otros pueblos enmarcados en la diversidad lingüística y étnica existente en Mesoamérica. Esto llevó a mejorar las definiciones de "lo maya" y de sus vecinos, lo que, a medida que crecía la distancia de las Tierras Bajas, se hacía más complejo. En El Salvador y después de Copán en Honduras y de allí hacia el sur, todo se tornaba confuso, como en toda región limítrofe. En ese sentido surgieron proyectos, que luego analizamos, que arrojaron un poco más de luz sobre estos temas, que habían quedado de lado por mucho tiempo.

Otro de los casos de grandes concentraciones poblacionales tempranas y del que ya hay buena información es Edzná, que además cuenta con una muy buena cartografía. La vida en el sitio se inició hacia el 600 a.C. y hacia el siglo III d.C. había una densidad llamativa de población y una

notable capacidad colectiva para realizar obras públicas, en especial de irrigación, control ecológico, construcción de grandes montículos, un lago artificial con una fortaleza dentro y varias cisternas, entre otras obras. Se conservan 370 montículos y basamentos habitacionales que se calculan como el 80% de lo original construido, además de unos 100 montículos de arquitectura pública, 84 cisternas, 31 canales y 18 canteras. Se consideró entonces que la población al final del Formativo fue de unos 5.000 habitantes (Matheny 1980).

Una cifra similar es la que se ha dado para Komchén en el Yucatán que fue estudiado en 1980 (Andrews, Ringle, Barnes, Barrera y Gallareta 1984). La primera información disponible mostró el mapeo de un área de 650 x 1.200 m más tres sectores de casi 2 km de largo, lo que dio la cifra de 320 construcciones diversas. Si proyectamos esto al total del terreno que probablemente estuvo ocupado, estamos en una cifra de 1.000 construcciones; entre ellas hubo 15 montículos grandes, 115 plataformas bajas y medianas y posiblemente 176 viviendas. Si pensamos que el sitio estuvo habitado entre el 800 a.c. y el 350 a.c. y suponiendo que a cada plataforma le corresponden entre 3 y 5 construcciones, tenemos sumándole un estimativo del 60% para lo no mapeado, 1908 unidades residenciales, que multiplicadas por el coeficiente tradicional de 5,6 habitantes, arroja la cantidad de 10.685 personas. A esta cifra se le puede reducir un 50% por no contemporaneidad, lo cual lleva a estimar la población en unas 5.500 personas.

Ya existen otros ejemplos en la bibliografía, algunos hechos con mayor ajuste: Altun Ha en Belice (Pendergast 1979) mostró un asentamiento cuyos límites se hallaban en un área de 2,5 a 3,5 km de radio del centro. El área mapeada presentó 516 construcciones, es decir 220 por km^2, pero sólo una parte del terreno era habitable (de 2,33 km^2 lo era sólo 1,4 km^2), lo cual eleva la cifra a 367 habitantes para esa superficie, siendo esto relativamente alto. Si calculamos la población, debió ser de un mínimo de 2.733 personas (para las 488 estructuras residenciales conocidas) con un promedio de 1.952 habitantes por km^2 de terreno habitable.

En el sur de Campeche se han hecho diversos trabajos que nos siguen dando información sobre el uso del territorio, sobre los trabajos iniciados mucho antes por Ruppert y Denisonn: en primer lugar, se logró

mapear una franja continua que unió sitios como Becán, Xpuhil y Rio Bec, ahora considerados todos dentro de un patrón de asentamiento continuo. También los trabajos de Chicanná (Kurjak y Andrews 1976, Webster 1974, 1976, 1979) permitieron ubicar 1.250 estructuras en 1,5 km² de terreno, dando una densidad residencial de 900 personas para esa misma superficie para el primero de los autores citados, en cambio para Turner la densidad fue menor, de 503 personas, aunque en otras partes de la región bajó a 439. En los sitios periféricos o en los espacios ubicados entre los grandes centros, las densidades promedio de la región oscilan entre 90 y 162 pobladores por km². Este estudio regional dio un panorama interesante sobre la ocupación de una región, mostrando un nivel de población alto incluso para las zonas fuera de las grandes concentraciones.

Muchas ciudades amuralladas pudieron ser identificadas con certeza y mapeadas en esos años: Uxmal, con un área intermuralla de 50 hectáreas, Cucá con 30 hectáreas, al igual que Chunchucmil, Aké y Muná tenían una superficie interna de 25 hectáreas y Chacchob y Dzonot Aké que también tuvieron sectores internos fortificados. Cabe destacar las nuevas sorpresas en sitios que no habían sido tomados en cuenta hasta ese momento, como el muy poco conocido sitio de Chunchucmil, y que resultó tras estudiarlo, que llegó a tener una población de aproximadamente 12.500 habitantes en sus 2.400 viviendas agrupadas en 6 km² de superficie (Vlcek 1978).

Entre las publicaciones que permiten tener un panorama general del proceso vivido en la década de 1980, se destaca la editada por Wendy Ashmore en 1981 titulada *Lowland Maya Settlement Patterns* (1981), al inicio del período, y que es a su vez parte de una excelente serie de libros sobre los mayas publicados por la Universidad de New Mexico. En esa obra se presentaron artículos de los más connotados mayistas, incluidos Gordon Willey y William Sanders, por lo cual figuran posturas distintas que pueden resumirse así: William Havilland hizo el análisis de un grupo residencial de la elite de Tikal, es decir, estableció las funciones y la historia de un grupo periférico al centro. El hallazgo casual de las ruinas domésticas de Cerén en El Salvador permitió definir bien las formas de uso interno de una vivienda, al igual que entender la existencia de

sitios que, a simple vista, son imposibles de observar. Donald Rice y Dennis Puleston hicieron un primer acercamiento al patrón de asentamiento del Petén revisando lo conocido y criticando seriamente el modelo propuesto por Bullard en el decenio anterior; y así los textos de Rice, Willey, Ashmore, Hammond y otros fueron asumiendo posturas distintas. En general hubo coincidencia en tres puntos hasta ese entonces nunca del todo aceptados: la diferencia de rango existente en las construcciones residenciales, la alta densidad habitacional y las variedades tipológicas, funcionales y de usos de la arquitectura, interna o externa a los grandes asentamientos. En cuanto a la definición de los términos empleados —es decir la vieja idea de *ciudad* y de *centro ceremonial*— se considera en el libro que "si bien es demasiado pronto para decir que la polémica... está resuelta finalmente, hay consenso creciente acerca de que los grandes centros mayas fueron considerablemente más tipo ciudades de lo que los oponentes a esta idea habían supuesto". Con esto también coincide Willey en su artículo de cierre del volumen. Era factible pensar que de esa manera el tema quedaba cerrado.

Así, el reestudio de Lubaantún, los recorridos en Quintana Roo, los Izamal, los detallados estudios de Cozumel y sus más de treinta sitios, el estudio minucioso de Cobá, la región de Naco en Honduras, de la presa del Cajón en El Salvador y el nuevo y detallado plano de Palenque son parte de ese nuevo panorama sobre los antiguos mayas que se imponía poco antes de llegar a la década de 1990 (Busch 1982, Hammond, Pring, Wilk, Donaghey, Saul, Wing, Miller y Feldman 1979, Haceman, Dixon y Yonk 1982, Hirth 1984, Lincoln 1979, Sabloff, Rathje 1975, Henderson, Agurcia 1982, Harrison 1972, 1974, 1977). También ese decenio trajo aparejado cambios tanto en las técnicas de mapeo como en la sistematización de las formas de representación cartográfica. Al verse la importancia del sistema de corte de vegetación en la observación de restos habitacionales, se optó por cortar brechas más anchas y largas, se usó fotografía satelital e infrarroja y se comenzó a dibujar juntos los planos topográficos y reconstructivos. Las experiencias de Norman Hammond en ese sentido fueron magníficas y lograron, junto con las técnicas de relevamiento topográfico rápido elaboradas por los técnicos de la New World Archaeological Foundation, iniciar una nueva forma de mapeo

en el campo. Paralelamente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia se comenzó a enseñar patrones de asentamientos y algunas nociones de cartografía arqueológica, aunque esporádicamente en ese entonces (Schávelzon 1980a, 1981, 1982, 1982a).

Copán no quedó de lado en este proceso de reestudio de sitios ya conocidos: suponiendo correctamente que el área estudiada hasta la fecha se reducía al complejo principal (Stromsvik 1946) y que Morley en su tiempo sólo había incluido algunos pocos edificios y monumentos en la periferia, se hizo un relevamiento nuevo. La Acrópolis Central (Hohmann y Vogrin 1981) fue minuciosamente estudiada y lo mismo se hizo con el valle completo, encontrándose una gran concentración de conjuntos habitacionales a lo largo de una avenida principal (Willey y Leventhal 1979); gracias a esto hoy podemos ver el valle como un área de desarrollo regional más que como una unidad peculiar, una zona de gran concentración de población a lo largo de mucho tiempo. Copán, el sitio que la generación de Morley entronizó como un centro de culto y de sacerdotes con sus estelas orientadas sideralmente, resultaba en realidad ser una enorme capital regional, con gran densidad de habitantes, con un territorio amplio y también con sitios secundarios de diversos rangos, todo densamente poblado.

Otro aspecto que había tenido importancia en la década de 1970 y que tuvo amplia repercusión, fue la serie de estudios que trataron de clarificar la estructura interna de las áreas centrales de las ciudades mayas. En realidad, desde la época de Ignacio Marquina y su primer libro ya citado de 1928, en que se había preocupado por el trazado y distribución de las pirámides, muy poco se había hecho. A partir de los estudios pioneros de Horst Hartung (1971) hubo una serie de publicaciones que permitieron entender algunos aspectos del peculiar trazado maya: orientaciones, ángulos entre edificios, ubicación de juegos de pelota y templos e incluso, al correlacionar esto con las inscripciones que se estaban traduciendo, se lograron entender las secuencias constructivas (Aveni 1975, 1977). La ubicación de un templo o una pirámide no era casual, respondía a nociones complejas pero con su propia lógica en la estructura de linajes dinásticos, su ceremonial y estructura de funcionamiento. Esto quería decir que un juego de pelota o un templo podían tener una

ubicación oblicua en relación a otro, pero que eso era un efecto buscado. No era la incapacidad de "hacer ángulos rectos" como muchos escribieron en sus tiempos, eran decisiones que los constructores tomaban para ir tejiendo un relato que sólo los que allí vivían podían leerlo: un monumento en una puerta era visto como parte de una secuencia de otros en otras puertas de otros edificios, de padres a hijos, cambios de gobiernos, eventos importantes. La falta de paralelismo, tan difícil de entender para nuestra cultura, era un efecto buscado y con un mensaje explícito, aunque muy complejo de leer ahora.

En la región de las tierras altas de Guatemala los avances no fueron menores que en otras regiones, aunque a partir de 1984 prácticamente los estudios han sido suspendidos por la guerra y llevó un decenio poder retomarlos. En forma simultánea aplicaron allí sus esfuerzos la Misión Científica Francesa y un grupo dirigido por Robert Carmak. Este último, desde 1965, logró para los inicios de esa década una reconstrucción general del proceso histórico y prehistórico tardío de los Quichés en estudios realmente destacables. La evolución de los asentamientos en cada etapa, la relación con otros grupos culturales lejanos y cercanos, e incluso la estructura interna de algunas ciudades, fue discutida con toda meticulosidad (Carmack 1973, Carmack, Fox y Stewart 1975). La forma en que fue trabajada la arqueología y la etnohistoria fue ejemplar y pocos lugares del continente tuvieron en ese momento estudios de tal categoría. Regresando a los estudios intra-sitios, hay dos regiones que han sido estudiadas a través de largas brechas en la selva, sin que se hallaran grandes concentraciones en su recorrido: el terreno entre Tikal y Yaxhá, por una parte, y los alrededores de los lagos Yaxhá-Sascnab, por la otra (Rice 1974, 1976, Rice y Prudence 1979, 1980, Rice y Puleston 1981). En el primero, hubo 125 estructuras por cada km² de terreno para el total del tiempo de existencia y del Formativo hubo 29, lo que da una densidad alta e inesperada. Lo mismo sucedió con las 586 estructuras halladas entre Tikal y Yaxhá, de las cuales se excavaron 148, teniendo así un muestreo cronológico seguro. El 33% de ellas son del período Formativo; el número total de pobladores dio en orden de 203 a 486 por km²; según las épocas y la densidad de las construcciones hubo de un mínimo de 15 personas por km² en las zonas poco habitadas a un máximo de 48,7

en las más pobladas. Estos datos entroncan así con El Mirador, quizás el sitio maya más espectacular de nuevo descubrimiento (MATHENY 1980, DEMAREST 1984), ciudad que con sus cuatro grandes acrópolis, más siete de tamaño medio y dos grandes *sacbés*,[7] pertenecen en su casi totalidad monumental y residencial al período Formativo.

Al rehacer Dennis Puleston (1974, 1983) el mapeo de la brecha sur de Uaxactún en 1966 se reinició la polémica de los asentamientos mayas, el uso del territorio y su densidad ocupacional desde una nueva perspectiva: los datos manejados hasta ese entonces no habían sido exactos en muchos casos o directamente no habían ni siquiera sido tomados en cuenta o estudiados. Las críticas desde la perspectiva teórica las planteó Marshall Becker en su estudio clásico, presentando las posturas que subyacían tras la discusión de la *ciudad* prehispánica. Para Puleston, la región Uaxactún-Tikal tiene 197 montículos de vivienda por km² en las zonas centrales y 88 en las intermedias. Así, las densidades oscilan entre las 222 personas por km² en Dos Aguadas, 439 para la zona de Becán, 700 para Tikal central y 1.100 para Seibal (ADAMS 1964). Este último fue otro de los conjuntos que arrojó datos de alta densidad en las excavaciones de 1964-1968, en las cuales se mapearon 25 km² (TOURTELLOT 1970).

La profundidad cronológica de la ocupación humana en la zona también fue modificada y lo que sabemos indica que la historia de los mayas puede retrotraerse mucho más de lo esperado; si los datos que se han publicado en los trabajos de Belice (MAC NEISH, WILKERSON y NELKEN-TERNER 1980) se completan, se llegaría hasta el 9500 a.c., habiéndose ya detectado 230 sitios arcaicos,[8] todos ellos poblados cercanos a las costas o ríos antes de la llegada de la primera cerámica a la región —la Fase Swazey—, en el 2600 a.c. Entonces Cerros, con su gran concentración y sus murallas-diques de protección, su acrópolis fechada para el Formativo del siglo IV a.c. al II d.c., sería una parte coherente de este esquema; lo

7. Sacbé: camino o ruta en maya yucateco.

8. Periodo Arcaico: primera etapa del desarrollo humano en América, se inicia con la llegada del hombre hace unos 25 mil años y termina con el inicio de las primeras culturas o futuras civilizaciones, hacia el 1500 a.C.

mismo es para su antecesor Cuello, que presenta restos de arquitectura cubierta con estuco en las plataformas desde el 2500 a.c. y una construcción con evidencias de uso más sofisticado para el 1500 a.c. Quizás en base a toda esta evidencia fue que Gordon Willey (1981) escribió, reconsiderando sus posturas anteriores, que:

> *"... los centros mayas fueron focos de concentración de población. La densidad variaba, acorde al tamaño del centro, probablemente por región; los datos de los centros mayas más grandes... indican densidades por encima de 500 personas durante el período Clásico Tardío".*

Otro tema que fue de gran ayuda a los estudios sobre las ciudades mayas fue el gran avance en la traducción de la escritura. La epigrafía tuvo un desarrollo increíble a partir de los trabajos iniciales de Enrique Berlín y Tatiana Proskouriakoff quienes identificaron los nombres o signos propios de cada ciudad. Al lograr traducir inscripciones cada vez más largas, se pudo ir comprendiendo la forma de vida, de organización de los linajes dirigentes, las guerras y conquistas y muchos aspectos de la cotidianeidad de los grupos dirigentes. En forma paralela, al entender que los monumentos no retrataban a dioses sino a personas determinadas y a sus eventos significativos, la desacralización de la vida maya fue ya imposible de evitar. Las ideas imperantes acerca de una teocracia estricta, de una sociedad estática y sin divisiones sociales —*Los griegos de América* de Morley— o de posibles áreas ceremoniales no urbanas, quedaron en la nada. Al lograrse identificar el nombre y fecha asociado a cada edificio importante, o por lo menos a muchos de ellos, se pudo estudiar la construcción de la ciudad a partir de cronologías exactas, y más aún, saber los motivos por los cuales fue construido o destruido un templo, un palacio u otra obra cualquiera. Las cosas empezaban a tener referentes humanos concretos y eso no era poca cosa.

En otro orden de cosas, el trabajo constante de la New World Archaeological Foundation en Chiapas, desde finales de la década de 1950, permitió establecer las grandes líneas de desarrollo histórico regional. A partir de los recorridos pioneros hechos por Gareth Lowe (Lowe 1959,

Lowe, Alden Mason 1965), más tarde los de Pierre Agrimier, Román Piña Chan, William Sanders, Tom Lee y otros, y sus estudios en sitios como Izapa, Miramar, Mirador, Chiapa de Corzo, Tzutzuculli, la región y sus subregiones han mostrado la profundidad y complejidad de su desarrollo cultural. Y si bien aún hacen falta libros que permitan una reconstrucción general de la región y en donde se vuelque la monumental cantidad de información ya existente, cosa en la que ha avanzado Thomas Lee en los últimos años, los más de cincuenta volúmenes publicados son únicos en la zona maya y de las culturas conexas.

Lo interesante de este largo proceso de cambio en las ideas acerca de los patrones de asentamiento maya es que, desde el libro de Jorge Hardoy ya citado de 1964, no había textos actualizados que dieran un panorama general que plantee hipótesis serias. Fue en 1975 cuando el libro de George Andrews titulado *Maya cities, placemaking and urbanization* salió a la luz para mostrar un panorama completo para su tiempo sobre el nivel de conocimientos existentes en la materia. Resumía los avances sobre cada ciudad importante además de mostrar una buena serie de planos que, sumados al análisis general sobre las ciudades, permitía por fin una visión global; pero el territorio como un todo no existía, siempre se estaba centrando en las ciudades. Hubiera sido deseable que se hubieran incluido sitios menos importantes y mayor información sobre la estructura regional, pero quizás no sea justo pedir tanto a una obra de esa envergadura. Trabajos posteriores del mismo autor han avanzado en otros temas de la arquitectura maya, en especial en las zonas Puuc, Río Bec y El Petén. En este camino han sido importantes los libros de Paul Gendrop, quien logró establecer patrones estilísticos arquitectónicos y mostrar la forma en que fueron dispersándose por el Yucatán en el tiempo (Gendrop 1983). Sólo un año después se publicó un texto que unió la epigrafía, la estructura regional y la posible hegemonía de algunas ciudades sobre otras. Se trataba del libro de Joyce Marcus titulado *Emblem and State in the Classic Maya Lowlands* (1976); este libro presentó una reconstrucción histórica de los rangos o posibles niveles de importancia de un grupo de ciudades de las tierras bajas mayas interpretados a través de los "glifos emblemas" de cada una de ellas. A partir del número de veces que el símbolo representativo de cada

ciudad aparece en otras, y según el período y otros rasgos arqueológicos, se desarrolló un modelo de correlación tanto en el interior de cada región de las Tierras Bajas como entre ellas. Se trataba de otro paso adelante para entender la complejidad del funcionamiento regional.
Otro libro del momento fue el *Atlas arqueológico del Estado del Yucatán* (Garza y Kurjak 1978, 1980). Fue el resultado del reconocimiento del norte de la península e incluía los planos detallados de ubicación de muchos sitios. En realidad no aportaba más que la ubicación exacta de lugares conocidos o nuevos pero fue la puerta para relevar y estudiar muchos de ellos que luego se fueron dando a conocer. Éste fue el primer atlas moderno tras medio siglo de espera y para finales de esa década había varias otras regiones de México bajo mapeo, que irían mostrando sus resultados un decenio más tarde.
Para terminar con esta etapa, el libro titulado *El pueblo maya* escrito por Alberto Ruz (1981) y editado tras su muerte fue en su momento el texto más actualizado escrito en México por muchos años y quizás el más moderno sobre el tema en español con un cariz de divulgación general. Es diferente a su similar en inglés (Hammond 1981), ya que si bien presentó información arqueológica mucho más actualizada, la posición histórica, ideológica y social del primero ya es difícil de encontrar en una arqueología cada vez más comprometida con una visión cientificista a ultranza y cada vez más alejada de una postura más humana y más social para con los pobladores de la región.
Quizás un excelente cierre de esta etapa de tantos cambios haya sido el libro publicado bajo el título *Pre-Hispanic maya agriculture* (Harrison y Turner 1978) en 1978. Allí se partía del hecho de asumir que en los años anteriores se había logrado una primera aproximación a los métodos de la agricultura prehispánica y que lo que las evidencias mostraban era que éstos eran diversos y que la idea siempre vigente de que los mayas se sostuvieron con el monocultivo del maíz, con el sistema de la milpa y de la quema, ya no debía repetirse. Esto significaba aprender que las ideas monolíticas, las grandes verdades, no podían seguir siendo aceptadas.
Una revisión del tema mostró que en realidad no había comprobación alguna de la suposición de la agricultura de milpa, salvo la analogía con

la actualidad, lo que por cierto era un dato bastante endeble. En la década de 1960, habían comenzado algunas críticas —retomando otras de la década de 1930 que habían pasado desapercibidas— sobre la contradicción que mostraban algunos asentamientos muy densos y una economía de baja capacidad productiva; o las ciudades no habían tenido tanta gente o su sostén económico era diferente; y la mayoría optó por creer que las interpretaciones eran erróneas o exageradas (Turner 1978); pero la identificación de camellones de cultivo, canales y áreas irrigadas eran evidencias difíciles de obviar. Fue en ese libro donde por primera vez se habló del Mito de la Milpa (Hammond 1978: 23), rompiendo así las barreras para aceptar que economías intensivas podían realmente sostener las altas densidades que se estaban postulando para las ciudades mayas.

7. Los mayas en la actualidad y el estudio de sus asentamientos

En el año 1990 publiqué un pequeño libro que en cierta medida fue el origen de éste, tal como se explica en la introducción, en el cual se resumían algunos conceptos que, *ahora entendemos, reflejaban el cam*bio entre una etapa y otra del pensamiento y del quehacer arqueológico sobre los mayas. El primer punto al que arribamos como conclusión, al observar los avances producidos en un siglo de investigación y acumulación de conocimientos, era que los mayas habían sido un conjunto de pueblos, lenguas y tradiciones culturales heterogéneos aunque con rasgos culturales comunes —cosa que todos sabíamos— y que por lo tanto —y esto era lo que no sabíamos— muestran una enorme variedad de asentamientos a lo largo del tiempo. No hay un *modelo* universal para el urbanismo maya, hay muchos y éstos deben ajustarse a la región y la época que se está analizando. Incluso en una misma región había formas de usar el espacio diferenciadas en una misma época en función de factores políticos, agrícolas, geológicos, sociales, de prestigio, de herencia cultural o de simple poder. Es cada vez más clara la no existencia de un modelo general que permita interpretar todo el fenómeno de los asentamientos mayas, ni con la vieja idea de los centros ceremoniales, ni con ninguna otra que sea mecánica, rígida o que quiera englobar la heterogeneidad en la homogeneidad.

El segundo punto que se destacaba era que la ruptura final del *modelo del centro ceremonial* había permitido un avance notable, liberando a la investigación de ataduras historiográficas. Esto puede parecer fácil

en un contexto académico respecto a ideas impuestas en la década de 1940 y surgidas incluso antes; pero si vemos la bibliografía de divulgación en México, Guatemala o en el mundo entero sobre este tipo de asentamientos, veremos que la idea sigue muy vigente. A esto debe sumarse el final de la concepción teocrática del mundo prehispánico, ya que la lectura de los glifos ha mostrado que lo expresado en la mayor parte de las inscripciones y monumentos hace referencia, directa o indirecta, a personas concretas que reinaron, organizaron guerras o fueron cautivos en momentos históricos determinados. De esa manera los palacios ya no fueron templos.

Si tuviéramos que concretar en una sola idea otra de las transformaciones sufridas para el fin del siglo xx, no hay duda que es el haberse entendido que los asentamientos, en su diversidad, se insertan en estructuras regionales y, a mayor escala, en las redes complejas de toda la civilización mesoamericana. Si bien esto siempre se lo había entendido así, durante los años en que imperó la New Archaeology hubo una tendencia marcada a reducir en lo posible los contactos y relaciones inter culturales tratando de explicar los desarrollos desde dentro de sí mismos. Esto no terminaba de explicar muchas cosas, y la presencia evidente de rasgos culturales y de objetos concretos de una cultura en otra llevo a la necesidad de revisar lo que sabíamos. Valga de ejemplo la presencia en forma de un barrio completo de artesanos de Oaxaca en plena ciudad de Teotihuacan, o los personajes, arquitectura, cerámica e ideas de esta última ciudad presentes en todo el territorio maya. Cada época y región ha creado redes interconectadas con propósitos diferentes por las cuales circulaban no sólo mercaderías, sino también tributos, ciencia, ejércitos, arte, artistas, ideas, prestigio, poder y dominio. La estructura de comercio e intercambio de bienes, suntuarios o no, operó en corta, mediana y larga distancia, e implicó la presencia constante de esos mercaderes en regiones muy alejadas de las de origen; esto significó un movimiento también cultural, de prestigio e incluso político a grandes distancias; Teotihuacan o los murales de Cacaxtla así lo probarían con los mayas.

Otro importante cambio operado es el conocimiento de que la profundidad temporal del fenómeno maya es grande, remontándose la población

local en algunas zonas a varios miles de años antes de la era cristiana y el consenso actual es que estamos frente a pueblos culturalmente "mayas" hacia el 1500 a.c. La presencia de arquitectura, tanto para viviendas simples como otras más importantes en Cuello en el 2500 a.c., y una ocupación comprobada en Belice desde el 9500 a.c. permiten abrir nuevas hipótesis para las épocas tempranas.

Este fenómeno, la mayor extensión en el tiempo, está asociado con la confirmación, para las ciudades, de que la gran arquitectura es de origen Formativo Tardío y no del Clásico Temprano; la agrupación de El Mirador y su monumentalidad ha servido para reconsiderar el fechamiento para muchos de los grandes basamentos de El Petén y las tierras bajas en general. Lo mismo sucede con el arte, y valgan los maravillosos estucos hallados bajo la acrópolis de Copán, por dar un ejemplo entre tantos, lo cual ya no permite aseverar que el Clásico haya sido el período del *gran* desarrollo cultural y artístico sino que tiene una larga progenie. Quizás incluso los términos mismos de Formativo y Clásico cambien algún día, ya que tienen en sí mismos connotaciones que ya no ayudan a entender el proceso histórico de estos pueblos. Lo que pudo haber sucedido es que tenemos mucha más información sobre el Clásico porque lo anterior quedó subsumido bajo esa última etapa, disfrazando u ocultando al primer período cuyos logros son a veces tan impactantes como lo que lo continuó. Esto, sumado al pequeño hiato producido al final del Formativo, muestra que hay otra cultura maya, más antigua, que surge con fuerza aunque tiene un claro tropiezo del que fue saliendo finalmente airosa para entrar en el gran desarrollo del período Clásico.

El ingreso al siglo XXI permitió asumir que ya está comprobada la alta, e incluso muy alta, densidad habitacional en muchos de los centros mayas, con total independencia del volumen de arquitectura templaria o palaciega, o de la función que haya cumplido intra o extra urbana. Asimismo la construcción de esas ciudades y su arquitectura implicó un tremendo esfuerzo social, dirigido por especialistas y con un alto costo de injusticia, desigualdad y explotación del hombre por el hombre. La antropología física ha mostrado al cansancio la desigualdad de la dieta en los grupos sociales. El mundo paradisíaco de sacerdotes y campesinos

felices que circuló hace medio siglo sólo fue una expresión más del *American Way of Life* de la posguerra de 1945.

7.1. Marxismo, ecología cultural y la renovación de la arqueología de las ciudades

Hay que incluir algunas palabras para explicar parte de los grandes cambios ocurridos en la arqueología mesoamericana en el estudio de nuestros temas, tanto en la hecha por Estados Unidos como por los países de la región. Por una parte, es cierto que había una evolución fuerte hacia determinadas preocupaciones que desde hacía años venían quedando soslayadas, como las evidencias cada vez más fuertes que mostraban densidades importantes, que su vez ponían en jaque las ideas preexistentes sobre capacidad productiva agrícola. Pero la década de 1970 fue muy marcada por la presencia del pensamiento marxista, en especial por el estudio de los *modos de producción*. Esto no era totalmente nuevo y estaba en el pensamiento de las ciencias sociales desde hace tiempo; en México existía y crecía lo que se llamaba "arqueología social". Dado el énfasis que se hacía en los problemas económicos, las clases sociales y en la llamada infraestructura productiva como forma de explicar la cultura, muchas veces este camino se cruzaba con el de la ecología cultural impulsada por Julian Steward. Los difusos límites entre las viejas ideas de Karl Wittfogel sobre el control hidráulico —pese a que se difundieron en español en la década de 1970— y la relación con las grandes obras públicas en Asia que fueron retomados por Angel Palerm, y la presencia en México de Paul Kirchoff, José Luis Lorenzo y Pedro Armillas de la década de 1950 —de quienes al menos dos de ellos después irían hacia Estados Unidos—, más los aportes de Eric Wolf y el citado Palerm diez años más tarde, hizo que todo el conjunto influyera fuertemente sobre el conocimiento de su tiempo y sobre algunos arqueólogos de primer nivel quienes harían grandes cambios en los años siguientes. En la Escuela Nacional de Antropología de México, el marxismo era la teoría dominante e incluso Palerm fue director del Centro de Estudios Superiores del Instituto Nacional de Antropología

e Historia de México, en esos mismos años. En el centro de todo el escenario estaría el arqueólogo de nuestro tiempo, William Sanders, un norteamericano que vivió gran parte de su vida en México con profundos conocimientos marxistas y que logró introducir una larga serie de facetas nuevas, haciendo el traspaso de un mundo al otro, en especial lo que se trataba de infraestructura de producción, comercio, generación de mercancías y estatus social (Sanders y Price 1968).

En este sentido hubo cinco trabajos arqueológicos a escala territorial en México y Guatemala que realmente cambiaron la visión del pasado y la forma de estudiarlo: el mapa de Teotihuacan dirigido por Rene Millon, los reconocimientos a escala territorial de Monte Albán de Richard Blanton, los ya citados de Tikal, el estudio del valle de México hecho por Sanders, Parsons y Blanton, y el de la región de Puebla-Tlaxcala hecha por los equipos alemanes, aunque en este último caso, por el idioma, su difusión e impacto fue mucho menor. Lo interesante es que cada uno de esos proyectos estableció una manera diferente de encarar el problema que tenía en frente de ellos, desarrollando técnicas y metodologías, e incluso interpretaciones diversas.

Después de eso, hablar de una ciudad, un asentamiento o un territorio tomaba cauces diferentes a lo precedente; es cierto que era aun posible —ya lo veremos— adaptar nuevos descubrimientos a viejas ideas, pero era imposible sostenerlo con seriedad. Este conjunto de información nueva que en forma abrupta se volcaba sobre Mesoamérica, produjo la necesidad de revisar muchos conceptos tradicionales y abrir una visión más amplia de los asentamientos y del entorno a ellos, de la que ya no se podía volver atrás.

7.2. El estado actual del tema y los nuevos problemas

¿Cuál es ahora el panorama consensuado sobre asentamientos urbanos y densidades habitacionales? Creo que es factible asumir que desde los inicios de la década de 1990, y en especial tras la edición del libro de Patrick Culbert, *Precolumbian population history in the Maya lowlands* (Culbert y Rice 1990), las cosas han quedado mucho más claras que en

los años de discusiones anteriores. Es interesante evaluar históricamente este proceso de cambio en los conceptos y más aun como no ha sido ésta una construcción lineal o mecánica: hemos visto que en el siglo XIX ya se tenía clara la alta densidad poblacional maya. Buen ejemplo puede ser el recorrido que Désiré Charnay hizo en la década de 1880 por varios sitios, entre ellos Comalcalco y su imagen bien descripta de que era un sitio enorme con unas mil construcciones dispersas en una gran superficie de terreno. Cuando Frans Blom volvió de un largo recorrido por México y Honduras en 1925 escribió sobre ella que "es una ciudad típica del Viejo Imperio, de tamaño nada extraordinario" (BLOM y LA FARGE 1926-1927, ROMERO RIVERA 1995). Mucho más tarde, en 1966, se publicó un enorme plano hecho por George Andrews, en el que se mostraba la presencia de 111 estructuras en menos de 1 km². Más allá de lo denso, esto lleva a un promedio de 150 estructuras para un kilómetro de superficie (ANDREWS G. 1975). Después de él, en 1972, Ponciano Salazar del INAH volvió a mapear el lugar, en este caso los alrededores, encontrando 282 construcciones y subiendo el promedio —para una superficie que no sólo cubría el centro, sino también parte de la periferia— a 41,77 estructuras por igual superficie. Este dato ha sido confirmado, aunque con ligeros aumentos, con los trabajos de José Luis Romero Rivera (1995), que cubriendo una superficie de casi 50 km² obtuvo un promedio de 54 estructuras. Esto habla sin duda de una alta concentración de población, si bien diferenciada por sectores y con un núcleo muy denso, imagen que sin duda se acerca más a la del antiguo viajero Charnay, que a la de un arqueólogo de la talla del moderno Blom.

Hay otro ejemplo reciente valioso: Calakmul, un sitio que nunca había sido considerado entre los de primer rango, aunque sí como de cierta importancia. Quizás por haber sido estudiado tempranamente por la Institución Carnegie fue recién con el nuevo relevamiento a partir de 1990 cuando se tomó conciencia de que se estaba frente a un sitio de la talla urbana de Tikal (FLETCHER y GANN 1995). Lo que resulta llamativo es que hubo que esperar esta confirmación arqueológica porque ya la alta presencia de glifos-emblema, es decir jeroglíficos con el nombre de la ciudad que fueron hallados dentro de ella como en otras partes, ya lo habían predicho. Por suerte su director era el hombre joven

que poco antes había producido una de las obras básicas para la arqueología maya de todos los tiempos, aunque construida en bastante soledad y pese a la enormidad de sus resultados, William Folan (Folan, Kintz y Fletcher 1983). Del sitio se mapearon casi 50 km² con 6.000 "rasgos culturales" mostrando que la ciudad debió cubrir unos 70 km², o aún más. Si se hace el cálculo ya establecido para saber la densidad de población en el período de máxima utilización del sitio en el período Clásico tendríamos unos 24.000 personas viviendo en el centro urbano con un promedio de casi 229 personas por km², lo que sin dudas es una densidad muy alta.

Pero regresando al citado libro organizado por Culbert, lo que podemos extraer como concepto consensuado es que a cualquier cálculo poblacional de un asentamiento arqueológico debemos corregir los siguientes aspectos:

1) Las plataformas no visibles o la falta de evidencias de ellas.
2) Las estructuras no residenciales.
3) La contemporaneidad o no de las estructuras.
4) Las estructuras abandonadas.
5) El tamaño de la familia.

Cada uno de estos temas ha llevado mucha literatura, pero en síntesis expresan los datos fundamentales a discutir en cada caso. Por último, la idea de promedios comparables ha resultado también compleja: si tenemos un cálculo para una superficie determinada, es necesario proyectarla hacia unidades comparables (un km² por ejemplo), lo que produce distorsiones ya que la medida se extrapola hacia áreas no relevadas o, peor aun, a zonas no ocupadas por estar cubiertas de bajos o pantanos. En este último caso, ¿se deben descartar esas superficies o incluirlas en los cálculos?

Sin duda alguna Copán es hoy en día el sitio maya más estudiado y conocido tras los años de estudio bajo la dirección de Gordon Willey y Claude Baudez en la década de 1970, por William Sanders y David Webster en la de 1980 y Arthur Demarest en la de 1990. Copán significa un caso interesante, ya que en una amplia extensión de casi 100 km a la redonda no hay ningún otro centro que haya coexistido con él, ni siquiera de

tercera categoría, hasta llegar a Quiriguá en otro valle. En ese territorio se han identificado 549 centros o asentamientos con 4.509 estructuras en lo que se han considerado 1.429 sitios que cubren 62 km². Los cálculos poblaciones son: 250 personas en el grupo principal de edificios, entre 5.797 y 9.464 habitantes en el centro urbano y entre 9.360 y 11.639 personas en el área rural. Todo esto da un total de entre 3.010 y 3.725 habitantes con una densidad de 6 a 7,5 personas por km². El total es de al menos 18.000 y un máximo de 24.000 habitantes para el período Clásico (Webster y Freter 1990). La cercana Quiriguá, sin duda mucho menor, dio una población entre 427 y 2.223 personas para el asentamiento con una densidad muy variada, entre 142 y 741 personas, debido a las dificultades que presenta el cálculo en estructuras que en su mayoría están profundamente enterradas por el sedimento (Ashmore 1990).

Tikal, el otro sitio sistemáticamente estudiado y mapeado desde la década de 1960 como hemos descrito, tiene ya una enorme superficie mapeada en torno de su centro urbano, que ya cubre 120 km². Sin entrar a detallar las diferencias de mapeo de cada proyecto llevado a cabo en el lugar durante 30 años y como en cada caso variaron las cifras, hoy podemos aceptar la existencia de 112 construcciones por km². La zona central de 9 km² —sin calcular los edificios principales tipo palacios— tenía 8.300 personas (922 hab/km²), el círculo siguiente de 7 km² tuvo 4.975 personas (711 hab/km²) y el resto de 104 km² tuvo 45.720 habitantes con una densidad de 440 hab/km², lo que lleva a un total de casi 59.000 personas para el sitio, que sumado al centro mismo llega a cerca de 62.000. Por supuesto, si se amplía el área considerada rural y no mapeada, el cálculo llega a cerca de 120.000 personas para Tikal en su máxima ocupación. Se ha pensado que el dominio de esa ciudad, incluyendo otros centros secundarios, en lo que se denomina el Estado de Tikal, debió tener cerca de 425.000 habitantes (Culbert, Kosakowsky, Fry y Haviland 1990).

Para completar el cuadro de los sitios que han mostrado cambios profundos en el conocimiento que se ha obtenido de ellos sobre los patrones de asentamiento, no podemos dejar de citar nuevamente a Komchén. Más allá de los datos iniciales, hoy entendemos que se trata de una concentración temprana anterior al gran desarrollo de los mayas clásicos.

Esto puede entenderse de muchas maneras, pero lo más importante ahora es que nos muestra un sitio que, si bien quizás fue similar a otros del norte yucateco, a éste no lo cubrieron las construcciones tardías. Esto en sí mismo es fascinante: una ciudad fósil del Formativo, sin alteraciones ulteriores. Visto de esta manera, el lugar mostró al ser mapeado un área de 2,4 km² que es un 40% de lo que el lugar fue en su totalidad; se identificaron 505 estructuras dentro de esa superficie. El conjunto tiene un solo grupo central alrededor de una plaza que indica haber sido el centro del conjunto y, unido por un *sacbé*, otro grupo muy grande aunque parte de las cercanas ruinas de Dzibilchaltún. Para calcular la población se ha considerado que deben existir unas 1.000 construcciones. Para las fases Xculul y Nabanché tardía la población debió oscilar entre 2.500-3.000 al inicio y 1.500-1.000 habitantes al finalizar: "esta cifra es sustantiva para un centro pre-urbano en cualquier parte del mundo y sin duda preanuncia un modelo de asentamientos densos, como se ve en el norte de Yucatán durante el período Clásico terminal" (Ringle y Andrews 1990).

La cifra final máxima estimada para la densidad es de 1.000-1.500 personas por km². Las consideraciones sobre Komchén, sumado a lo sabido de Dzibilchaltún, han completado el cuadro del Yucatán norte, entendiendo la vacuidad de las ideas de Morley y la Institución Carnegie que presuponían que la densidad habitacional de Mayapán era debida a un patrón de asentamiento tardío heredado de los toltecas —y por ende no maya— ya que no coincidía con los conceptos preestablecidos de ciudades poco densas. A la vez permite entender que las densidades del Formativo fueron en muchos casos fuertes y que la distribución y uso del suelo urbano estuvo determinada desde temprano, consolidándose en épocas tardías que fueron cubriendo una y otra vez lo precedente hasta hacerlo invisible.

Las arquitecturas de cada sitio son de una gran variedad, ésta es otra presunción razonable que se ha consensuado y por la que venía peleando Linton Satterwhaite desde inicios de 1930; esta heterogeneidad se amplía a medida que la investigación continua: además de viviendas, templos, altares y palacios, existen muelles, depósitos, talleres, puentes, caminos, silos diversos, fortificaciones, plataformas para secar sal, represas,

canales, plazas, patios, baños de vapor, mercados, edificios para actividades cívico-políticas, torres, defensas, sistemas de riego, camellones de cultivo, observatorios, estructuras para sostener panales de abejas y una larga variedad más. Actualmente incluso se han logrado identificar edificios de cierta categoría que parecen ser comedores o lugares de recepción o banquetes para los grupos más elevados de la sociedad.

Otro tipo de análisis ha profundizado en el uso de la cultura material con un fuerte sesgo etnoarqueológico, lo que ha permitido entender mejor el uso de las construcciones y de los conjuntos de artefactos asociados a las viviendas (Hayden y Cannon 1984); esto es importante ya que en el cálculo poblacional de un asentamiento se incluyen habitualmente como unidades domésticas a los grupos de piedras o concentración de tiestos o metates, sin que realmente sepamos de qué se tratan. En este sentido, los análisis químicos de las viviendas han abierto dos posibilidades poco consideradas hasta ahora: determinar las áreas de actividad dentro de la construcción (trabajo, depósito, ceremonial, cocina, circulación o dormitorio) al igual que el posible número de familias viviendo en los interiores; el caso de Copán permite asumir que al menos en cada unidad de vivienda habían dos familias (Manzanilla y Barba 1990), lo que cambiaría en forma brusca los cálculos demográficos. Los estudios sobre el guardado de maíz y otros productos asociados a la vida doméstica, reconociendo el tipo de construcciones usadas, primero desde la etnología y luego en la arqueología, ha servido para identificar las construcciones destinadas a esta actividad (Smith M. 1989).

Las obras de infraestructura urbana han empezado a ser analizadas: deposición de basura, canales, acceso al agua, plantaciones internas, circulaciones entre edificios, barrios especializados, cuando los hubo. De todas formas, aún subsisten grandes preguntas: los talleres de piedra en el norte de Belice, como Nohmul y Colhá, están permitiendo aclarar el tema de los basurales; los estudios apenas iniciados, pero ya presentes en muchas excavaciones sobre el uso de la basura y escombro para rellenos de pirámides, se hacen cada día más evidentes, al igual que la nivelación de los terrenos —tierra y piedra incluida— que a la vez también servían para las obras construidas. Pero estos trabajos están dando sorpresas interesantes: los estudios de microlítica en Copán —valga de ejemplo—

muestran que en un centro de tan alto rango y en los palacios más distinguidos del sitio, la talla final de la obsidiana era una tarea interna y posiblemente hecha a medio tiempo por los mismos ocupantes, y no un trabajo de artesanos especializados como tanto se creyó. Y además se logró obtener información sobre el uso de estos artefactos en carpintería y tratamiento de cueros en especial entre los sitios de bajo nivel residencial. Esto, además de hablar de variabilidad social, nos acerca la mirada hacia lo que realmente significó el rango social entre los mayas, al menos en ese sitio tan destacado.

La arquitectura en general, no sólo la llamada ceremonial o religiosa, tuvo funciones que iban más allá de dar albergue: sirvió para legitimar el poder de los grupos dirigentes y la iconografía y las inscripciones que la decoran así lo muestran; el gasto suntuario no fue en vano; valgan para ellos los ejemplos de Bonampak, Yaxchilán, Piedras Negras, Tikal, Toniná y Palenque en los cuales la lectura de los glifos ha avanzado rápidamente en este sentido. Esto ha permitido entender fenómenos tan peculiares como las alianzas o las guerras entre ciudades, no sólo porque ha explicado la presencia de sitios amurallados y defendidos, aunque tampoco es posible olvidar la gran muralla que rodea en parte a Tikal y a Chichén Itzá, sino también las relaciones, influencias o incluso rechazo a estilos de arte o de arquitectura. Los palacios, sin duda los edificios más espectaculares producidos por los mayas en sus enormes conglomerados llamados acrópolis, han sido fruto de análisis interdisciplinarios (Christie 2003), y revisar la bibliografía producida es buena muestra de hasta dónde se ha avanzado en medio siglo de trabajo intenso.

Y para seguir con la arquitectura, el análisis iniciado en Tikal por William Haviland sobre el funcionamiento de las unidades habitacionales de alto y medio rango social ha resultado ser una asidua línea de investigación. En sitios como Quiriguá, Copán o Sayil, por citar algunos muy conocidos, estos estudios permiten ahora otorgarles nivel social a sus ocupantes y entender de qué manera se usó cada parte de esas agrupaciones tan complejas a primera vista; es así que las estructuras internas a los asentamientos se han ido clarificando y así han cobrado sentido. Imaginar que se ha logrado esto, es decir pasar de pensar

centros ceremoniales vacíos a definir la ocupación y uso de cada construcción en cada unidad habitacional, fue un paso formidable.

Hay otro tipo de avance que ha resultado tentador en sus posibilidades: la presencia de conjuntos arquitectónicos típicos de otras ciudades en zonas muy alejadas. En la década de 1970, llamó mucho la atención la identificación de arquitectura teotihuacana en Yaxhá o Tikal, luego el descubrirse en ese primer sitio un barrio de Oaxaca, otro de la costa del golfo y uno maya; más tarde comenzaron a identificarse edificios Puuc en la zona Chenes o viceversa, y también deben ser destacados, en ese sentido, los estudios de Andrews y de Gendrop sobre la difusión de rasgos arquitectónicos de fachadas por el Yucatán. Hoy sabemos de la presencia de edificios de Chichén Itzá y Mayapán en sitios tan distantes como la región de El Petén central en Guatemala, en la localidad de Sacpetén por ejemplo. La puerta para estos estudios sigue abierta y deparando sorpresas.

Obviamente aún hay mucho por discutir, pero el avance es notable al ser observado históricamente. Un ejemplo muy reciente, que permite entender un sitio de escala menor que es ejemplo de técnicas de excavación, es Nohoch Ek. Este sitio había sido excavado tempranamente, en 1949, y sus pequeños grupos de arquitectura habían sido interpretados como un centro ceremonial vacío usado por pobladores viviendo en las cercanías. El meticuloso trabajo hecho ahora permitió entender que:

"Nohoch Ek no fue un centro ritual o ceremonial, ni un centro cívico, ni una estación astronómica, ni un nodo de una estructura jerárquica de múltiples niveles primarios y secundarios dependientes. Nohoch Ek fue un grupo-plaza residencial asociado al menos espacialmente con una cantidad de pequeños grupos de plazas y cuadrángulos de edificios. Quienes vivieron y trabajaron en Nohoch Ek no eran notablemente ricos ni pertenecían a ningún rango elevado o status especial, pero pese a eso podían dirigir una modesta cantidad de fuerza de trabajo local. Los residentes en Nohoch Ek no eran dirigentes, astrónomos o sacerdotes..., ellos parecerían ser en primera instancia, granjeros" (Taschek y Ball 2002: 9)

Otro cambio en la lectura de la estructura interna de las ciudades y de los asentamientos en general es que las plazas mismas no han sido sólo sitios de grandes reuniones ceremoniales; el estudio iniciado pero aún no extendido de la liberación de grandes superficies de pisos mostraría usos diversificados. Lo poco hecho en Cerros y en Tikal indica la existencia de lo que puede interpretarse como un gran mercado al aire libre con tiendas de materiales perecederos.

El uso del espacio a nivel territorial ha cambiado ya en forma definitiva y es aceptado que pueda ser leído de muchas maneras: en función de la difusión de los glifos emblemas, o de la iconografía arquitectónica (como hizo tantas veces Paul Gendrop), por la cerámica (el método más habitual en el siglo xx) e incluso con la nueva interpretación del papel de los *sacbés* —para el caso del Yucatán tardío—, que tradicionalmente entendidos como caminos están mostrando mucho más: quizás límites de territorios, quizás símbolos de dominación de linajes dinásticos, muestra de poder, interrelación entre grupos diversos. Incluso creo que me tienta más la idea de una expresión física del territorio bajo el control de un linaje dinástico y de su expansión. Los estudios hechos en Cobá mostraron su poca funcionalidad como circulación y la necesidad de redefinirlos; ya ha habido avances al respecto.

En cada asentamiento hay procesos de continuidad y cambio por motivos internos o externos que pudieron darse con independencia de lo sucedido en otros sitios cercanos o lejanos. Así, lugares cercanos y contemporáneos pueden tener grandes monumentos, mientras otros no; presentar ejemplos de arquitecturas o decoraciones de otros sitios durante cortos períodos —las fachadas zoomorfas por ejemplo— usar artistas provenientes de otras ciudades modificando abruptamente sus tradiciones plásticas, o establecer estrechas simbiosis esculturales como sucedió entre Quiriguá y Copán durante el corto tiempo en que sus linajes dirigentes estuvieron unidos por matrimonios políticos o mientras estuvieron en guerra en el año 737 d.c. Dentro de la generalidad regional, cada caso implica análisis específicos.

Otro aspecto que ha sido asumido como aceptado es la enormidad de información que ha quedado sumergida bajo las enormes estructuras y basamentos del Clásico y Posclásico; era obvio que en Copán o en Tikal

las acrópolis incluían en su interior cientos, quizás miles de construcciones, modificaciones y transformaciones de edificios que fueron cubiertos una y otra vez por montañas de piedra. Pero en otros casos no estaba tan claro y Uaxactún había sido el caso temprano inicial para plantear este tema, pero la dificultad de excavar por túneles y sus costos hacían complejo saber qué había pasado dentro de esas estructuras gigantes. Y si bien en los últimos años Copán ha demostrado con creces, gracias a los estudios de Demarest, que esto es realmente cierto, hay un sitio muy pequeño que considero relevante por sus resultados: Topoxté. Las excavaciones dirigidas por Wolfgang Wurster en los inicios de 1990 mostraron que la isla sobre la cual está el sitio es en su base natural, pero el resto es una obra que mide en altura hasta 15 metros de construcciones sobrepuestas unas a otras, lo que transformó toda la superficie de la isla hasta hacerla irreconocible; en sus 200 x 400 m, lo que para Teobert Maler había sido sólo una plataforma con pocos templos terminó siendo una secuencia constructiva que se remonta al 300 a.c. y termina en el 1450 d.c. tras haber remodelado toda la superficie con edificios superpuestos. Es cierto que el sitio no tiene espacio para extenderse, pero ¿cuántas construcciones similares se conocen incluso en otras islas?

Respecto al territorio y los asentamientos dispersos, han avanzado los estudios sobre la ecología tanto actual como prehispánica, lo que permite hacer suposiciones posiblemente más certeras sobre el pasado. Valga un ejemplo: los estudios de la región de El Cajón en Honduras de la década de 1980 permitieron arribar a una serie de conclusiones sobre la relación entre la ubicación de los sitios y las características productivas, geológicas y geográficas (Hirth, Lara Pinto y Hasemann 1989). Lo aprendido es que el estudio de la capacidad de producción y las características del lugar permiten predecir con cierta razonabilidad la ubicación de los asentamientos, aunque no con certeza ya que concurren otros factores no determinables (sociales, culturales, políticos y de otros órdenes). En este sentido, la zona de El Cajón mostraría una postura diferente a lo sucedido en Oaxaca o Teotihuacan en donde los sitios responden a otras lógicas territoriales. Esto, como conclusión, no es poca cosa, ya que tras 30 años de interés en la ecología cultural, al menos

desde que William Sanders la difundió metódicamente, los resultados a gran escala están a la vista.

El tipo de investigaciones antes citadas, que cubren amplios espacios de territorio, ha ido permitiendo construir interpretaciones sobre la producción agrícola en torno a centros de primer rango, como el caso de Palenque, entendiendo así la estructura que permitió la alta productividad que sostuvo, además del comercio y otros mecanismos culturales, la existencia de la alta densidad del sitio (Liendo Stuardo 2002). Así como la década de 1980 permitió entender primero el derrumbe del "modelo de la milpa y roza" para la agricultura maya, 20 años más tarde tenemos ya explicaciones regionales. Este también es un avance notable del conocimiento.

Para cerrar, hay que citar que ya tenemos, por primera vez, una aproximación bastante seria a la densidad habitacional de una región maya, el área de las Tierras Bajas. Desde hace mucho se han barajado cifras del total de mayas existentes en el período Clásico, que iban desde un millón hasta los trece millones de Morley y los Ricketson con densidades que iban de 4 a 51 habitantes por km^2. Hoy podemos asumir que para el 800 d.c. había entre un millón y tres millones de personas solamente en esa zona, con datos bastante certeros; y que Tikal en su territorio pudo haber llegado ella sola a controlar hasta un millón y medio de habitantes en su cifra más alentadora entre el 600 y el 800 d.c.

7.3. Algunas últimas consideraciones

Hay una duda que permanece pese a todos los avances y cambios que la arqueología en sí misma ha tenido en los últimos 30 años y a todo lo que hemos aprendido y conocido: ¿por qué se siguen asumiendo como *grandes verdades* hipótesis no comprobadas y se las repite y hasta se establecen proyectos de investigación a partir de ellas sin que haya pruebas concretas? Resulta intrigante pensar el porqué.

La más interesante de estas presunciones consensuadas es la continuación en todo el mundo y en casi todos los niveles científicos o populares, de la idea de que las ciudades y los asentamientos prehispánicos han sido centros ceremoniales, y no sólo en el caso de los mayas. Otro

es que la religión es un tema central y que su estudio explicaría el funcionamiento de las sociedades, caracterizadas como fuertemente teocráticas. Valga un ejemplo externo al área maya: Monte Albán. Desde hace un siglo ha sido considerado por la enorme mayoría de la bibliografía e incluso por el público en general como un típico *centro ceremonial* pese a que se ha demostrado hasta el cansancio que no lo fue. En este caso, los estudios iconográficos de sus monumentos demostraron que estaban básicamente relacionados con la guerra, la conquista de otros sitios, el sacrificio de los cautivos y la entronización de sus gobernantes. En América latina estos temas son una verdad absoluta incluso en las universidades, salvo contadas excepciones, y una verdad indiscutible en la divulgación y la educación no arqueológica. Gran parte de la bibliografía de la especialidad misma producida en América latina sigue repitiendo lo mismo, a veces mezclando en forma indistinta palabras como "ciudad", "área urbana" o "centro ceremonial", sin comprender bien el significado de lo que se dice. Y se continúa aseverando que eran sitios de culto asociados a sacerdotes. La idea de que un personaje tallado en una estela o relieve sea la imagen de alguien que vivió y reinó resulta casi irrisoria. Es más, en instituciones tan serias como el Instituto Nacional de Antropología de México se siguen reeditando los libros clásicos sin crítica alguna, valga el libro monumental de Ignacio Marquina sobre el cual tanto hemos hablado, que mantiene impenetrable el tema pese a que se han revisado otras cuestiones en él. El mismo instituto publica libros nuevos con esta definición y en sus espectáculos nocturnos y en la difusión que hacen de su patrimonio se insiste en eso una y otra vez. Y no sólo México, en las actuales Guatemala, El Salvador, Honduras o Belice las cosas no son diferentes.

¿A qué se debe el aferrarse a esto? Mucho se ha escrito sobre el nacionalismo mexicano y su relación con la arqueología, el rescate del pasado y el uso que le han dado, pero en otros países las cosas han sido diferentes y los resultados son los mismos. Creemos que es un tema a explorar sobre el imaginario del pasado que tenemos en las sociedades modernas, heredado de los siglos de dominación hispánica y que rebasa ampliamente los objetivos de este libro.

Quizás, y aunque sea en forma un poco ligera, podemos pensar también en la marcada diferencia que ha habido entre la arqueología hecha por los propios países de la región y la del exterior, en especial Estados Unidos. Es evidente, en lo que hemos visto en este libro, que gran parte de los cambios en la forma de pensar (las teorías) y en la manera de hacer los trabajos de campo (los métodos y las técnicas) han sido hechos por investigadores extranjeros; cabe preguntarse si es una cuestión de disponibilidad económica, de manejo de información, de generación de ideas en un sistema universitario y de museos muy eficiente u otras posibilidades. Por supuesto, hay un problema de selección de la información por si misma, ya que lo que me ha preocupado en este libro es lo que más le ha interesado a ciertos grupos de investigadores de Estados Unidos y no a otros que están interesados en otros temas. Pero quizás la respuesta obvia sigue siendo la misma que propusimos hace años (Schávelzon 1991): las misiones provenientes del exterior hacen excavaciones y luego pueden dedicarse al trabajo de laboratorio o a desarrollar tranquilos sus interpretaciones, mientras que en América latina los países tienen como objetivo primario el preservar y restaurar esos sitios y construcciones, miles y miles de ellos, que demandan recursos inconmensurables y siempre escasos. Los arqueólogos se agotan en el rescate y las acciones de salvaguarda con pocas opciones de desarrollar grandes proyectos continuados en el tiempo; quizás esa sea la diferencia que ahora existe, en el caso de México, entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad Autónoma, que han desarrollado diferentes formas de hacer arqueología ya que sus responsabilidades son diferentes. ¿Explica esto las marcadas diferencias en el hacer y entender el pasado, que se han visto en este libro?, quizás sí, al menos en parte.

Referencias bibliográficas

Adams, Richard. E. W. 1964. "Seibal, Petén: una secuencia cerámica preliminar y un nuevo mapa", en *Antropología e historia* (Guatemala) 16 (1-2), 3-12.

Alcina Franch, José. 1995. *Arqueólogos o anticuarios, historia antigua de la arqueología en la América española* (Barcelona: Ediciones del Serbal).

Andrews, Edward Wyllis. 1960. "Excavations at Dzibilchaltun, Northwestern Yucatan, Mexico", *Proceedings of the American Philosophical Society* (Filadelfia) 104 (3).

——. 1961. *Preliminary report on the 1959-60 field season* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).

——. 1962. "Excavaciones en Dzibilchaltún, Yucatán, 1956-1962", *Estudios de cultura maya* (México) II, 149-183.

——. 1965. *Progress report on the 1960-4 field seasons, National Geographic Society.* Dzibilchaltun Program 31 (Nueva Orleans: Tulane University), 23-67.

Andrews, E. W., Ringle, W., Barnes, P., Barrera A., y Gallareta, T. 1984. "Komchen: An early Maya community in Northwest Yucatan", en *XVII Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología* I, 73-92.

Andrews, George F. 1975. *Maya cities: Placemaking and urbanization* (Norman: University of Oklahoma Press).

Arnaud, Marie Ch. 1981. "Hábitat y sociedad en Alta Verapaz occidental: estudio arqueológico y etnohistórico", *Anales de la Academia de Geografía e Historia* (Guatemala) LV, 51-68.

Ashmore, Wendy (editora). 1981. *Lowland maya settlement patterns* (Alburquerque: University of New Mexico Press).
——. (editora). 1990. *Precolumbian population history in the maya lowlands* (Alburquerque: University of New Mexico Press).

Aveni, Anthony (editor). 1975. *Archaeostronomy in Precolumbian America* (Austin: University of Texas Press).
——. 1977. *Native American astronomy* (Austin: University of Texas Press).

Becquelin, Pierre y Michelet, Dominique. 1994. "Demografía en la zona Puuc, el recurso del método", *Latin American Antiquity* 5 (4), 289-311.

Becker, Marshall. 1971. *The identifications of a Second Plaza plan at Tikal, Guatemala and its implications for ancient Maya social complexity* (Ann Arbor: University of Pennsylvania, tesis doctoral).
——. 1979. "Priets, peasants and ceremonial centers: The intellectual history of a model", en *Maya archaeology and etnohistory* (Austin: University of Texas Press), 3-20.

Bernal, Ignacio. 1979. *Historia de la arqueología en México* (México: Porrúa).

Blom, Frans y La Farge, Oliver. 1926-1927. *Tribe and temples: A record of the expedition to Middle America conducted by the Tulane* (2 vols.) (Nueva Orleans: Tulane University).

Brown, Kenneth. 1982. "Prehistoric demography within the central Quiche area, Guatemala", en *The historical demography of Highland Guatemala* (Nueva York: Institute for Mesoamerican Studies), 35-47.

Bullard, William. 1954. "Boundary walls and house lots at Mayapan", *Current Reports* 13 (Carnegie Institution of Washington), 234-253.

——. 1960. "The Maya settlement pattern in Northeastern Peten, Guatemala", *American Antiquity* 25 (3), 355-372.
——. 1970. *"Topoxte: A postclassic Maya site in Peten, Guatemala", en Monographs and Papers in Maya Archaeology* (Cambridge: Harvard University), 245-308.

Busch, Alfred (editor). 1982. *The archaeological map of Palenque,* plano (s.d.).

Carmack, Robert. 1973. *Quichean civilization* (Berkeley: University of California Press).
——. 1981. *The Quiches Mayas of Utatlan* (Norman: University of Oklahoma Press).
Carmack, Robert, Fox, R. y Stewart, R. 1975. *La formación del reino Quiché* (Guatemala: Instituto de Antropología e Historia).

Carr, R. F. y Hazard, J. E. 1961. "Map of the ruins of Tikal, El Peten, Guatemala", en *Tikal Reports* 11 (Filadelfia: University of Pennsylvania), 1-26.

Castañeda Paganini, Ricardo. 1954. *Las ruinas de Palenque* (Guatemala: edición del autor).

Charnay, Désiré. 1863. *Cités et ruines américanes: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal* (2 vols.) (París: Guide).
——. 1888. *The ancient cities of the New World, being voyages and explorations in Mexico and Central America from 1857 to 1888* (Nueva York: Harper & Brothers).

Chase, Arlen. 1985. "Postclassic Peten interaction spheres: The view from Tayasal", The *Lowland Maya Postclassic* (Austin: University of Texas Press), 184-205.

Christie, Jessica J. 2003. *Maya palaces and elite residences: An interdisciplinary approach* (Austin: University of Texas).

Clavijero, Francisco Javier. 1945. *Historia antigua de México* (4 vols.) (México: Porrúa).

Coe, William. 1965. "Tikal: Ten years of study of a Maya ruin in the Lowlands of Guatemala", *Expedition* (Filadelfia) 8 (1), 5-56.
——. 1967. *Tikal, a handbook of the ancient Maya ruins* (Filadelfia: University Museum).
——. 1975. *Tikal: guía de las antiguas ruinas mayas* (Guatemala: The University Museum y Asociación Tikal).

Culbert, T. Patrick y Rice, Don (editores). 1990. *Precolumbian population history in the maya lowlands* (Alburquerque: University of New Mexico Press).
Culbert, T. Patrick, Kosakowsky, L. J., Fry, R. y Haviland, W. 1990. "The population of Tikal, Guatemala", en *Precolumbian population history in the maya lowlands* (Alburquerque: University of New Mexico Press).

De Landa, Dilgo. 1959. *Relación de las cosas de Yucatán* (México: Porrua).

Demarest, Arthur. 1984. "Introducción al Proyecto El Mirador de la Harvard University (1982-1983)", *Mesoamérica* (Antigua) 7, 1-13.

Fletcher, Laraine y Gann, James. 1995. "Calakmul, Campeche: patrón de asentamientos y demografía", en *Seis ensayos sobre antiguos patrones de asentamientos en el área maya* (México: unam), 53-67.

Folan, William, Kintz, E. R. y Fletcher, L. 1983. *Coba, a classic maya metrópolis* (Nueva York: Academic Press).

Fox, John. 1982. "Patterns of demographic change in the late postclassic borderland of Highland Guatemala", en *The historical demography on Highland Guatemala* (Albania: Institute for Mesoamerican Studies), 49-64.

Freidel, David. 1978. "Maritime adaptation and the rise of the Maya civilitation: the view from Cerros, Belize", en *Prehistoric coastal adaptations* (Nueva York: Academic Press), 239-273.

Fuentes y Guzmán, F. A. 1932-1933. *Recordación Florida* 6-8 (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia, Biblioteca Goathemala).

Galindo, Juan. 1836. "The ruins of Copan in Central America", *Transactions of the American Antiquarian Society* II, 545-550.

Gamio, Manuel (editor). 1922. *La población del Valle de Teotihuacan* (México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público).

Gann, Thomas. 1894-1895. "On explorations of two mounds in British Honduras", *Proceedings of the Society of Antiquarians* (Londres), 15, 430-434.

——. 1900. "Mounds in Northern Honduras", *Bureau of American Ethnology, Report 1897/8* (Washington), parte 2, 655-692.

——. 1905. "The ancient mounds of northern Honduras and the adjanct parts of Yucatan and Guatemala", *Journal of the Anthropological Institute* (Londres) 35, 72-87.

Gann, Thomas y Thompson, J. E. S. 1931. *The History of the Mayas: From the earliest times to the present day* (Nueva York: C. Sribner's Sons).

Garza, Silvia y Kurjak, Edward. "El proyecto de Atlas Arqueológico de Yucatán", en *XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (Guanajuato) II, 163-173.

——. 1980. *Atlas Arqueológico del Estado de Yucatán* (México: INAH).

Gendrop, Paul. 1983. *Los estilos Río Bec, Chenes y Puuc en la arquitectura maya* (México: UNAM).

Gerbi, Antonello. 1978. *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo* (México: Fondo de Cultura Económica).

GORDON, GEORGE B. 1896. "Prehistoric ruins of Copan, Honduras", *Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) 1 (1), 301-302.
——. 1898. "Researches in the Ulua Valley, Honduras", *Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) 1 (4).

GUTHE, CARL. 1930. "Report on the excavations at Tayasal", en *Carnegie Institution Year Book* (Washington) 21, 318-319.

HAMMOND, NORMAN. 1975. *Lubaantun, a classic maya realm, Peabody Museum Monographs* 2 (Cambridge: Peabody Museum).
——. 1978. "The myth of the milpa: Agricultural expansion in the mayas lowlands", *Prehispanic maya agriculture* (Alburquerque: University of New Mexico Press), 23-34.
——. 1981. "Settlement patterns in Belize", en *Lowland Maya settlement patterns* (Alburquerque: University of New Mexico Press), 157-186.
——. 1982. *Ancient Maya Civilization* (Nueva Brunswick: Rutgers University).
HAMMOND, N., PRING, D., WILK, R., DONAGHEY, S., SAUL, F., WING, E., MILLER, A. y FELDMAN, L. 1979. "The earliest lowland Maya: Definition of the Swasey phase", *American Antiquity* 44 (1), 92-110.

HARDOY, JORGE ENRIQUE. 1964. *Ciudades precolombinas* (Buenos Aires: Ediciones Infinito).
——. 1968. *Urban planning in Precolumbian America* (Nueva York: Brazillier).
——. 1975. *Precolumbian cities* (Nueva York: Walker and Co.).

HARRISON, PETER. 1972. "Precolumbian settlement distribution and external relationship in Southern Quintana Roo: Architecture", en *XL Congresso Internazionale degli Americanisti* (Roma: Italia Tilgher-Genova), 371-386.
——. 1974. "Archaeology in Southwestern Quintana Roo, Interim Report", trabajo presentado en *XLI Congreso Internacional de Americanistas*, México (s.d.).
——. 1977. "The rise of the bajos and the fall of the Maya", en *Social Process in Maya Prehistory* (Nueva York: Academic Press), 470-506.

HARRISON, PETER y TURNER, B. L. (editores). 1978. *Prehispanic maya agriculture* (Alburquerque: University of New Mexico Press).

HARTUNG, HORST. 1971. *Die Zeremonialzentren der Maya* (Graz: Akademische Druck-u).

HASEMAN, G., DIXON, B. y YONK, J. 1982. "El rescate arqueológico en la zona de embalse de El Cajón: reconocimiento general y regional, 1980-1981", *Yaxkin* (Tegucigalpa) v (1-2), 22-36.

HAVILLAND, WILLIAM. 1965. "Prehistoric settlementes at Tikal, Guatemala", *Expedition* 7 (3), 15-23.
——. 1966. *Maya settlement patterns, a critical review* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).
——. 1967. "Stature at Tikal, Guatemala: implications for ancient demography and social organization", *American Antiquity* 32, 316-325.
——. 1969. "A new population estimate for Tikal, Guatemala", *American Antiquity* 34, 429-433.
——. 1970. "Tikal, Guatemala, and Mesoamerican Urbanism", *World Archaeology* (Londres) 2 (2), 186-198.
——. 1972. "Family size, prehistoric population and the ancient Maya", *American Antiquity* (Londres) 37, 186-198.

HAYDEN, BRIAN y CANNON, AUBREY. 1991. "The structure of material systems: Ethnoarchaeology in the Maya highlands", *American Antiquity* 56 (4), 741-742.

HELLMUTH, NICHOLAS. 1974. *Calles y complejos de edificios cuadrangulares asociados a un sitio maya: Yaxhá, El Petén; reporte de la 4ta. temporada* (Guatemala: FLAAR, copia mecanoescrita) 6 págs. y plano.

HENDERSON, JOHN y AGURCIA, RICARDO. 1982. "El proyecto arqueológico Sula: metas, estrategias y resultados preliminares", *Yaxkin* (Tegucigalpa) v (1-2), 82-88.
HENDERSON, JOHN, STERNS, I., WONDERLY, A. y URBAN, P. 1979. "Archaeo-

logical investigations in the valley of Naco, Honduras", *Journal of Field Archaeology* 6, 169-192.

HESTER, THOMAS. 1981. "A premilary report of the field season at Colha, Belice", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* XXVII (2), 183-192.

HEWETT, EDGAR. 1912. "The excavations at Quirguá en 1912", *Bulletin of the Archaeological Institute of America* 3, 163-171.
——. 1936. *Ancient life in Mexico and Central America* (Indianápolis: Bobbs-Merril Co.).

HIRTH, KENNETH (editor). 1984. *Proyecto de investigación y salvamento arqueológico El Cajón* (Tegucigalpa: INAH).
HIRTH, KENNETH, LARA PINTO, GLORIA y HASEMANN, GEORGE. 1989. *Archaelogical research in the El Cajon region, vol. 1: Prehistoric cultural ecology, Memoirs in Latin American Archaeology* 1 (Pittsburgh: University of Pittsburgh).

HOHMANN, HASSO y VOGRIN, ANNEGRETL. 1981. *Die architecture von Copan* (2 vols.) (Graz: Akademische Druck U).

HOLMES, WILLIAM. 1895-1897. *Archaeological studies among the ancient cities of Mexico* (2 vols.) (Chicago: Field Columbian Museum).

HUMBOLDT, ALEXANDER VON. 1810. *Vues des cordilleras et monuments des peoples indigenes de l'Amerique* (París: F. Schoell).

ICHON, P., USELMANN, P., PERCHERON, N., BERTRAND, M., BRETON, A. y DOUZANT, D. 1979. "Rabinal et le valle moyanne du rio Chixoy", *Cahiers de la RCP-500* 1 (París: Centre National de la Recherche Scientifique).
——. 1981. *Rescate arqueológico en la cuenca del río Chixoy: 2, Cauinal* (Guatemala: CNRS-RCP 500).

JONES, MORRIS. 1950. "Survey and base map of Mayapan, Yucatan, Mexico", *Carnegie Institution Year Book* (Washington) XLIX, 194-197.

——. 1951. "Survey and base map of Mayapan, Yucatan, Mexico", *Carnegie Institution Year Book* (Washington) L, 229-230.
——. 1952. "Map of the ruins of Mayapan, Yucatan, Mexico", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) 1, 2-6.

Joyce, Thomas. 1926. "Report on the investigations at Lubaantun, British Honduras in 1926", *Journal of the Royal Anthropological Institute* (Londres) 56, 207-230.

Kidder, Alfred. 1935. "Notes on the ruins of San Agustín Acasaguastlan, Guatemala", *Contributions to American Archaeology* (Washington: Carnegie Institution) 15, 107-120.

Kilmartin, John O. 1924. "Report on the surveyed base map at Chichen Itza, Mexico", *Carnegie Institution Year Book* (Washington) 23, 213-217.
——. 1929. "Report on information", *Carnegie Institution Year Book* (Washington) 28, 312-316.

Kurjak, E. B. y Andrews, E. W. 1976. "Early boundary maintenance in Northwest Yucatan, Mexico", *American Antiquity* 41, 318-325.

Kutscher, Gerdt. 1971. *Bauten der Maya, aufgenomen in der jahren 1886 bis 1905 und beischrieben von Teobert Maler* (Berlín: Monumenta Americana, Gebr. Mann).

Lewis, Oscar. 1951. *Life in a Mexican village: Tepoztlán* (Urbana: University of Illinois Press).

Liendo Stuardo, Rodrigo. 2002. *La organización de la producción agrícola en un centro maya clásico, patrón de asentamiento en la región de Palenque, Chiapas, México*, Serie Arqueología de México (México: inah y Pittsburgh: University of Pittsburgh).

LINCOLN, CHARLES. 1979. "Izamal, Yucatán, México: un reconocimiento breve, descripción preliminar y discusión", *Boletín Eucady* (Mérida) 80, 112-134.

LOTEN, STANLEY. 1985. "Lamanai Posclassic", en *The Lowland Maya Posclassic* (Austin: University of Texas Press), 85-90.

LOTHROP, SAMUEL. 1924. *Tulum: a study of the East coast of Yucatan* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1933. *Atitlán: an archaeological study of ancient remains on the borders of lake Atitlán, Guatemala* (Washington: Carnegie Institution).

LOWE, GARETH. 1959. *Archaeological exploration of the upper Grijalva river, Chiapas, Mexico* (Orinda: New World Archaeological Foundation).
LOWE, GARETH y ALDEN MASON, J. 1965. "Archaeological survey of the Chiapas coast, highlands and upper Grijalva basin", *Handbook of Middle Americans Indians* (Austin: University of Texas Press) 2, 195-236.

MAC NEISH, R., WILKERSON, J. y NELKEN-TERNER, A. 1980. *First annual report of the Belize archaic archaeological reconnaissance* (Andover: Peabody Foundation for Archaeology).

MCBRYDE, FELIX WEBSTER. 1945. *Cultural and historical geography of southwest Guatemala* (Washington: Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology).

MADEIRA, PEARCY. 1931. "An aerial expedition to Central America", *University of Pennsylvania Museum Journal* (Filadelfia) 22 (2), 95-153.

MALER, TEOBERT. 1901-1903. "Researches in central portion of the Usumacinta Valley", *Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) II (1-2).
——. 1908. "Explorations in the Department of Peten, Guatemala and adjacent region: Topoxte, Yaxha, Benque Viejo, Naranjo", *Peabody Museum Memoirs* (Cambridge) IV (2), 50-127.
——. 1971. *Bauten der maya* (Berlín: Gebr. Mann).

MANZANILLA, LINDA Y BARBA, LUIS. 1990. "The study of activities in classic households", *Ancient Mesoamerica* 1, 41-49.

MARCUS, JOYCE. 1976. *Emblem and state in the classic Maya lowlands* (Washington: Dumbarton Oaks).

MARISCAL, FEDERICO. 1928. *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas, Yucatán y Campeche* (México: Secretaría de Educación Pública).

MARQUINA, IGNACIO. 1928. *Estudio arquitectónico comparativo de los monumentos arqueológicos de México* (México: Secretaría de Educación Pública).

——. 1951. *Arquitectura prehispánica, Memorias* 1 (México: INAH).

MATHENY, RAY (editor). 1980. *El Mirador, Peten, Guatemala, an interim report* (Provo: New World Archaeological Foundation).

MATHENY, RAY y GURR, DEANNE. 1980. "Preliminary field report, El Mirador, 1979 season", en *El Mirador, El Peten, Guatemala, an interim report* (Provo: New World Archaeological Foundation), 1-24.

MAUDSLAY, ALFRED P. 1886. "Explorations of the ruins of the site of Copan, Central America", en *Proceedings of the Royal Geographical Society* (Londres) VIII, 568-595.

——. 1889-1902. *Biología Centrali-Americana: Archaeology* (4 vols.) (Londres: R. H. Porter and Dulau).

——. 1899. *A glimpse at Guatemala and some notes on the ancient monuments of Central America* (Londres: John Murray).

MATOS, EDUARDO. 1997. *Las piedras negadas, de la Coatlicue al Templo Mayor* (México: Conaculta).

MILLON, RENE. 1973. *Urbanization at Teotihuacan, Mexico: The Teotihuacan Map* I (Austin: University of Texas Press).

Moreno de los Arcos, Roberto. 1975. "La ciencia de la Ilustración mexicana", *Anuario de estudios americanos* XXXII, 25-41.
——. 1981. "La Historia Antigua de México de Antonio de León y Gama", *Estudios de Historia Novohipana* II, 50-78.

Morgan, Lewis Henry. 1880. "A study of the houses of the American aborigens", *Archaeological Institute of North America Annual Report* 1, 29-80.

Morley, Sylvanus. 1920. *The inscriptions at Copan* 219 (Washington: Carnegie Institution).
——. 1937-1938. *The Inscriptions of Peten* 437 (5 vols.) (Washington: Carnegie Institution).
——. 1946. *The ancient Mayas* (Stanford: Stanford University Press).
——. 1947. *Los antiguos mayas* (México: Fondo de Cultura Económica).

Muller, Florencia. 1959. *Atlas arqueológico de la República Mexicana: Quintana Roo* (México: INAH).
——. 1960. *Atlas arqueológico de la República Mexicana: Campeche* (México: INAH).
——. 1966. *The Chiapanec history and culture* 21 (Provo: New World Archaeological Foundation Papers).
——. 2000. *Palenque, 1784: el inicio de la aventura arqueológica maya* (México: UNAM).

O'Neill, J. P. y Kilmartin, J. O. 1942. *Map of Chichen Itza, Yucatan, Mexico* N. 454 (Washington: Carnegie Institution).

Palacios, Enrique Juan. 1928. *En los confines de la selva lacandona: exploraciones en el estado de Chiapas* (México: Secretaría de Educación Pública).

Palerm, Angel y Wolf, Eric. 1972. *Agricultura y sociedad en Me-soamérica* (México: Sepsetentas).

PENDERGAST, DAVID. 1979. *Excavations at Altun Ha, Belize, 1964-1970* I (Toronto: Royal Ontario Museum).
——. 1985. "Lamanai, Belice: Up to date view", en *The Lowland Maya Postclassic* (Austin: University of Texas Press), 91-103.

PIÑA CHAN, ROMÁN. 1967. *Atlas arqueológico de la República Mexicana: Chiapas* (México: INAH).

POLLOCK, HARRY E. D. 1980. *The Puuc: an architectural survey of the hill country of Yucatan and Northern Campeche, Mexico* (Cambridge: Peabody Museum).

PULESTON, DENNIS. 1974. "Intersite areas in the vicinity of Tikal and Uaxactun", *Mesoamerican Archaeology, New Approaches* (Austin: University of Texas Press), 303-312.
——. 1983. *The settlement survey of Tikal* 48 (Pennsylvania: University Museum Monographs).

QUINTANA SAMAYOA, OSCAR. 1996. "Sitios mayas menores en el noroeste del Petén; Guatemala: un programa regional de rescate del Proyecto Triángulo Yaxhá, Nakum y Naranjo", *Beitrage zur Allgemeinen un Vergleichenden Archaologie* (Mainz) 16, 227-262.

REDFIELD, ROBERT. 1941. *The folk culture of Yucatan* (Chicago: University of Chicago Press).
——. 1944. *Yucatán: una cultura de transición* (México: Fondo de Cultura Económica).
REDFIELD, R. y VILLA ROJAS, A. 1935. *Chan Kom, a Mayan village* (Washington: Carnegie Institution).

REYGADAZ VÉRTIZ, José. 1928. *Estado actual de los monumentos arqueológicos de México* (México: Secretaría de Educación Pública).

Rice, Donald. 1974. *The archaeology of British Honduras: a review and synthesis, Occasional Papers in Mesoamerican Anthropology,* Nº 6 (Greeley: Museum of Anthropology).
——. 1976. "Middle preclassic settlement in the central Maya Lowland", *Journal of Field Archaeology* 3, 425-445.
——. 1980. "The northeastern Peten revisited", *American Antiquity* 45 (3), 432-454.
Rice, Donald y Rice, Prudence. 1979. "Introductory archaeological survey of the central Peten savanna, Guatemala", *Contributions of the UCARF* (Berkeley) 41, 231-277.
Rice, Donald y Puleston, Dennis. 1981. "Ancient Maya settlement patterns in the Peten, Guatemala", *Lowland Maya Settlement Patterns* (Alburquerque), 121-156.

Ricketson, O. G. y Ricketson, E. B. 1937. *Uaxactun, Guatemala, Group E-1926-1931* (Washington: Carnegie Institution).

Ringle, William M. y Andrews, Wyllis V. 1990. "The demography of Komchen, an early maya Town in northern Yucatan", en *Precolumbian population history in the maya lowlands* (Alburquerque: University of New Mexico Press), 215-243.

Romero Rivera, José Luis. 1995. "Un estudio del patrón de asentamiento de Comalcalco, Tabasco", en *Seis estudios sobre antiguos patrones de asentamiento en el área maya* (México: UNAM), 15-26.

Ruppert, Karl y Smith, A. Ledyard. 1952. "Excavations in house mounds at Mayapan", en *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) 4, 45-66.
——. 1957. "House types in the environs of Mayapan and Uxmal, Kabah, Sayil, Chichen Itza and Chacchob", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) 2 (39), 575-597.

Ruz Lhuiller, Alberto. 1981. *El pueblo maya* (México: Salvat-Fundación Cultural San Jerónimo).

SABLOFF, JEREMY y TOURTELLOT, GAIR. 1991. *The ancient maya city of Sayil: The mapping of a Puuc region center* 60 (Nueva Orleans: Middle America Research Institute).
SABLOFF, JEREMY y RATHJE, WILLIAM. 1975. *A study of changing pre-columbian commercial systems, the 1972-1973 Seasons at Cozumel, Mexico* (monografía Nº 3) (Cambridge: Peabody Museum, Harvard University).

SANDERS, WILLIAMS. 1955. "An archaeological reconnaissance of northern Quintana Roo", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) II (24), 179-222.
——. 1960. "Prehistoric ceramics and settlement patterns in Quintana Roo, Mexico", *Contributions to American Anthropology and History* (Washington: Carnegie Institution) 60, 155-164.
SANDERS, WILLIAM y MICHELS, JOHN. 1977. *Teotihuacan and Kaminaljuyu: A study in culture contact* (Pennsylvania: University of Pennsylvania Press), 397-408.
SANDERS, WILLIAM y PRICE, BARBARA. 1968. *Mesoamerica: The evolution of a civilization* (Nueva York: Random House).

SAPPER, KARL. 1895. "The old indian settlements and architectural structures in northern Central America", *Smithsonian Institution Annual Report* (Smithsonian Institution of Washington), 537-555.

SATTERTHWAITE, LINTON. 1943-1954. *Piedras Negras Archaeology: architecture* (Filadelfia: University Museum).

SCHÁVELZON, DANIEL. 1979. "La urbanización prehispánica", *Vivienda* (México) I (6), 420-455.
——. 1980. "La urbanización en América Prehispánica: Análisis de la obra de Gideon Sjoberg", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas* (Caracas) 24, 114-147.
——. 1980a. "Catálogo de planos de sitios arqueológicos de Mesoamérica: informe preliminar", *XVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (San Cristóbal de Las Casas) IV, 327-334.

——. 1981. *Planimetría arqueológica de Teotihuacan, Catálogo de la Exposición, Instituto de Investigaciones Antropológicas* (México: UNAM).
——. 1982. "Catálogo de planos de sitios arqueológicos de Mesoamérica", en *Simposium sobre enseñanza de la geografía en México* (México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística), 141-150.
——. 1982a. "Catálogo de planos de sitios arqueológicos de Mesoamérica: informe preliminar", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas* (Mérida) 8-9 (48-49), 62-69.
——. 1990. *Las ciudades mayas: historia de las teorías sobre su espacio urbano* (Buenos Aires: Rescate).
——. 1991. *La conservación del patrimonio cultural en América latina: restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica* (Buenos Aires: Instituto de Arte Americano).
——. 2003. "La Comisión Científica Francesa a México (1864-1867) y el inicio de la arqueología en América", *Pacarina* (Jujuy) 3 (3), 313-322.
SCHÁVELZON, DANIEL y RIVERA GRIJALVA, VÍCTOR. 1988. "La destrucción de Kaminaluyú, Guatemala", *Mesoamérica* (South Woodstock) 14, 535-551.

SCHNAPP, ALAN. 1997. *The discovery of the past* (Nueva York: Abrams and Co).

SHOOK, EDWIN. 1952. "Lugares arqueológicos del altiplano meridional central de Guatemala", *Antropología e Historia* (Guatemala) IV (2), 3-40.
——. 1965. "Archaeological survey of the Pacific coast of Guatemala", *Handbook of Middle American Indians* (Austin: University of Texas Press) 2, 180-194.
SHOOK, EDWIN IRVING, WILLIAM. 1955. "Colonnaded buildings at Mayapan", *Carnegie Institution Year Book* (Washington) II (22), 127-167.
SHOOK, EDWIN y PROSKOURIAKOFF, TATIANA. 1956. "Settlement patterns in Mesoamerica and the sequence in the Guatemala highlands", en *Prehistoric settlements patterns in the New World* (Nueva York: Viking Fund), 93-100.

SIDRYS, RAYMOND. 1983. *Archaeological excavations in Northern Belize, Central America* (Los Ángeles: Institute of Archaeology, University of California).

SMITH, A. LEYARD. 1929. "Report on the Map of Environs of Uaxactún", *Carnegie Institution Year Book* (Washington) 28, 325-327.
——. 1950. *Uaxactun, Guatemala: Excavations of 1931-1937*. Pub. 588 (Washington: Carnegie Institution).
——. 1955. *Archaeological reconnaissance in Central Guatemala* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1965. "Architecture of the Guatemala highlands", *Handbook of Middle American Indians* (Austin) 2, 26-94.
SMITH, A. L. y KIDDER, A. V. 1943. "Explorations in the Motagua valley, Guatemala", *Contributions to American Anthropology and History* (Washington: Carnegie Institution) 51.

SMITH, MICHAEL. 1989. *Modern maya storage behavoir: ethnohistoric case examples from the Puuc region of Yucatan* 3 (Pittsburgh: University of Pittsburgh Memoirs in Latin America).

SMITH, ROBERT E. 1937. "A study of structure A-I complex at Uaxactun, Peten, Guatemala", *Contribution to American Archaeology* (Washington: Carnegie Institution) 19 (456), 189-231.
——. 1950. *Uaxactun, Guatemala: Excavations of 1931-1937* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1954. "Explorations on the outskirts of Mayapan", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) II (18), 53-69.
——. 1962. "Residential and associated structures at Mayapan", en *Mayapan, Yucatan, Mexico* (Washington: Carnegie Institution), 165-320.

SPINDEN, HERBERT. 1913. *A study of Maya art, its subject matter and historical development* VI (Cambridge: Peabody Museum Memoirs).

SQUIER, GEORGE E. 1855. *Notes on Central America: Particulary the states of Honduras and El Salvador* (Nueva York: Harper & Brothers).
——. 1858. *The states of Central America, their geography, climate, population, etc.* (Nueva York: Harper & Brothers).

Steinmayer, R. A. 1932. *A reconnaisssance of certain mounds and relics in Spanish Honduras* (Nueva Orleans: Department of Middle American Research, Tulane University).

Stephens, John. 1839. *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (2 vols.) (Nueva York: Harper and Brothers).
——. 1843. *Incidents of travels in Yucatan* (2 vols.) (Nueva York: Harper and Brothers).

Stromsvik, Gustav. 1946. *Guía de las ruinas de Copán* (Tegucigalpa: Secretaría de Educación Pública).

Taschek, Jennifer y Ball, Joseph W. 2002. "Nohoch Ek reviseted: The minor center as a manor", *Latin American Antiquity* 14 (4), 371-388.

Thomas, Cyrus. 1898. *Introduction to the study of North American Archaeology* (Cincinnati: The Robert Clarke Company).

Thompson, Edward H. 1888. "Explorations in Yucatan", *Proceedings of the American Antiquarian Society* New Series (Worcester) 4, 379-385.
——. 1889. *The ruins of Labna* (Cambridge: Harvard University, manuscrito en el Peabody Museum).
——. 1897. "The chultunes of Labná, Yucatan: Report of explorations by the museum, 1889 and 1890", *Memoirs of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University 1 (3), 75-92.

Thompson, Eric. 1931. "Archaeological investigations in the Southern Cayo District, British Honduras, Field Museum of Natural History", *Anthropological Series* (Chicago) 17 (3), 217-362.
——. 1939. *Excavations at San Jose, British Honduras* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1940. *Late ceramic horizons at Benque Viejo, British Honduras* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1945. "Un vistazo a las ciudades mayas", *Cuadernos Americanos* (México) IV (2), 136-149.

——. 1948. *An archaeological reconaissance in the Cotzumalguapa region, Escuintla, Guatemala* 44 (Washington: Carnegie Institution).
——. 1954. *The rise and fall of Maya civilization* (Norman: University of Oklahoma Press).
Thompson, J. Eric, Pollock, Harry E. D. y Charlot, J. 1932. *A preliminary study of the ruins of Coba, Quintana Roo, Mexico* 424 (Washington: Carnegie Institution).

Tourtellot, Gair. 1970. "The peripheries of Seibal: An interim report", en *Maya Archaeology* (Cambridge: Peabody Museum), 405-415.

Tozzer, Alfred M. 1911. "A preliminary study of the prehistoric ruins of Tikal, Guatemala, a report of the Peabody Museum Expedition 1909-1911", *Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) V (2), 93-135.
Tozzer, Alfred y Vaillant, George. 1931. "The ruins of Holmul, Guatemala", *Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) 3 (2).

Turner, B. L. 1978. "The development and demise of the swidden thesis of maya agriculture", en *Pre-hispanic Maya Agriculture* (Alburquerque: University of New Mexico Press), 13-21.

Villacorta, Antonio. 1930. *Arqueología guatemalteca* (Guatemala: Tipografía Nacional).

Vlcek, David. 1978. "Muros de delimitación residencial en Chunchucmil", *Boletín Eucady* (Mérida) 28, 55-64.

Waldeck, Frederick de. 1838. *Voyage pittoresque et arquéologique dans la provence d'Yucatan (Amérique Centrale), pedant les années 1834 et 1836* (París: s/d).

Wauchope, Robert. 1934. *House mounds at Uaxactun, Guatemala* (Washington: Carnegie Institution).

WEBSTER, DAVID. 1974. "The fortifications of Becan, Campeche, Mexico", *Middle American Research Records* (Nueva Orleans) 31, 123-127.
——. 1976. *Defensive earthworks at Becan, Campeche, Mexico: implications for Maya warfare* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).
——. 1979. *Cuca, Chacchob, Dzonot Ake: Three walled northern Maya centers, Occasional Papers in Anthropology* 1 (Pennsylvania: Pennsylvania State University).
Webster, David y Freter, Anncorine. 1990. "The demography of late classic Copan", en *Precolumbian population history in the maya lowlands* (Alburquerque: University of New Mexico Press), 37-61.

WETHERINGTON, RONALD (editor). 1978. *The ceramics of Kaminaljuyu, Guatemala* (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press).

WILLEY, GORDON. 1956. "Problems concerning prehistoric settlement patterns in the Maya lowlands", en *Prehistoric settlement patterns in the New World* (Nueva York: Viking Fund), 107-114.
——. 1981. "Recent researches and perspectives in Mesoamerican archaeology: An introductory commentary", en *Supplement to the Handbook of Middle American Indians* (Austin: University of California Press), 3-27.
——. 1981a. "Maya lowland settlement patterns: a critical summary review", en *Lowland Maya settlement patterns* (Alburquerque: University of New Mexico Press), 385-415.
WILLEY, GORDON y LEVENTHAL, RICHARD. 1979. "Prehispanic settlement patterns at Copan", en *Maya Archaeology and Ethnohistory* (Austin: University of Texas Press), 76-102.
WILLEY, GORDON y SABLOFF, JEREMY. 1974. *A history of American archaeology* (San Francisco: Freeman and Company).
WILLEY, GORDON y LEDYARD SMITH, A. 1969. "The ruins of Altar de Sacrificios, dept. of Peten, Guatemala: Introduction; the site and its settings", *Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) 13 (1).

WURSTER, WOLFGANG. 1992. "Maya-architektur auf der insel Topoxte in see von Yaxha, Peten, Guatemala", *Beitrage zur allgemeinen und vergleichenden archaologie* (Bonn) 12, 261-302.

Bibliografía recomendada

Agrimier, Pierre. 1983. "Tenam-Rosario: una posible relocalización del Clásico Maya terminal desde el Usumacinta", en *Antropología e Historia de los Mixe-Zoque y Mayas* (México: unam), 241-254.

Argucia Fasquelle, Ricardo. 1980. "Asentamientos del Clásico tardío en el Valle de Comayagua", *Yaxkin* (Tegucigalpa) III (4), 249-264.

Andrews, Anthony. 1975. *Preliminary study of the ruins of Xcaret, Quintana Roo, Mexico, with notes on other archaeological remains on the central east coast of the Yucatan Peninsula* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University).

——. 1977. "Reconocimiento arqueológico de la costa norte del estado de Campeche", *Boletín Eucady* (Mérida) 4 (24), 64-77.

——. 1978. "Puertos costeros del Posclásico Temprano en el norte del Yucatán", *Estudios de cultura maya* (México) XI, 75-93.

——. 1983. "Reconocimiento arqueológico de Tulum a Punta Allen, Quintana Roo", *Boletín Eucady* (Mérida) 61, 15-31.

——. 1980. *Excavations at Dzibilchaltun, Yucatan, Mexico* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University).

Andrews, Edward Wyllis. 1943. "The archaeology of Southwestern Campeche", Publication 546, *Contributions to American Anthropology and History* (Washington: Carnegie Institution) VIII (40), 1-101.

——. 1976. *The archaeology of Quelepa, El Salvador* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University).
——. 1981. "Dzibilchaltun", *Supplement of the Handbook of Middle American Indians* (Austin) 1, 313-341.

Ashmore, Wendy y Sharer, Robert. 1978. "Excavations at Quirigua, Gatemala: the ascent of an elite Maya center", *Archaeology* 31 (6), 10-19.

Ball, Joseph. 1977. "The rise of the Northern Maya chiefdoms: A socio processual analysis", en *The origins of Maya civilization*, ed. Richard E. W. Adams (Austin: University of New Mexico Press), 101-132.
——. y Andrews, Edward Willys. 1978. *Preclassic architecture at Becan, Campeche, Mexico* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University).

Barrera Rubio, Alfredo. 1977. "Exploraciones arqueológicas en Tulum, Quintana Roo", *Boletín Eucady* (Mérida) 4 (24), 23-63.
——. 1985. "Settlement patterns in the Uxmal area, Yucatan, Mexico", *Indiana* (Berlín) 11 (10), 227-235.

Baudez, Claude y Becquelin, Pierre. 1973. *Archeologie de Los Naranjos, Honduras* (México: Mission Archéologique et Ethnologique française au Mexique, cnrs).

Becquelin, Pierre, Baudez, Claude y Arnauld, Charlotte. 1979. *Toniná, une cité Maya de Chiapas, Etudes Mésoaméricaines* 6 (1).

Benavides, Antonio. 1981. *Los caminos de Cobá y sus implicaciones sociales* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).
——. 1981. "La distribución del asentamiento prehispánico en Cobá, Quintana Roo. Observaciones generales", en *Memoria del Congreso Interno*, 1979 (Instituto Nacional de Antropología e Historia de México), 83-98.
——. 1981. "Cobá, Tulum: adaptación al medio ambiente y control del medio social", *Estudios de cultura maya* (México) 13, 205-222.

Berlín, Enrique. 1946. "Archaeological excavations in Chiapas", *American Antiquity* 12 (1), 19-28.
——. 1953. "Archaeological reconnaissance in Tabasco", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) 1 (7), 102-135.

Bernal, Ignacio. 1962. *Bibliografía de arqueología y etnografía: Mesoamérica y Norte de México, 1514-1960, Memorias* 7 (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

Blom, Frans. 1930. "Index of Maya ruins", *American Anthropologist* 32 (3), 572-574.

Borhegyi, Stephen de. 1956. "Settlement patterns in Guatemala Highlands, past and present", en *Prehistoric settlement patterns in the New World* (Nueva York: Viking Fund), 101-106.
——. 1965. "Archaeological sintesis of the Guatemala Highlands", *Handbook of Middle American Indians* (Austin: University of Texas Press) 2, 3-58.

Brainerd, George. 1958. *The archaeological ceramics of Yucatan, Anthropological Records* 19 (Berkeley: University of California Press).

Brown, Kenneth. 1980. "A brief report on paleoindian archaic occupation in the Quiche Basin, Guatemala", *American Antiquity* 45 (2), 313-324.

Bryant, D. y Clark, J. 1983. "Los primeros mayas precolombinos de la cuenca superior del río Grijalva", en *Antropología e Historia de los Mixe-Zoque y Mayas* (México: unam) 223-239.

Bullard, William. 1965. "Ruinas ceremoniales mayas en el curso inferior del río Lacantún", *Estudios de cultura maya* (México) v, 41-51.

Busby, Colin y Johnson, Mark. 1978. "The Abaj Takalik site map", *Contribution of the University of California Arch aeological Research Facility* (Berkeley) 36.

Cassier, Jacques y Ichon, Alain. 1981. "The archaeology and ethnology of Utatlan: A conjunctive approach", *American Antiquity* 46, 323-341.

Chase, Diane. 1985. "Gauned but not forgotten: late postclassic archaeology and ritual of Santa Rita Corozal, Belize", en *The Lowland Maya Postclassic* (Austin: University of Texas Press), 104-125.
——. 1990. "The invisible maya, population history and archaeology at Santa Rita Corozal", en *Precolumbian population history in the maya lowlands*, ed. T. Patrick Culbert y Don Rice (Albuquerque: University of New Mexico Press), 25-33.

Clark, John y Lee, Thomas E. 1984. "Formative obsidian exchange and the emergence of public economics in Chiapas, Mexico", en *Trade and Exchange in Early Mesoamerica* (Alburquerque: University of New Mexico), 235-274.

Coe, Michael. 1961. *La Victoria: an early site on the Pacific coast of Guatemala, Papers of the Peabody Museum of American archaeology and ethnology* 53 (Cambridge: Harvard University).
——. 1965. "Archaeological synthesis of Southern Veracruz and Tabasco", *Handbook of Middle American Indians* (Austin) III (2).

De Bloois, Evan. 1970. *Archaeological researches in Northern Campeche* (Utah: Department of Sociology and Anthropology, Weber State College).

Dupaix, Guillaume. 1834. *Antiquités mexicaines: Relation de troiss expéditions du Capitan Dupaix Ordóñez en 1805, 1806 et 1807* 1 y 2 (París: Henry Baradere Editor).

Fauvet, Marie-France. 1981. "El Talpetate: site estrategique du Gran Cauinal", *Cahiers de la RCP-5000* (París) 3, 103-141.

Ferdon, Edwin. 1953. *Tonala, México: An archaeological survey, Monographs XVI* (Santa Fe, Nueva México: School for American Research, Museum of New México, University of Southern California).

FORSYTH, DONALD. 1980. "Report on some ceramics from the Peten, Guatemala", en *El Mirador, Peten, Guatemala, an interim report*, ed. Ray T. Matheny (Provo, Utah: New World Archaeological Foundation, Brigham Young University), 59-82.
——. 1982. "Archaeological investigations at Xcalumkin, Campeche, Mexico: The ceramics", *Cerámica de cultura maya* 12, 11-25.

FOX, JOHN. 1978. *Quiche conquest: Centralism and regionalism in Highland Guatemala state formation* (Albuquerque: University of New Mexico Press).
——. 1981. "The late Posclassic Eastern frontier of Mesoamerica: Cultural innovation among the periphery", *Current Anthropology* (Chicago) 22 (4), 321-346.

FREIDEL, DAVID y SABLOFF, JEREMY. 1983. *Cozumel: Late Maya settlement patterns* (Nueva York: Academic Press).
FREIDEL, DAVID y SCARBOROUGH, VINCENT. 1982. "Subsistence, trade and development of the coastal Maya", en *Maya subsistence: Studies in the memory of Dennis Puleston*, ed. Kent V. Flannery (Nueva York: Academic Press), 131-151.

GANN, THOMAS WILLIAMS FRANCIS y GANN, MARY. 1939. *Archaeological investigations in the Corozal District*, British Honduras Bureau of American Ethnology, Bulletins (Washington: Smithsonian Institution) (123), 1-66.
GANN, THOMAS WILLIAMS FRANCIS y THOMPSON, J. E. S. 1935. *History of the Maya: from the earliest times to the present day* (Nueva York: C. Sribner's Sons).

GARDUÑO, JAIME. 1979. *Introducción al patrón de asentamiento del sitio de Coba, Quintana Roo* (México: INAH, tesis doctoral).

GARCÍA MOLL, ROBERTO. 1975. "Primera temporada arqueológica en Yaxchilan, Chiapas", *Boletín del INAH* (México) (12), 3-12.

GEEN, DEE y LOWE, GARETH. 1967. *Altamira y Padre Piedra, early preclassic*

sites in Chiapas, Mexico, Papers of the New World Archaeological Foundation (Provo) (20).

Gendrop, Paul y Heyden, Doris. 1975. *Arquitectura Mesoamericana* (Madrid: Aguilar).

González Licón, Ernesto. 1984. "El uso de los cenotes en la época prehispánica: Xtimcul, Yucatán, un ejemplo", *XVII Mesa Redonda* (México: Sociedad Mexicana de Antropología) I, 105-115.

Graham, Elizabeth. 1985. "Facets of terminal to posclassic activity in the Stam Creek district, Belize", en *The Lowland Maya Postclassic* (Austin: University of Texas Press), 215-229.

Graham, Ian. 1967. *Archaeological explorations in El Peten, Guatemala* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University).
——. 1970. *The ruins of La Florida, Peten, Guatemala, monographs and papers on Maya archaeology* (Cambridge: Peabody Museum).
——. 1975. *Corpus of Maya hieroglyphic inscriptions* (Cambridge: Peabody Museum, Harvard University).

Graham, J. A., Heizer, R. F. y Shook, E. 1978. "Abaj Takalik 1976: Exploratory investigations", *Contributions of the University of California Archaeological Research Facilities* (Berkeley) (36), 85-114.

Grunning, E. L. 1930. "Report on the British Museum expedition to British Honduras 1930", *Journal of the Royal Anthropological Institution* (Londres) 60, 477-482.

Hammond, Norman. 1973. *British Museum-Cambridge University Corozal Project, Interim Report* (Cambridge: Centre for Latin American Studies).
——. 1974. "The distribution of late classic major ceremonial center in the central areas", *Mesoamerican Archaeology: new approaches* (Austin: University of Texas Press), 313-334.

——. 1975. Lubaantun, a classic Maya realm, Peabody Museum Monographs (Cambridge) (2).
——. 1977. "The earliest Maya", *Scientific American* 263 (3), 116-132.
——. 1977. "Ex oriente Lux: A view from Belize", en *The origins of maya civilitation,* R. E. W. Adams ed. (Austin: University of New Mexico Press), 157-186.

HARRISON, PETER. 1977. "The Lobil Postclassic phase in the Southern interior of the Yucatan Peninsula", en *Maya Archaeology and Ethnohistory,* eds. N. Hammond y G. R. Willey (Austin: University of Texas Press), 189-207.
——. 1981. "Some aspects of preconquest settlement in Southeastern Quintana Roo", en *Lowland Maya Settlement Patterns (A School of American Research Advanced seminar series)* ed. Wendy Ashmore (Alburquerque: University of New Mexico Press), 259-286.
——. 1983. "The Pulltrouser settlement survey and mapping of Kokeal", en *Pulltrouser Swamp: Ancient Maya habitat, agriculture and settlement in Northern Belize,* eds. Billie Lee Turner y Peter D. Harrison (Austin: University of Texas Press), 140-157.

HELLMUTH, NICHOLAS. 1970. *The FLAAR Yaxha Project Report on the first season* (Guatemala: FLAAR, manuscrito).
——. 1971. *Yaxha Project preliminary report on the second season* (Guatemala: FLAAR, manuscrito).
——. 1974. *Mapa de las islas de Topoxté y Yaxhá* (Guatemala: FLAAR, inédito)

JOHNSON, JAY. 1985. "Postclassic maya structure at Topoxte, El Peten, Guatemala", en *The Lowland Maya Postclassic,* eds. Arlen F. Chase y Prudence Rice (Austin: University of Texas Press), 151-165.

JONES, GRANT y RICE, PRUDENCE. 1981. "The location of Tayasal: A reconsideration in light of Peten Maya etnohistory and archaeology", *American Antiquity* 46 (3), 530-547.

Joyce, Thomas. 1926. "Report on the investigations at Lubaantun, British Honduras in 1926", *Journal of the Royal Anthropological Institute* (Londres) 56, 207-230.
——. 1928. "Report of the British Museum expedition to British Honduras (1928)", *Journal of the Royal Anthropological Institute* (Londres) 58, 323-350.
——. 1929. "Report on the British Museum expedition to British Honduras, 1929", *Journal of the Royal Anthropological Institute* (Londres) 57, 295-323.

Lee, Thomas. 1969. "The artifacts of Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico", *Papers of The New World Archaeological Foundation* (Provo) (26).
——. 1984. "El asentamiento humano precolombino del Valle de Hueyzacatlán", en *San Cristóbal de las Casas y sus alrededores* II (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Estado), 153-159.

Lewenthal, Richard. 1981. "Settlement patterns in the Southeast Maya area", en *Lowland Maya Settlement Patterns*, ed. Wendy Ashmore (Alburquerque: University of New Mexico Press), 187-210.

Lizardi Ramos, César. 1939. "Exploraciones arqueológicas en Quintana Roo", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (México) III, 46-53.

Longyear, John. 1944. *Archaeological investigations in El Salvador, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) IX (2).

Lowe, Gareth. 1975. *The early preclassic Barra phase of Altamira, Chiapas* (Provo: New World Archaeological Foundation).
——. 1977. "The Mixe-Zoque as competing neighbours of the early classic Maya art", en *The Origins of Maya Civilization, ed. Richard E. W. Adams* (Austin: University of Texas Press), 197-248.

Marquina, Ignacio. 1939. *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, Publicación 41 (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia).

MATHENY, R. T. y BERGER, D. L. 1971. "Investigations in Campeche, México", *Cerámica de cultura maya* (Filadelfia: Temple University, Department of Anthropology) (7), 1-15.

MERWIN, R. E. y VAILLANT, G. 1932. *The ruins of Holmul, Guatemala, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) 3 (2).

MICHELS, J. W. y SANDERS, W. T. 1973. *The Pennsylvania State University Kaminaljuyu Project: 1969-1970 Seasons, Occasional Papers in Anthropology* (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press) (9).

MIDDLE AMERICAN RESEARCH INSTITUTE. 1940. *Archaeological sites in the Maya area* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University).

MILES, SUSAN W. 1957. "Maya settlement patterns: A problem for archaeology and ethnology", *Southern Journal of Anthropology* (Albuquerque) 13, 239-248.

MILLER, ARTHUR. 1985. "The Postclassic sequence of Tancah and Tulum, Quintana Roo, México", en *The Lowland Maya Postclassic* (Austin: University of Texas Press), 31-49.

MILLET, LUIS. 1981. "Los canales de la costa de Campeche y su relación con la industria de palo de tinte", en *XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (San Cristóbal de las Casas, Chiapas) II, 237-245.

MONTMOLLIN, OLIVER DE. 1984. "Patrón de asentamiento y de comunidad en el sitio El Rosario, Chiapas, México", en *XVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (San Cristóbal de las Casas, Chiapas) I, 415-422.

MOORE, WILLIAM. 1965. "Excavation at structure 601-606", en *Progress Report on the 1960-4 field seasons* (Nueva Orleans: NGS-Tulane University Dzibilchaltun Program), 29-32.

MORLEY, SYLVANUS. 1946. *The ancient Mayas* (Stanford: Stanford University Press).
——. 1947. *Los antiguos mayas* (México: Fondo de Cultura Económica).

NAVARRETE, CARLOS. 1959. *A brief reconnaissance in the region at Tonala, Chiapas* (Orinda: New World Archaeological Foundation).
——. 1960. *Archaeological explorations in the region of the Frailesca, Chiapas, México* (Provo: New World Archaeological Foundation).

NELSON, FRED. 1973. *Archaeological investigations at Dzibilnocac, Campeche, Mexico* (Provo: New World Archaeological Foundation).

PARSONS, LEE. 1967-1969. *Bilbao, Guatemala*, 1 y 2 (Milwaukee: Milwaukee Public Museum).

PERIGNY, MAURICE DE. 1908. "Yucatán inconnu", *Journal de la Societé des Américanistes de Paris* (París) v, 67-84.
——. 1911. "Mission dans l'Amerique Centrale: les ruines de Nancum" en *Nouvelles archaeologiques des Missions Scientifiques et Litteraires* (París) IV, 1-15.

POLLOCK, HARRY E. D. 1936. *Round structures of aboriginal Middle America* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1970. "Architectural notes on some Chenes ruins", en *Monographs and papers in Maya archaeology* (61), ed. William R. Bullard Jr. (Cambridge: Peabody Museum), 1-87.
POLLOCK, HARRY E. D. y STROMSVIK, GUSTAV. 1953. "Chacchob, Yucatan", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) I (6), 82-101.

RANDS, ROBERT. 1977. "The rise of Maya civilization in the Northwest zone: Isolation and integration", en *The Origins of Maya Civilization*, ed. R. E. W. Adams (Alburquerque: University of New Mexico Press), 159-206.

REDFIELD, ROBERT. 1941. *The folk culture of Yucatan* (Chicago: University of Chicago Press).

Ricketson, O. G. y Blom, Franz. 1924-1925. *Index of ruins in the Maya area*, comp. O. G. Ricketson Jr. y F. Blom (Cambridge: Peabody Museum, Harvard University).

Roys, Lawrence y Shook, Edwin. 1966. *Preliminary report on the ruins of Ake, Yucatan, Memoirs of the Peabody Museum* (20) (Cambridge).

Ruppert, K., Thompson, J. E. S. y Proskouriakoff, T. 1955. *Bonampak, Chiapas, Mexico, Pub.* (602) (Washington: Carnegie Institution).

Ruz Lhuiller, Alberto. 1945. *Campeche en la arqueología maya, Acta Antropológica* (México) 1, 2-3.
——. 1969. *La costa de Campeche en los tiempos prehispánicos. Prospección Cerámica y Bosquejo Histórico* (México: INAH).

Sanders, William y Murdy, Carson. 1982. "Population and agricultural adaptation in the humid highlands of Guatemala", en *The Historical Demography of Highland Guatemala, Publication* (6), ed. Robert M. Carmack, John Early y Christopher Lutz (Albany: Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York), 23-34.

Scarborough, Vernon. 1981. *Settlement system in a late preclassic Maya community: Cerros, northern Belize* (Ann Arbor: University Microfilms, tesis doctoral).
——. 1983. "A preclassic Maya water system", *American Antiquity* 48 (4), 720-744.

Schele, Linda y Mathews, Peter. 1998. *The Code of Kings: the lenguage of seven sacred maya temples and tombs* (Nueva York: Scribner's).

Sharer, Robert (editor). 1978. *The prehistory of Chalchuapa, El Salvador*, 1 y 2 (Filadelfia: University of Pennsylvania Press).
Sharer, Robert, Jones, Ch., Ashmore, Wendy y Schortman, Edward M. 1979. "The Quirigua project: 1976 season", *Quirigua Reports* 1 (5) (Filadelfia: The University Museum).

SHEETS, PAYSON D. *et al.* "Household archaeology at Ceren, El Salvador", *Ancient Mesoamerica* 1, 81-90.

SHEPTAK, RUSSELL. 1982. "Fotos aéreas y el patrón de asentamiento de la zona central del Valle de Sula", *Yaxkin* (Tegucigalpa) V (1-2), 89-94.

SHOOK, EDWIN. 1971. "Inventory of some preclassic traits in the highlands and Pacific Guatemala and adjacent areas", *Contributions* (11) (Berkeley: University of California), 70-77.

SHORTMAN, EDUARD M. 1980. "Archaeological investigations in the lower Motagua valley", *Expedition* (Filadelfia) 23 (1), 28-34.

SIDRYS, RAYMOND (editor). 1978. *Papers on the economy and architecture of the ancient Maya, Monograph* (VIII) (Berkeley: Institute for Archaeology, University of California).

SILMMLNS, ALIRLD Y PULLSTON, DLNNIS. 1972. "Ridged fields and associated features in Southern Campeche: New perspectives on the lowland Maya", *American Antiquity* 37 (2), 228 239.

SMITH, A. LEYARD. 1962. "Residential and associated structures at Mayapan", en *Mayapan, Yucatan, Mexico* (Washington: Carnegie Institution), 165-320.

SMITH, A. LEYARD Y RUPPERT, KARL. 1956. *Excavation in house mound at Mayapan* (Washington: Carnegie Institution) Report (36).

SMITH, MICHAEL. 1989. *Modern maya storage behavoir: Ethnohistoric case examples from the Puuc region of Yucatan, Memoirs in Latin America* (University of Pittsburgh) 3.

STARK, BARBARA Y HELLER, LYNETTE. 1981. "Economía preclásica en El Bálsamo, Guatemala: ideas y evidencias", *Mesoamérica* (Antigua) 2, 189-219.

STONE, DORIS. 1941. *Archaeology of the north coast of Honduras, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) IX (1).
——. 1957. *The archaeology of Central and Southern Honduras, Papers of the Peabody Museum* 49 (3) (Cambridge: Harvard University).
——. 1972. *Precolumbian man finds Central America* (Cambridge: Peabody Museum Papers).

STROMSVIK, GUSTAV, POLLOCK, H. E. D. y BERLIN, H. 1955. "Explorations in Quintana Roo", *Current Reports* (Washington: Carnegie Institution) (23), 169-178.

STRONG, W. A., KIDDER A. y PAUL, A. J. 1938. *Preliminary report on the Smithsonian Institution-Harvard university archaeological expedition to Northwestern Honduras* (Washington: Smithsonian Institution).

STUART, G., SCHEFFLER, J., KURJAK, E. y COTTIER, J. 1979. *Map of ruins of Dzibilchaltun, Yucatan, Mexico* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).

TERMER, FRANZ. 1951. "Zur archaeologie von Guatemala", *Baessler-Archiv* (Berlín) 14, 167-191.
——. 1959. "Geografische-archaeologische bemerkungen uber die gegend von Ixpaco in Sudost Guatemala", *Miscelánea Paul Rivet* (México: UNAM) I, 681-700.

THOMAS, PRENTICE. 1981. *Prehistoric settlement patterns at Becan, Campeche, Mexico* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).

THOMPSON, EDWARD H. 1898. *Ruins of Xkichmook, Yucatan, Field Columbian Museum, Anthropological Series* (Chicago) 2 (3).
——. 1904. *Archaeological researches in Yucatan, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) III (1).
——. 1915. "Recent excavations in Northern Yucatan", *XIX International Congress of Americanists* (Washington), 202-205.

THOMPSON, ERIC. 1957. "Tentativa de reconocimiento en el área maya meridional", *Arqueología Guatemalteca* (Guatemala: IDAEH).

TOZZER, ALFRED M. 1913. *A preliminary study of the ruins of Nakum, Guatemala, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) (5).
——. 1957. *Chichen Itza and its cenote of sacrifices: A comparative study of contemporaneous Maya and Toltec, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) 11 y 12.

TURNER, B. L. 1990. "Population reconstruction for the central maya lowlands 1000 BC to AD 1500", en *Precolumbian population history in the maya lowlands,* ed. T. Patrick Culbert y Don S. Rice (Albuquerque: University of New Mexico Press), 118-124.

VAILLANT, GEORGE y MERWIN, R. E. 1932. *The ruins of Holmul, Guatemala, Memoirs of the Peabody Museum* (Cambridge) III (2).

VARGAS, ERNESTO. 1978. "Los asentamientos prehispánicos y la arquitectura en la isla de Cancún, Quintana Roo", *Estudios de cultura maya* (México) XI, 95-112.

VILLA ROJAS, A. 1934. *The Yaxuna-Coba causeway,* Publication (436), Contribution 9 (Washington: Carnegie Institution).

VOORHIES, BARBARA. 1972. "Settlement patterns on two regions of the Southern Maya Lowlands", *American Antiquity* 37 (1), 115-125.

WAUCHOPE, ROBERT. 1938. *Modern Maya house: A study of their archaeological significance* (Washington: Carnegie Institution).
——. 1948. *Excavations at Zacualpa* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).
——. 1964. "Southern Mesoamerica", en *Prehistoric Man in the New World* (Chicago: University of Chicago Press), 331-386.

West, R., Psuty, N. y Thom, B. 1976. "La colonización aborigen anterior a la conquista", en *Las tierras bajas de Tabasco en el sureste de México* (Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco), 103-109.

Willey, Gordon. 1966. "Postlude to the village agriculture: The rise of towns and temples and the beginnings of the great traditions", en *XXVI Congreso Internacional de Americanistas* (Sevilla) I, 267-277.

——. 1973. *The Altar de Sacrificios excavations: General summary and conclusions* (Cambridge: Peabody Museum).

——. 1977. "The rise of classic Maya civilization: A Pasion Valley perspective", en *The origins of Maya civilization* (Albuquerque: University of New Mexico Press), 133-157.

Willey, Gordon y Bullard, William. 1965. "Prehistoric settlement patterns in the Maya lowlands", *Handbook of Middle American Indians* (Austin) 2.

Willey, Gordon, Bullard, W., Glass, J. y Gifford, J. 1965. *Prehistoric settlements in the Belize Valley, Papers of the Peabody Museum* (Cambridge) (54).

Yde, Jens. 1938. *An archaeological reconnaissance of Northwestern Honduras* (Nueva Orleans: Middle American Research Institute).